



La gata

Un cuento de redención femenina

PAIDÓS JUNGUIANA

1. D. H. Rosen - *El Tao de Jung*
2. P. Young-Eisendrath - *La renovación del espíritu*
3. R. Robertson - *Arquetipos junguianos*
4. E. C. Whitmont - *El retorno de la diosa*
5. M.-L. von Franz - *Sobre adivinación y sincronicidad*
6. A. G. Thomas - *Esa mujer en que nos convertimos*
7. R. A. Johnson y J. M. Ruhl - *El equilibrio entre el cielo y la tierra*
8. V. Kast - *La naturaleza del amor*
9. R. A. Johnson y J. M. Ruhl - *Integridad interior y satisfacción*
10. A. Carotenuto - *Amar, traicionar*
11. V. Kast - *La ondina del estanque*
12. R. Robertson - *Tu sombra. Aprende a conocer tu lado oscuro*
14. M.-L. von Franz - *La gata. Un cuento de redención femenina*

Marie-Louise von Franz

La gata

Un cuento de redención femenina



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *The Cat*

Publicado en inglés, en 1999, por Inner City Books, Toronto

Traducción de Manuel Kirchner

Cubierta de Mario Eskenazi

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL

CLASIF. GR 257
F7318

MATRIZ 1035105

NUM. ADQ 582277

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1999 by Marie-Louise von Franz
© 2002 de la traducción, Manuel Kirchner
© 2002 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires.
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-1317-1

Depósito legal: B. 41.224/2002

Impreso en Hurope, S.L.
Lima, 3 - 08030 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

582277

SUMARIO

Prefacio	9
1. Introducción	11
2. El cuento de la gata	21
3. El viaje de la Virgen María	47
4. El gato en la mitología	79
5. Los reinos	93
6. El palacio de la gata	119
7. El retorno	147



Marie-Louise von Franz y C. G. Jung, hacia 1960

PREFACIO

Hoy en día se estudian los cuentos de hadas desde muchos ángulos: desde la perspectiva de la historia de la literatura, del estudio del folklore, de la etnología y, por último, pero no menos importante, desde la perspectiva de la psicología profunda. Ésta última conforma el punto de vista de este libro, cuyo propósito es el de enseñarnos a reconocer el material arquetípico y a manejarlo desde la perspectiva de la psicología jungiana.

Quiero dar las gracias a Alison Kappes por mecanografiar la transcripción original de las cintas del seminario. Y más que a nadie, mi agradecimiento más profundo a la doctora Vivienne Mackrell, sin cuya ayuda este libro nunca podría haberse completado, pues ha hecho mucho más que preparar la edición.



Marie-Louise von Franz en Bollingen

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata pacientes en psicoanálisis, a menudo se observa que tienen importantes sueños arquetípicos que no reconocen como tales. Algunas veces, despiertan de un sueño arquetípico profundamente alterados y no es necesario decirles nada. Ellos mismos sienten y saben que ha sucedido algo esencial. Sienten toda la emoción transformadora. Pero en otras ocasiones, narran sueños que reflejan motivos arquetípicos muy importantes con un tono de voz completamente despreocupado. No son conscientes de que hay en ellos algo excepcional. La única reacción que pueden llegar a mostrar es el hecho de notarse un tanto confusos, aunque no alterados. Ríen un poco y comentan: «Esta noche he tenido un sueño extraño, uno de esos que no guardan relación con nada conocido».

En esos casos, si uno no percibe que se trata de un sueño arquetípico, si no capta su profundidad, dejará escapar una preciosa oportunidad. Porque, tal como señaló Jung, las experiencias arquetípicas son el único factor curativo de la te-

rapia. Todas las técnicas que hacemos servir contribuyen a que la gente se abra a la experiencia arquetípica. Pero una experiencia arquetípica sólo la envía el inconsciente, es un acto de gracia que no podemos forzar; lo único que podemos hacer es esperar, prepararnos para ello y confiar en que tenga lugar. De no ser así, no puede hacerse gran cosa. Tal vez se observará alguna mejora si se le ofrece al paciente un buen asesoramiento, entre otras cosas, pero no habrá verdadera cura ni verdadera ayuda. Algunas veces, esos útiles arquetipos se manifiestan de forma poco visible, por así decirlo. Aparece un sueño, sin importancia y solapado, que alguien cuenta con una pequeña sonrisa, y entonces se le pregunta: «¿Alguna asociación?». Y la respuesta es: «No». O tal vez relate algo que esa persona sabía ya desde hace mucho tiempo... Es algo que hay tener en cuenta.

A medida que pasa el tiempo soy más consciente de que las personas no han aprendido a trazar las asociaciones adecuadas. Muchos pacientes suelen precipitarse y hacer interpretaciones, en lugar de establecer asociaciones. Tienen un sueño y dicen: «Vaya, se trata de la negativa influencia de mi madre otra vez» o cosas similares. No haga caso de algo así. Se trata de una opinión anclada en la conciencia: podría ser correcta, pero en un noventa y cinco por ciento de las ocasiones es errónea. E incluso, por lo general, no es más que un acto de defensa de la propia conciencia —«Ah, ya lo sé todo respecto a eso»— con el propósito de deshacerse de ese asunto. Lo que hay que decir es: «No, no, continúe. Profundice en ello... ¿Qué asocia con...?» lo que suceda en el sueño en cuestión. Ahí es cuando se aprecia que, si los sueños arquetípicos no conllevan una alteración, las personas por lo general realizan muy pocas asociaciones, o bien las que llevan a cabo son pobres e insípidas. «¿Fuego?», se les pregun-

ta. «El fuego quema», responden, o bien «Una vez vi un incendio», cosas tan triviales como éstas. En otras palabras, no llega a transmitirse la experiencia. En ese caso, será necesario calibrar la profundidad y el peso emocional de lo que sucede, y habrá que expresarlo de alguna manera.

Ahora bien, es inútil sobrecargar a las personas que están en terapia con una gran cantidad de asociaciones mitológicas. Es imprescindible conocerlas, pero no hay que arrojárselas al paciente como si de una descarga de ametralladora se tratase. Es necesario manejarlas, para sentirse usted mismo sorprendido y alterado, impulsado por el motivo, y, de esta manera, podrá hallar las palabras o el contexto adecuado para transmitir lo que siente. Algo así tan sólo puede hacerse sobre la marcha. No llega a saberse antes de tiempo. Pero sí es posible aprender a manejar el material arquetípico, reconocerlo, conocer su profundidad y, a través de ello, estar preparado para emprender la reacción correcta. Eso es precisamente lo que nos impulsa a interpretar los cuentos de hadas.

Es mucho más difícil ocuparse de los cuentos de hadas que de las leyendas locales, en las que el protagonista de la historia es un ser humano normal. En una leyenda, por ejemplo, un hombre se adentra en un castillo destruido en mitad de la noche; de repente aparece una serpiente ataviada con una corona de oro y le pide que la bese; tras hacerlo, la serpiente se convierte en una bella doncella, y así sucesivamente. El protagonista es un ser humano normal y corriente, como usted o como yo, y en la historia se nos detallan todas sus reacciones. Como, pongamos por caso, que piensa: «No, no quiero besar a un animal tan asqueroso y frío»; o que, temblando de miedo, recapacita: «Bueno, al fin y al cabo, pobre criatura»; o cualquier otra reflexión por el estilo. En una le-

yenda se describe todo esto y las reacciones del protagonista son humanas.

Max Lüthi, estudioso del folclore, ha escrito un libro donde ha trazado con toda claridad las diferencias entre los cuentos de hadas y las leyendas.¹ Puede decirse que una leyenda es un cuento sobre un ser humano consciente que tiene una experiencia numinosa del inconsciente. Esa experiencia numinosa —encontrar una serpiente ataviada con una corona de oro, pongamos por caso— se describe como algo perteneciente a la realidad. Esto es debido a que toda mitología aborda los dioses, los fantasmas y los demonios como si fueran tan reales como nosotros mismos. En el relato, siempre hay un momento en el que se llega a una situación límite, un ego que se encuentra con algo espantoso, inusual, emocionante y que produce un gran impacto. Así como hay un final feliz, un fracaso y/o una peligrosa amenaza. En cualquier caso, el héroe debe escapar y regresar a casa.

Yo diría que estas leyendas se asemejan mucho a lo que todavía ocurre hoy en día. En las sociedades primitivas y agrícolas la gente tenía aún experiencias numinosas. En la llamada vida civilizada ahuyentamos la noche con luces eléctricas y creemos estar «iluminados», protegidos tanto interior como exteriormente. Pero cuando se vive en el campo, donde para volver a casa hay que caminar durante un largo rato en la oscuridad, escuchando el susurro de los árboles, todo está tan negro como boca de lobo y se han tomado una o dos copas de más, ¡entonces cualquier cosa puede todavía suceder! Tal como acontecía en el pasado. Por ese motivo, en las leyendas se relatan los encuentros con el inconsciente tal como tuvieron lugar. Si conservan emoción e interés, la gente

1. *Volksmärchen und Volkssagen*, 2ª ed., Berna y Múnich, Franck Verlag, 1966.

cuenta esas leyendas una y otra vez. «Hubo una vez un hombre en nuestro pueblo que subió allá arriba durante la noche; allá, donde el molino abandonado. Al acercarse vio luces, oyó ruidos y decidió entrar»..., y la historia proseguiría.

Los cuentos de hadas, por su parte, son una abstracción, tal como señala Lüthi. Lo cual quiere decir que no tenemos a un ego humano encontrándose con el mundo del inconsciente. Se trata de historias fantásticas en las que seres fantásticos o imágenes arquetípicas del inconsciente se relacionan entre sí. Ésta es una de las formas de describirlos. En una leyenda está nuestra luz terrenal de la conciencia y el héroe, que se dirige a alguna parte y se encuentra con uno o varios arquetipos. En una leyenda siempre se da ese encaminarse hacia situaciones límite y, en ocasiones, también el temible regreso.

En un cuento de hadas, sin embargo, tenemos un narrador —que es un ego— que habla del baile de arquetipos que se dan cita en el inconsciente. El protagonista en los cuentos de hadas no es un ser humano corriente y tampoco muestra reacciones humanas. No tiene miedo cuando se encuentra con el dragón. No sale corriendo si una serpiente le habla. No se pone nervioso cuando se le aparece la princesa por la noche, junto a su cama, y lo tortura, o lo que sea que le haga. Es o bien inteligente o bien un *Dummling*: una persona estúpida, boba. Es valiente, de reflejos rápidos, espabilado, o de similares características, aunque muy esquematizadas. Y durante el desarrollo de la historia simplemente actúa, pam-pam-pam, de acuerdo con su naturaleza. Si es valiente, se enfrenta a lo que haga falta. Si es ingenioso, siempre consigue sacar provecho de todo. No tiene características psicológicas, por así decirlo. Es una figura esquemática. Y si lo observamos con detenimiento, lo que vemos es una pura figura arquetípica.

El único ego presente en los cuentos de hadas es el narrador, que a veces aparece al principio y a veces al final, pero no en todas las historias. En algunos países, como por ejemplo en Rumanía, el narrador podría comenzar diciendo: «Una vez yo...», una especie de fórmula convencional, o «Al final del mundo, donde no hay tiempo ni espacio, tras las siete montañas y el perro ciego, donde el mundo está abarrotado de tablas, hubo una vez un rey...», etcétera. El narrador recita el mismo pequeño versículo antes de cada historia: «Al final del mundo, donde el mundo está abarrotado de tablas...». Es una especie de versículo breve. Hace las veces de *rite d'entrée*, y al final encontramos un *rite de sortie*, como «Yo estaba en la boda y, hallándome en la cocina, robé un poco de carne y de vino, pero el cocinero me pilló y me dio una patada en el culo, y de ese modo es como he llegado volando hasta aquí para contaros la historia». O, por ejemplo, los gitanos dicen: «Se celebró una boda preciosa y todos comieron y bebieron con gran regocijo. Y yo soy el pobre diablo que no tiene nada que comer», y entonces pasan el sombrero ante la audiencia para que les den unas monedas. Eso es un *rite de sortie*. El narrador del cuento nos muestra, en primer lugar, que vamos a entrar en otro mundo, del que al final saldremos, por lo general con algún comentario chistoso. Y entre tanto habremos oído contar algo que tuvo lugar en ese mundo distinto. Así pues, y en particular cuando se trate de este tipo de historias, hay que evitar proyectar en ellas nuestra propia psicología personal o nuestra experiencia. En realidad, hay que abordarlas como haría un naturalista al observar peces o árboles: de la forma más objetiva posible.

Es muy importante darse cuenta de esto, porque cuando se afronta un sueño, existe siempre el peligro de que el analista proyecte su propia opinión. Por ejemplo, se presenta un muchacho de lo más afeminado que no está casado y todavía vi-

ve en casa con su madre. De ello extrae usted una rápida conclusión, quizá incluso correcta: «Bien, se trata de un chico enamorado». El joven explica entonces un sueño que ha tenido en el que una gran serpiente lo devora y piensa usted: «Tiene algún complejo con su madre». Pero esto no es una interpretación. En realidad no es más que una proyección de lo que usted piensa respecto a esa imagen inconsciente. Quizás acierte si tiene buena intuición, pero es un procedimiento muy peligroso, porque el inconsciente, el proceso de curación del inconsciente, nunca se presenta de forma directa, sino siempre mediante unos increíbles rodeos.

Uno piensa, por ejemplo: «Esta persona debería despegarse de su madre», pero tal vez aparezcan a continuación toda una serie de sueños que impulsen al paciente a mejorar su relación con ella. Y hay que ser lo suficientemente dúctil y objetivo a la vez como para decir: «Esto es algo extraño y no me cuadra en absoluto, pero ésa es la dirección hacia la que apunta el inconsciente, así que vayamos con él». Algo así sólo puede hacerse si no se proyecta la propia opinión. Al final se produce un vuelco del inconsciente, siempre ingenioso, en el que queda patente que lo que pretendía una y otra vez era despegar al joven de su madre. Y todo ello gracias a un inesperado cambio de dirección, que a usted no se le hubiera ocurrido jamás. Ésta es la razón por la que hay que tratar de ser objetivo y no precipitarse en las conclusiones. Una lección que puede extraerse de los cuentos de hadas. Uno puede leer todos los tratados de psicología que quiera, pero después tendrá que tratar cada caso en particular. ¿Qué cuenta la historia más allá de mi propia opinión? Éste es el detalle crucial que debemos aprender y poner en práctica.

Una vez tuve a un paciente que sufría los efectos de un pernicioso complejo respecto a su madre. Solía contarme

muchos sueños y, a menudo, estaba de mal humor y apagado. No es que fueran ésas sus principales características como persona, pero cuando se hallaba en el *anima* era siempre muy pesimista. Se le notaba en la cara, cuando venía a la sesión y decía: «Mi inconsciente ha vuelto a criticarme». Yo solía decirle: «Bien, veamos qué tiene que decirnos». Me narraba entonces un sueño muy favorable, con algunos detalles negativos. Él reparaba únicamente en esos puntos negativos: «Ahí me está diciendo de nuevo que no soy nada. Estoy perdido. Voy por mal camino». Y así una y otra vez. Yo siempre tenía que pasar por alto sus comentarios y decirle: «Venga, empecemos por el principio. Estudiémoslo con objetividad. No deje que su terrible *anima* negra lo tiña todo antes de haberlo examinado».

Incluso al paciente puede tentarle la idea de orientar el material de estudio hacia las opiniones que usted ya se ha formado. A fin de cuentas, la objetividad es tan sólo una aproximación. Cuando se trata de un cuento de hadas, lo más probable es que proyectemos nuestra personalidad, veremos cosas que nos atraen y pasaremos por alto lo que no refleje nuestro carácter. Así pues, incluso lo que llamamos una interpretación objetiva está lejos de ser completamente objetiva. Pero, como mínimo, uno puede luchar contra esas primitivas formas de proyección y hacer un esfuerzo en ese sentido.



Gato sagrado egipcio, año 30 a.C. (British Museum, nº 64391)

CAPÍTULO 2

EL CUENTO DE LA GATA

He escogido un cuento rumano, «La gata»,¹ para dar una idea de lo que podemos aprender sobre psicología individual a partir de temas arquetípicos cuando tratamos de contemplarlos desde un punto de vista objetivo.

Había una vez un emperador que tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él. A pesar de todo, era muy infeliz, pues no tenía hijos. Un día le preguntó a su mujer: «¿Por qué estás tan triste?». Ella respondió: «Querido esposo mío, me gustaría salir a dar un paseo en el carruaje». «Espera», dijo él, «haré que construyan una nave para ti». Y mandó construir una preciosa nave, la más bella del mundo. La nave resplandecía de tal modo que deslumbraba más que el Sol. Cuando la terminó, le dijo a su mujer: «Querida, maña-

1. MDW, *Zigeuner Märchen*, n° 41, Düsseldorf-Colonia, Eugen Diederichs Verlags, 1962. (MDW se refiere en adelante a *Die Märchen der Weltliteratur* [Cuentos de la literatura universal].)

na podrás partir, la nave ya está dispuesta». Aunque añadió: «Pero si no regresas en estado de buena esperanza, no podrás seguir a mi lado y no deberás comparecer ante mí nunca más».

Así pues, la mujer montó en la nave acompañada de dos sirvientas y emprendieron un largo, largo viaje a través de las aguas, en el que no se cruzaron con nadie, ni vieron isla alguna, ni ninguna otra cosa. Una noche se levantó una terrible niebla, seguida de una tempestad que zarandeó con violencia el barco. Por la mañana, cuando la niebla se había disipado y la tormenta había cesado, la emperatriz se despertó y contempló a lo lejos un gran palacio que se alzaba sobre el mar. Las dos sirvientas al verlo no podían salir de su asombro. Como apenas les quedaba comida, decidieron detener la nave junto al palacio. La emperatriz envió a las sirvientas. Cuando volvieron les preguntó: «¿Quién vive ahí?». Ellas le respondieron que alguien les había contado que en aquel lugar residía la Madre de Dios y que al oírlo no se habían atrevido a entrar.

La emperatriz no les hizo caso y entró en el palacio. En el patio vio un hermoso árbol con tres manzanas de oro y, de repente, sintió deseos de comerse una. Dijo a las sirvientas: «Si no me como una de esas manzanas, moriré». Las sirvientas trataron de acercarse al árbol, pero no lo lograron. Entonces la emperatriz empezó a sentirse muy enferma, así que, de nuevo, las sirvientas se aproximaron al árbol y esta vez sí consiguieron alcanzar una de las manzanas y se la ofrecieron sin tardanza. La emperatriz se comió la manzana, vomitó y de repente se sintió como si ya estuviera embarazada de seis meses. Estaba hinchada de alegría. Dijo: «Regresemos a casa de inmediato. Por ahora, mis deseos se han visto cumplidos».

Pero la Madre de Dios se puso en pie en ese momento y se percató de que había desaparecido la manzana más bella

de su árbol. «¿Quién la habrá robado?», se preguntó. Entonces profirió un maleficio: «Si de esa manzana nace una muchacha, será tan bella como el sol. Resultará imposible mirarla sin quedar cegado por su esplendor. Pero en su decimoséptimo aniversario se convertirá en una gata. Así lo quiere Dios. También sufrirán este maleficio todos aquellos que vivan en su palacio, hasta que aparezca el hijo de un emperador y le corte la cabeza a la gata. Todos volverán entonces a ser seres humanos. Pero hasta ese momento, la muchacha será una gata».

Cuando la emperatriz volvió a casa embarazada, su marido se mostró totalmente complacido. A su debido tiempo, dio a luz a una bella niña y todo el mundo se sintió muy feliz. La hija creció como un ser humano más, pero el día en que iba a cumplir diecisiete años, hallándose sentada a la mesa al mediodía, se transformó al instante en una gata y desapareció junto con todos sus sirvientes.

Entretanto, en un lejano país, había un emperador con tres hijos. Su mujer había muerto y él se había dado a la bebida. Como quería librarse de sus hijos, los reunió a los tres y les dijo: «Voy a ordenaros algo. Aquel que sea capaz, deberá traerme un hilo de lino tan fino que al soplarlo pueda enhebrarse en una aguja. Cada uno de vosotros deberá traerme algo y ofrecérmelo como obsequio, y así veré cuál de vosotros es el más valeroso». Ellos respondieron: «Sí, padre», y se dirigieron a un gran castillo en el bosque donde celebraron un festín y estuvieron juntos por última vez. Comieron y bebieron durante tres noches seguidas. Luego se separaron, eligiendo cada uno el camino que iba a seguir y prometiendo encontrarse de nuevo al cabo de un año.

El mayor escogió un camino en el que sabía que pasaría hambre pero que su caballo tendría comida. Lo único que encontró fue un hermoso perrito. Estuvo fuera dos meses.

El hermano mediano optó por un camino donde sabía que hallaría alimento para él pero no para su caballo. Encontró un poco de lino basto. Con mucho empeño podía enhebrarse en una aguja grande, pero había que tirar de él con todas las fuerzas posibles.

El hermano pequeño se hallaba en mitad de un oscuro bosque cuando, de repente, empezó a caer una lluvia tan fuerte que no podía ver nada. Estaba desesperado. Durante tres días y tres noches llovió sin cesar, reinando la más absoluta oscuridad. Los relámpagos centelleaban aún en la madrugada del tercer día y, con la luz de éstos, divisó un palacio ante él. Y pensó: «Iré directamente a ese palacio, pase lo que pase... Ya no puedo más». Pero la puerta estaba cerrada y a su alrededor había una muralla muy alta, que apuntaba hacia el cielo. «Me muero de hambre», dijo en su soledad, pero nadie le oyó. De repente, vio un pedazo de carne colgando de la puerta y pensó: «Me haré con ese pedazo de carne. Tengo mucha hambre. No he comido nada desde hace mucho tiempo». Pero, en realidad, ese pedazo de carne no era tal, sino que era un montón de piedras preciosas y lo único que tenía de carne era la forma. Escaló el muro para hacerse con el «trozo de carne», pero al tocarlo con el pie le fue imposible desprenderse de él.

De repente, oyó el sonido de una campana y cayó, presa del pánico. Cuando dio contra el suelo la puerta se abrió, pero no vio a nadie, tan sólo una mano que la abría. Entró y pensó: «Bueno, seguiré adelante, pase lo que pase». Miró al alrededor y no vio a ser humano alguno. Finalmente encontró, en una sala, una mesa con una vela y una cama, y se dijo: «En fin, entraré ahí dentro y descansaré, porque estoy empapado por la lluvia». Entonces, tan pronto intentó sentarse en la cama, aparecieron diez manos, pero sin cuerpos humanos tras ellas. Golpearon a nuestro héroe y le despojaron de sus ropas, pero él seguía sin ver a nadie. En su deses-

peración gritó: «Oh, Dios mío, ¿quién me golpea de semejante forma?». Las manos sólo dejaron de golpearle cuando quedó completamente desnudo. De pronto, vio comida en la mesa y hermosas prendas de vestir. Así que empezó a comer y se vistió con aquellas ropas.

Ahora volvía a sentirse bien otra vez. Al segundo día entró en otra sala. Quería ver qué sucedía, y lo que ocurrió fue lo mismo que en la ocasión anterior. De nuevo, aquellas manos arrancaron las ropas de su cuerpo y le golpearon. Y, una vez más, recibió algo de comida. Al tercer día, la emperatriz ordenó a sus hombres-gato que condujeran al joven héroe a la gran sala, donde todo era de oro puro, y le proporcionaron ropajes, también de oro puro. Cuando entró, un centenar de gatos cantaban y tocaban música. Sentaron a nuestro héroe en un trono de oro puro y él pensó: «No tengo la menor idea de quién manda aquí». Pero entonces descubrió a una hermosa gatita que yacía en una cesta dorada.

La emperatriz de los gatos complació al joven hasta que, llegada la medianoche y tras una fiesta, se levantó de su cesta y dijo: «De ahora en adelante ya no mando en este palacio. Este joven es vuestro nuevo amo». Y todos los gatos le dieron la bienvenida como a su nuevo soberano. La emperatriz de los gatos tomó al héroe de la mano y lo abrazó, diciéndole: «Querido héroe, ¿qué te ha traído hasta aquí?». Y él dijo: «Querida gata, Dios conduce a las personas por diferentes senderos. Mi padre me mandó buscar un hilo de lino tan fino que con un simple soplido pudiera enhebrarse en una aguja, y he venido a por él».

Sus dos hermanos mayores ya estaban de vuelta. Habían esperado a su hermano, pero cuando vieron que no se unía a ellos, regresaron a casa. El hermano mayor llevaba consigo el perrito, lo que complació mucho a su padre. El hermano mediano aportó su trozo de lino basto, cuyo hilo pudo hacer pasar por el orificio de una gran aguja. Y el padre preguntó:

«¿Dónde está el más joven de vosotros?». A lo que el hermano mediano respondió: «Padre, no lo he visto desde que nos separamos. Probablemente no volverá». Así pues, todos lo dieron por muerto, lloraron y se sintieron muy afligidos.

Transcurrido un tiempo, la gata le dijo un día a nuestro héroe: «Querido, ¿no sientes deseos de volver a tu casa? Ya ha pasado un año desde que partiste». Él respondió: «No quiero volver a casa. ¿Qué haría allí? Soy feliz aquí. Me quedaré hasta el final de mis días». «No, no deberías hacerlo», dijo ella. «Si quieres quedarte, primero has de regresar a casa y llevarle a tu padre lo que le prometiste.» Él preguntó: «Pero ¿cómo podré encontrar un lino tan delicado, con hilos tan finos?». «Ah, eso no resultará tan difícil», replicó ella. Nuestro héroe prosiguió: «Dime, querida gata, ¿es cierto que tres días a tu lado equivalen a todo un año?». «Sí. Es más, desde que abandonaste tu tierra han transcurrido nueve años.» El joven héroe no podía creerlo y dijo: «¿Cómo un año puede equivaler a nueve años? Y entonces, ¿qué puedo hacer para regresar? Volver hasta mi padre me llevará nueve años...». La gata dijo: «Alcánzame ese látigo que cuelga del muro. El látigo de fuego». Chasqueó el látigo en tres direcciones y un coche de relámpagos apareció de la nada. [No se describe lo que es un coche de relámpagos. Es, simplemente, un carruaje —un carruaje de relámpagos— y más adelante se le llamará carruaje de fuego.]

Montaron en el carruaje de relámpagos y ella chasqueó de nuevo su látigo. El carruaje inició su descenso y ella dijo: «¿Estás preparado? Ya puedes irte a casa». Llegados a su destino, añadió: «Lleva esta nuez contigo, pero no la abras hasta que tu padre te pida que le entregues el lino».

Cuando vieron descender del cielo el carruaje incandescente, su padre y sus hermanos se sintieron completamente aterrorizados. El padre dijo: «¿Me has traído algo, hijo mío? ¿Has conseguido el lino?». A lo que el hijo respondió: «Sí,

padre». Al tiempo que decía estas palabras, rompió la nuez y dentro halló un grano de maíz. Lo abrió y encontró un grano de trigo. Entonces se enfadó y pensó: «La maldita gata me ha embaucado». Y exclamó: «¡Al diablo con la gata, me ha engañado!». Pero tan pronto como decía estas palabras, sintió que unas garras invisibles arañaban sus manos, de las que brotó sangre. Abrió entonces el grano de trigo y en su interior apareció una semilla de maleza de la que crece a lo largo de los caminos. Cuando abrió la semilla, extrajo de ella un centenar de metros de lino fino y delicado, y se lo entregó a su padre, quien dijo: «Hijo mío, la corona debe ser tuya, pues tú has encontrado el lino más hermoso». El héroe dijo: «No, padre, ya soy lo bastante rico. Poseo ya un imperio en el que puedo vivir y es mi deseo regresar a él». Pero el padre dijo: «No, no puedes volver. Antes, cada uno de vosotros deberá encontrar esposa, ya que quiero cerciorarme de que os casáis con la persona adecuada. Después ya veremos». «De acuerdo», dijeron los hermanos, y acto seguido se marcharon.

El hermano pequeño montó en el carruaje de fuego con la gata y emprendieron el camino de regreso. Al llegar, la gata preguntó: «Bueno, ¿qué has hecho?». Él se lo explicó todo. Pero ahora su preocupación consistía en buscar esposa. La gata escuchó con mucha atención, si bien no pronunció una sola palabra. Él siguió viviendo con ella durante otro mes hasta que, de nuevo, un día le dijo: «¿No te gustaría volver a casa?». «Oh, no quiero volver allí. No tengo motivo alguno para regresar.»

Con el tiempo, empezaron a enamorarse el uno del otro. El joven héroe le dijo un día a la gata: «¿Por qué eres una gata?». Ésta fue la respuesta que obtuvo: «No me lo preguntes todavía, hazlo en otro momento. Detesto vivir en el mundo. Vayamos juntos a ver a tu padre». De nuevo, agarró su látigo y lo hizo chasquear en las tres direcciones, apare-

ció el carruaje luminoso y con él llegaron de nuevo a casa del joven.

Al verlos, su padre preguntó: «¿No tienes esposa? ¿No te has casado? ¿Dónde está tu esposa?». El joven héroe mostró a la gata y dijo: «La tienes ante tus ojos, es esta gata que contemplas». Ella se aposentó en su cesta dorada. «¡Santo cielo! ¿Qué harás con una gata? Ni siquiera podrás hablar con ella.» La gata montó en cólera. Saltó de la cesta y se dirigió a otra estancia, donde, dando una voltereta, se convirtió en una hermosa muchacha.

Cuando regresó, el joven héroe se acercó a ella y la abrazó. Su padre y sus hermanos quedaron completamente atónitos. El padre estaba tan complacido con la bella joven que dijo: «Verdaderamente, tienes la mujer más hermosa. Te convertirás en mi sucesor y heredarás todo mi imperio». Pero la muchacha no podía permanecer mucho tiempo en forma humana. El héroe le dijo a su padre: «No, padre, ésa no es mi aspiración. Poseo ya un imperio y una corona. Así que nombra heredero a mi hermano mayor». Y mientras decía esto, la muchacha hizo otra pirueta, se transformó de nuevo en gata y se acomodó en su cesta dorada.

Así pues, el emperador le entregó la corona a su hijo primogénito. El joven héroe se marchó con la gata, pero estaba disgustado con ella por haber adoptado de nuevo su forma animal. Ella le dijo: «Querido, te explicaré más adelante por qué estoy condenada a ser una gata. Pesa sobre mí una maldición». Y de nuevo vivieron en su imperio formado por gatos, tal como lo habían hecho antes.

Un buen día, la gata afiló tres sables turcos [un tipo de espada llamada yatagán]. Cuando el héroe regresó de su jornada de caza, hablaron durante un rato y la gata fingió hallarse enferma. «Querida, ¿qué te sucede?», preguntó él. «Me encuentro muy mal. Si me amas y quieres hacer algo bueno por mí, córtame la cola. Es muy grande y pesada y ya

no puedo cargar con ella.» Nuestro joven héroe estaba desesperado y dijo: «No, no puedes morir. Antes preferiría perder yo la vida. Tengo un ungüento, te curaré con él». Pero como ella insistía una y otra vez en que le cortara la cola, finalmente accedió. ¿Y cuál fue el resultado de ello? Se transformó en una muchacha. Pero sólo a medias. Se había convertido en mujer sólo hasta las caderas, respecto a la otra mitad de su cuerpo seguía siendo una gata.

Cuando el héroe contempló el cambio se sintió muy feliz, pero la gata no se detuvo ahí. Prosiguió: «Esta vida me hace sufrir, no quiero seguir viviendo. Por favor, córtame la cabeza. Dejo en tus manos todo mi imperio». «¿Cómo puedes pedirme que te corte la cabeza?» «Si me amas y quieres lo mejor para mí, córtame la cabeza.» Al final, él no pudo soportarlo más, empuñó uno de los yataganes y le cortó la cabeza. En aquel momento, la gata se convirtió, de los pies a la cabeza, en una hermosa muchacha. Además, todos los gatos que había en palacio se transformaron en seres humanos y la ciudad fue, asimismo, redimida. Todo el mundo estaba maravillado. Los jóvenes enamorados se abrazaron, rebosantes de felicidad, y la muchacha dijo: «De ahora en adelante serás mi esposo. La Madre de Dios profirió un maleficio que debía pesar sobre mí hasta que el hijo de un emperador me cortase la cabeza. Ahora vayamos a ver a tu padre. Pero no te fíes de tus hermanos, pues quieren matarte».

Así que volvieron allí donde se hallaba su padre, que ante su regreso no sabía cómo demostrar su dicha. Pero el anciano se enamoró de la muchacha, la antigua mujer gata, e intentó matar a su propio hijo para poseerla. En cierta ocasión, ordenó al joven: «¡Sal a cazar, tráeme alguna presa!». Y cuando la hermosa mujer se encontraba sola, se dirigió a su habitación, tropezándose con un gato en el camino. Le dijo a su nuera que era a él a quien debía amar, pero ella le dio una bofetada y le dijo: «¿Qué pretendes, viejo maldito?».

Cuando su esposo llegó a casa, la joven le contó lo acontecido con su padre: «¡Debemos abandonar este lugar de inmediato! ¡Volvamos a casa!». El hijo intentó mostrarse amable con su padre, como si no estuviera al corriente de lo ocurrido: «Conversar con mi esposa ha sido muy gentil por tu parte», le dijo. Pero el padre se propuso llegar hasta el final y le contestó: «Si no me entregas a tu esposa, te haré colgar». «Si pretendes matarme esta noche», respondió el hijo, «puedes estar seguro de que mi mujer no lo permitirá». Así pues, el padre ordenó que encarcelaran a su hijo, acompañado de su esposa. Al enterarse de ello, ambos emprendieron la huida, no sin que el héroe advirtiera a su padre: «¿Sabes, padre? Mucho antes de lo que crees, mi mujer te castigará». Tras regresar a su reino, reunieron un enorme ejército y declararon la guerra al padre. ¿Qué podía hacer el viejo emperador? No tenía más remedio que luchar contra el emperador de los gatos.

Preparó su ejército en tres días, pero su hijo lo aniquiló por completo. Tan sólo el anciano sobrevivió, y viéndose perdido y sin fuerzas no pudo por menos que decirle a su hijo: «Por favor, perdóname. Jamás en la vida hice nada malo. Júzgame con rectitud y gobernarás mi imperio con justicia».

Y de allí he venido yo para contároslo.

Fijémonos primero en el baile de arquetipos. En primer lugar, tenemos un emperador y una emperatriz, que son estériles: no tienen hijos. En segundo, tenemos otro emperador, en algún lugar inconcreto, con sus tres hijos. Su mujer ha muerto y eso le lleva a darse a la bebida. Su hijo pequeño, en última instancia, se casa con la gata. Nada más se nos dice acerca de los padres de la gata. Finalmente, el héroe derrota al emperador alcohólico, quien le pide clemencia al ver su ejército devastado. Podemos suponer que el héroe le responde:

«¡Vete al infierno!», que no lo mata, y que el hijo mayor se convierte en emperador. Pero el destino final de ese país es una incógnita. No está claro lo que sucede, si se incorpora al imperio del gato o si queda a cargo del hijo mayor, designado anteriormente como legítimo heredero de la corona. No llega a saberse qué le sucede al hermano mediano. La situación al completo no queda resuelta, ya que en definitiva lo único que sabemos es que el héroe se queda con la gata en su palacio. La *coniunctio* es el motivo final más relevante.

Quien esté familiarizado con los cuentos de hadas, sabrá que los distintos países que aparecen en los mismos tienen, a veces, un destino muy definido. Uno de ellos está marcado por la esterilidad y sufrir una renovación; o ser uno de ellos de signo completamente femenino y el otro masculino y unirse ambos, o cosas similares. De manera que resulta posible, por lo general, descifrar qué significan cada uno de esos países y saber cuál va a ser su destino. Éste, sin embargo, es un cuento atípico en el que no queda claro qué es lo que sucederá con esos dos países. Al final, parece existir una especie de dichosa y feliz duplicidad en el imperio de los gatos. Un imperio nuevo por completo. Los otros simplemente parecen ir desapareciendo del mapa.

Lo primero que tenemos que abordar son los conceptos de emperador y emperatriz, lo que significan esos dos imperios, cuál es su misión y qué sucede en ellos... El porqué de este extraño mecanismo.

Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Rumanía perteneció al Imperio de los Habsburgo, el Imperio Austro-Húngaro. En los cuentos de hadas rumanos siempre hay un emperador, nunca un rey. Su concepto de rey corresponde al de emperador y por ello denominan al rey «emperador». Pero podemos reemplazarlo simplemente por el habitual «rey» de

los cuentos de hadas. Al tratarse de una variedad rumana, encontramos un emperador. Y tenemos dos imperios: uno donde lo femenino es estéril y otro en el que lo femenino ha desaparecido.

Ahora tenemos que adentrarnos en el simbolismo del rey o emperador. Jung nos ofrece una sinopsis del significado del rey, especialmente en Egipto, y también del rey en la alquimia.² Pero sólo puede aplicarse a determinadas esferas en las que sobrevive el mismo significado. Si con anterioridad se desea acceder a un material más simple y primitivo, puede consultarse *La rama dorada*, de J. G. Frazer.³ En este libro encontraremos una interminable recopilación de historias sobre el papel sagrado del jefe en las tribus primitivas, acerca de su significado mágico. En determinadas tribus, ni siquiera puede tocar el suelo. Siempre es transportado de un lugar a otro, de forma que no se vea rebajado a tocar el suelo. En otras tribus, una vez que ha comido, se destruye todo. Los platos en los que ha comido son destruidos, para que de ese modo no sean profanados por el uso de otras personas. O bien disponen de comida especial, ropa especial o se ven obligados a respetar tabúes específicos, etcétera.

El bienestar y las condiciones psicológicas del jefe, así como sus condiciones fisiológicas (su potencia sexual, por ejemplo, es muy importante en muchas tribus), garantizan el bienestar de la tribu. Y, por tanto, cualquier ruptura de tabúes, enfermedad o mala conducta del jefe es un mal augurio para

2. *Mysterium Coniunctionis*, OC 14, capítulo IV [OC se refiere en adelante a H. Read, M. Fordham, G. Adler y Wm. McGuire (comps.), *The Collected Works of C.G. Jung*, Bollingen Series XX, 20 vols., Princeton, Princeton University Press, 1953-1979].

3. Nueva York, St. Martin's Press, 1966.

toda la tribu. Él es el ser individual de la tribu, el centro de la vida. En algunas tribus, si el jefe enferma es eliminado; por lo general se le sacrifica y se le sustituye por otro. En otras, lo que rige su sacrificio es un periodo de tiempo: tras un año, cinco o diez, se le sacrifica. Ellos saben, al convertirse en jefes, que los matarán; en ocasiones de manera cruel, bien encerrándolos en una cabaña hasta que mueren de hambre o sacrificándolos de una u otra forma.

La idea es, obviamente, que el jefe representa lo que podríamos definir a nivel psicológico como el Yo, el centro de la vida o núcleo de la psique colectiva. Es un símbolo del Yo. Así sucedía con el rey en Egipto. También podemos encontrar interesante documentación —en Needham⁴ o en Marcel Granet⁵— acerca de cómo el emperador de China desempeñaba ese mismo papel. Sólo que, en este caso, su carácter era mucho más espiritual. No era tanto su potencia sexual o su salud lo que decidía el destino del imperio, sino su estado en el Tao. Si el emperador estaba fuera de sí, cometía algún error o perdía su equilibrio interior, los antiguos chinos creían que la totalidad del imperio estaba en desorden. Cuando había sequías, se producían catástrofes, el río Yang-tse se desbordaba o sucedía algo de naturaleza similar, el emperador tenía siempre que buscar en el interior de su alma para averiguar dónde se había equivocado. Posteriormente, tenía que ayunar y hacer penitencia para enderezar de nuevo el rumbo del imperio.

Lo que llama la atención en esta variación china es que su carácter es completamente psicológico. No se trata de la salud del emperador o de sus actos. Físicamente, no tenía obli-

4 Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.

5. Marcel Granet, *La Pensée Chinoise*, París, Albin Michel, 1968.

gaciones. En China, el emperador no tenía que gobernar, dar ordenes, etcétera. Debía hablar un poco y cumplir las reglas. Hablar lo mínimo y preocuparse en esencia de su equilibrio interior. En ese aspecto, puede hablarse con más propiedad de un rey-sacerdote, o un emperador-sacerdote, pues el estar en contacto con el Tao era el factor esencial que garantizaba el bienestar de China. En ese detalle se aprecia con claridad que se trataba de una representación del Yo.

En todo el mundo podemos encontrar este mismo motivo: el rey-emperador es sacrificado o forzado a exiliarse durante un tiempo. En el Egipto tardío el trato era más humano. Al rey, que representaba al «dios sol», ya no se le sacrificaba, pero tenía que pasar cada cinco años por la celebración del *Sed*, en la que era simbólicamente sacrificado y renovado. En la liturgia se decía: «Ahora eres nuevo, estás renovado, eres de nuevo el joven rey» y cosas similares. El ritual se transformó en una muerte psicológica y un renacimiento simbólico, que sustituía al acto de matar realmente al rey. Pero esta particularidad —el hecho de que el rey fuera sacrificado, sustituido o sometido a un ritual de renovación— la encontramos en todos los rincones del mundo. Tanto en los más primitivos documentos como en civilizaciones tan complejas como la china o la egipcia.

Esto demuestra, como explicó Jung, que los símbolos del Yo —símbolos colectivos del Yo— sufren un desgaste. Religiones, creencias, verdades... todas envejecen. Todo aquello de lo que se ha hablado demasiado y que por un tiempo se ha mantenido en la cúspide de la sociedad humana es deficiente, en el sentido de que envejece. Se convierte en algo mecánico, consabido, una posesión de la conciencia. La gente siente que, al conocerlo, es suyo. Esto afecta en mayor grado a los más elevados valores, porque los factores de menor re-

levancia cambian con más frecuencia y no tiene importancia. Pero que los valores más elevados se agoten, que pierdan la contundencia de su carácter numinoso, evidentemente entraña un grave peligro. De ahí que conservar los tabúes, por ejemplo, degeneren en un simple mantenimiento de las formalidades, sin que se aprecie ya en ellos significado alguno. El mito que se esconde tras el tabú ya no supone un estímulo: «¡Vaya, la misma historia de siempre! ¡La he oído cincuenta veces!... ¿Y qué?». Esta reacción procede, una vez más, de ese negativo aspecto de la conciencia que lleva al hastío de todo. Esa parte de la conciencia se convierte en la única poseedora de la verdad, y al poseer la verdad, al poder poseer la verdad y no verse poseído por ella, las cosas empiezan a funcionar al revés de como deberían hacerlo. Se trata, en parte, de una deficiencia de la conciencia humana, pero, por otro lado, es natural que las situaciones humanas cambien. Ésta es la razón intrínseca de la necesidad de renovar los reinados y las monarquías.

Por lo general, existen también razones externas. Las vidas de las personas o los requisitos que una tribu —o todo un imperio— tienen que satisfacer cambian; ciertos aspectos se modernizan, se sufren influencias externas a partir de puntos de vista diferentes. En la actualidad, por ejemplo, el mundo occidental se está viendo enormemente influido por la espiritualidad oriental. Oriente, por otra parte, experimenta el influjo de nuestros objetivos industriales, lo que exige, en momentos como el actual, una readaptación. No se puede seguir adelante siguiendo los métodos antiguos. La totalidad de nuestro universo ha cambiado y tenemos que responder a ello con una nueva verdad. Por tanto, las razones externas también contribuyen al hecho de que reinos y mandatarios pierdan vigencia y, con ello, pierdan también su poder de re-

presentación, ya sea como verdad religiosa —que también presupone un determinado panorama político—, como panorama judicial o como unas determinadas costumbres sociales o una serie de prejuicios. Toda gran civilización es un bloque unido por un espíritu, y este espíritu es el rey. Todo ello viene desmoronándose desde hace tiempo, ésa es la razón por la que en muchos cuentos de hadas encontramos varios reinos.

En nuestro caso, tenemos dos reinos: el de la gata-hija y el del padre bebedor. En *El pájaro de oro*,⁶ de Grimm, aparecen incluso cuatro reinos. El protagonista va de un reino a otro y finalmente los une todos. Antes que nada, debemos preguntarnos el porqué de tantos reinos. Esta circunstancia sólo se da cuando algo no va bien en uno de los reinos. En uno de ellos hay solamente hijas, en el otro, hijos; ésta suele ser la circunstancia más común. Se recurre a las nupcias porque ambos están incompletos. Por lo general, un reino dispone de atributos compensatorios para el otro. Lo que viene a esbozar una situación en la que la civilización ya no está unida, en la que el principio de gobierno, al que Jung denomina «la dominante de la conciencia colectiva», se ha dividido en diferentes compartimentos.

Por ejemplo, en dos mil años de cultura occidental, la dominante de la conciencia colectiva ha sido la figura de Cristo. La mayoría de los gobernantes de esta cultura han representado a la civilización cristiana. Tuvieron que velar por el cumplimiento de las normas cristianas en su imperio o reino. Ellos las representaban, por así decirlo. (Por desgracia, en la Europa medieval sufrimos esa batalla entre el Papa y los reyes, *Sacerdotium* contra *Imperium*, que nunca acabó de resolver-

6. *The Complete Grimm's Fairy Tales*, Nueva York, Pantheon Books, 1944, pág. 272.

se, de definir quién estaba por encima y quién instauraba o no a los reyes; pero fue una situación especial.)

Hoy en día, con el «reinado» del cristianismo en muy baja forma, poca falta hacen los sacrificios o las renovaciones. Puede apreciarse con claridad la división en compartimentos, en el sentido de que determinadas áreas de la vida no se hallan reguladas ahora por espíritu religioso alguno. Se las contempla desde un punto de vista puramente técnico. Por ejemplo, nuestras leyes se basan todavía en ideas cristianas, aunque incluso eso está cambiando. La gente desea reemplazar ciertos principios cristianos por ideas de justicia que no estén basadas en las de corte cristiano, sino en un concepto de justicia más moderno y progresista. La educación se ha independizado casi por completo de la potestad cristiana. Así, en las escuelas estatales ya no se enseña la religión cristiana. Tan sólo en las escuelas privadas se realizan actividades tales como rezar a primera hora de la mañana. En las estatales, conviven niños de diferentes religiones y culturas, por lo que esas prácticas han desaparecido.

En detalles como éstos puede apreciarse que ciertas áreas de la vida colectiva ya no están sometidas a ese imperio. Se erigen pequeños imperios dentro de otros mayores. Hay sub-imperios en todas partes. Ésta es una situación peligrosa que siempre indica que algo falla en el símbolo principal del Yo. Algo falla en las ideas religiosas fundamentales de esa civilización, porque han perdido el poder unificador. El símbolo del Yo también comprende la idea de unidad. Y la idea del rey o del emperador sirve siempre para unificar. Podemos encontrar resquicios de esta simbología en el Reino Unido, pues a pesar de que los miembros de la Commonwealth son independientes, siguen vinculados entre sí gracias al rey y a la reina como símbolos. Ésa es la identidad que mantiene

simbólicamente unida a la Commonwealth, aunque cada país sea independiente. Nunca se someterían a los designios del parlamento inglés, pero el rey y la reina son símbolos, y la gente se somete a los símbolos. De ahí la importancia del símbolo: representa algo que va más allá de los meros derechos políticos y las retribuciones económicas. Representa una idea arquetípica del Yo, de la identidad. Y resulta de lo más sorprendente observar, al psicoanalizar a personas de nacionalidad suiza, que constantemente tienen sueños en los que aparece la reina de Inglaterra. El inconsciente anhela con tanta desesperación un símbolo que toma prestada una reina de otro país. Ese detalle pone en evidencia el poder de los símbolos.

Pues bien, esos dos imperios de nuestra historia demuestran que existe una compartimentación de la vida colectiva. Debemos fijarnos ahora en sus diferentes características. En uno de ellos no tienen descendencia y en el otro no hay esposa. Detengámonos en primer lugar en el que no tienen descendencia.

Antes de que tenga lugar el nacimiento de un pequeño héroe, a menudo se produce un periodo de esterilidad o de dificultad para la concepción. Hay cientos de cuentos que se inician de ese modo. Así, en un cuento austríaco, *La princesa negra*,⁷ el rey y la reina no tienen hijos; por ese motivo la reina le reza a una estatua de Cristo que hay encima de un puente. No obtiene resultado alguno, así que piensa: «De acuerdo», por lo que, en su lugar, pasa a rezarle a una estatua del diablo, quedando embarazada al poco tiempo. Pero más tarde recaerá sobre la niña una maldición. El argumento es similar al de

7. MDW, *Deutsche Märchen aus dem Donaulande*, Jena, Eugen Diederichs, 1926, pág. 150.

nuestra historia, porque cuando la princesa de este cuento alcanza los dieciséis años, de repente dice: «Padre y madre, hasta ahora he hablado, pero no volveré a hablar de nuevo. Enterradme en la catedral», y estando en la iglesia se transforma en un demonio negro. Colocan a unos cuantos hombres junto al ataúd para que monten guardia, pero la muchacha se abalanza sobre ellos cada noche y los golpea, hasta que aparece un héroe y la redime de ese terrible estado. También aquí nos encontramos con el tema de unos padres que no han podido tener hijos durante mucho tiempo. Convirtiéndose el diablo en el padrino de la princesa negra.

Existe también un cuento noruego sobre una reina que no puede tener hijos.⁸ Una sabia anciana le dice que se lave y luego vierta el agua sucia bajo la cama, donde crecerán dos flores, una clara y otra oscura; ella deberá comerse sólo la clara. Pero la reina es codiciosa y se come las dos. Como consecuencia tiene dos hijos en lugar de uno: uno de piel clara y otro de piel oscura. Y el cuento prosigue...

Así pues, cuando en los cuentos de hadas se nos dice que una reina no puede tener hijos, lo que aparecerá después será un héroe infantil especial. ¿Pero qué significado psicológico puede tener eso? ¿Por qué tiene lugar ese largo periodo de esterilidad antes de que nazca el pequeño héroe?

Por lo general, en primer lugar somos testigos de un periodo de depresión, vacío, en el que no sucede nada. Cuanto más duradero sea, más podremos suponer que lo que se está acumulando en el inconsciente es una enorme cantidad de energía. Para que suceda algo importante, es necesario ese periodo en el que, por así decirlo, nada consciente tiene lu-

8. MDW, *Norwegische Volksmärchen*, n° 32, «Zottelhaube», Düsseldorf-Colonia, Eugen Diederichs, 1967.

gar. Me percató de ello, por ejemplo, cuando escribo un artículo. Si me limito a pensar: «Ah, esto es interesante...» y voy y lo escribo, tan sólo plasmaré tonterías superficiales. Pero si antes caigo en una depresión y no puedo hacer nada durante mucho tiempo, cuanto más se prolongue esa situación más posibilidades tengo de que lo que salga sea mejor. Así que incluso recelo de lo que escribo cuando antes no he tenido una depresión. Sé que estoy escribiendo algo de poca calidad, que no me surge por completo de mi interior. Para hacer algo bueno, antes tiene que haberse pasado por un largo período de desaliento. Ya sea bajo la forma de una depresión, ya sea porque simplemente no sucede nada. La vida, en pocas palabras, transcurre: uno desayuna, hace su trabajo, no tiene ningún sueño interesante y todo lo que acontece es pura monotonía. Esterilidad. No pasa nada.

En una ocasión pasé por un periodo así. Me sentía muy impaciente y no dejaba de pensar: «Bueno, es el fin. Me estoy volviendo senil. Estoy acabada», y cosas por el estilo. Entonces vi en un sueño una hendidura en la tierra, encima de la cual podía leerse una explicación, totalmente científica, acerca de cómo nace un manantial. Primero había hierba, después tierra y, por último, una especie de arcilla sólida. Del cielo caían grandes gotas de lluvia. Y entonces alguien explicaba el motivo de esa pluviosidad: el agua pasa por aquí, se acumula allá y, tras un tiempo, brotará espontáneamente una fuente en forma de manantial. Ésa fue la explicación en el sueño. Pensé: «De acuerdo... Ahora sé por qué tengo que esperar a que llegue la lluvia», por así decirlo. Fue una experiencia maravillosa. Yo me había ido a la cama y le había dicho al inconsciente: «No tengo sueños, nunca pasa nada. La vida es aburrida. Por favor, ofrézme un sueño que me explique esta situación».

En otra ocasión soñé que iba a la estación principal de ferrocarriles y tenía lugar un cambio de vía. En aquel momento, un hombre, ataviado con una gorra roja, se disponía a bajar y a enganchar dos vagones. Luego salió, sonrió y me dijo: «Suele pasar mucho tiempo antes de que una nueva composición pueda salir fuera de la estación». Ya ven, el inconsciente no puede producir por encargo. Se produce en él un proceso de larga duración, como si estuviera reuniéndolo todo y sopesándolo. Si se piensa en la psique como en un sistema que se regula a sí mismo, uno llega a la conclusión de que todas las energías deben estar en su sitio antes de que pueda producirse algo nuevo.

Volviendo a nuestro cuento de hadas: la emperatriz no es feliz. Quiere dar un paseo, pero el emperador le niega ese deseo, diciéndole que no debería caminar, sino navegar en un barco. Y, además, añade: «Si no regresas en estado de buena esperanza, no podrás seguir a mi lado».

Obviamente, hay algo que no funciona bien en ese matrimonio. Me atrevería a decir que ella está aburrida. De lo contrario, ¿por qué no quiere estar con él? Tampoco él parece sentirse muy feliz a su lado, ya que le advierte que no la aceptará si no regresa embarazada. Así pues, hay una alusión a la situación marital entre emperador y emperatriz, los principios masculino y femenino en esta historia, que, a pesar de no estar en conflicto, tampoco están en armonía. Lo cual tiene que ver también con la esterilidad. Se produce una especie de tregua; probablemente se respetan el uno al otro, pero no hay auténtico *eros* entre ambos. Eso viene a sumarse a la esterilidad. Por otro lado, ella quiere dar un paseo, lo cual no es frecuente en este tipo de cuentos. Por lo general, la emperatriz permanecería sentada en palacio y esperaría a que un sapo, una vieja anciana o quien fuese apareciese y le diera buenos consejos. Es más bien infre-

cuenta o anormal que quiera abandonar el palacio y deambular por ahí. Cabe preguntarse qué es lo que anda mal en el principio femenino. Al parecer, nuestra emperatriz se siente atrapada, lo que equivaldría a decir que, en ese reino, el principio femenino no tiene libertad de movimientos y, por lo tanto, se vuelve inquieto. Ella desea salir en un carruaje, pero el emperador le dice: «Espera, haré que construyan una nave para ti».

Volvamos a la situación inicial en el otro imperio. A saber: hay un emperador viudo con tres hijos que se ha dado a la bebida. ¿Qué anda mal en ese compartimento? Podemos suponer que se trata de los compartimentos propios de la civilización cristiana en Rumanía, pero no conocemos la fecha de creación del cuento, aunque no creo que sea una historia muy antigua. Es posible que corresponda al siglo XIV o XV aproximadamente. Lo femenino ha muerto en ese segundo imperio. Así pues, debemos considerar el aspecto que ofrece una civilización tras la muerte de lo femenino.

Si uno se centra en sociedades totalmente masculinas, como la francmasonería o el ejército, podrá observar cómo es un mundo en el que no sólo hay hombres. En las escuelas para chicos, por ejemplo, existe cierta tendencia hacia el establecimiento de la jerarquía. Con frecuencia, ésta es de carácter puramente intelectual. En el ejército no es intelectual sino objetiva. No hay lugar para las consideraciones subjetivas: las normas deben obedecerse por su mera condición de normas. Jamás se refieren a la persona en sí, y los hombres se enorgullecen de ello. Las mujeres tienden a ser más subjetivas. Si un hombre les agrada, le permiten saltarse las reglas, en caso contrario, las reglas son firmes. Un hombre de aspecto atractivo podría librarse de las reglas. El mundo de las mujeres acostumbra a ser flexible, en tanto que el de los hombres suele ser más rígido.

Jomeini es un buen ejemplo de alguien que quiso restaurar un mundo exclusivamente masculino. En esa experiencia se aprecia lo que puede suceder en esos casos. Pero ambos mundos tienen sus ventajas e inconvenientes. Pensemos en lo que acontece cuando las mujeres se agrupan en ausencia de los hombres, ya sea en un colegio femenino, un convento de monjas, un hospital repleto de enfermeras o en las escuelas femeninas llamadas «The Ape Box» que tenemos en Suiza. En lugar de una jerarquía o una lucha agresiva, lo que descubrimos son una serie de estratagemas maliciosas, de rumores, de pequeñas tretas, de intercambio de cartas de amor y risitas tontas. El factor de poder sigue estando presente, por supuesto, pero se ejecuta mediante armas venenosas y no mediante la brutalidad o la agresión. Se hacen servir los rencores, las rencillas, las pequeñas envidias y cosas similares. Si nos fijamos, por ejemplo, en un conjunto de médicos masculinos y en un grupo de enfermeras y en cómo hablan sobre el paciente, el grupo de los médicos probablemente dirá: «Creo que se trata de un interesante caso de cáncer, nunca antes había visto nada parecido». Y las enfermeras dirán: «No, no me gusta ese hombre, pero creo que no es feliz en su casa. Vi a su mujer cuando vino a visitarle y me dio la impresión de que entre ellos no...». Por lo tanto, las mujeres parecen interesadas en realizar un diagnóstico de carácter personal, no por ello menos respetable, y los hombres tienden a realizarlo desde la objetividad. Cualquier exceso en uno u otro sentido es, a mi parecer, perjudicial. Son dos mundos complementarios que están destinados a coexistir.

Ahora bien, en el segundo de los imperios que nos ocupa, lo femenino ha desaparecido. Podemos decir que, sin duda, existe en él un exceso de masculinidad de algún tipo. He ahí un indicio indicativo: el emperador se dio a la bebida cuando

perdió a su mujer. Nunca me he encontrado con un rey alcohólico. Es una historia única.

El alcoholismo es un conocido síndrome de desamparo. Muchos casos de alcoholismo son consecuencia del desamparo, ya sea real o imaginario. Todos los alcohólicos aseguran sentirse rechazados, etcétera. Pero no siempre es cierto. A veces lo viven de esa manera a pesar de que haya gente que se preocupa por ellos. Otros están verdaderamente desamparados y ése es su motivo para beber. El desamparo es un elemento que acompaña siempre al alcoholismo, de manera que hay que tenerlo en cuenta. Por eso Alcohólicos Anónimos tiene tanta aceptación. Es necesario recibir una intensa atención personal para vencer el síndrome de abandono. Para asegurarse de que la persona se siente siempre atendida, alguien debe ocuparse de ella a diario. De lo contrario, es imposible hacer que alguien deje la bebida.

Me atrevería a decir que, en gran medida, es un problema relativo al amor, un problema de pareja, un problema con el *eros*. En el caso de las mujeres alcohólicas, suele tratarse de un problema con los hombres. En los hombres, naturalmente, toma la forma de un problema con el *anima*, un problema con el *eros*, con las mujeres. Algo no funciona con su *anima*, no tienen con ella el contacto idóneo. Para las mujeres, por su parte, el contacto con el *animus* es pobre. El acceso al inconsciente está bloqueado. Se desea alcanzar una experiencia extático-religiosa, y eso conduce al abuso del alcohol u otras drogas. De las adicciones puede decirse, en términos generales, que se trata del anhelo de un estado extático-religioso, pues la vida resulta triste, carente de sentido y aburrida. El trabajo no tiene sentido y la vida doméstica resulta fría y despiadada. De ahí el anhelo de un estado extático. La aridez no siempre reside en las circunstancias externas. A veces reside

también en el propio individuo. He conocido casos en los que la persona no podía tomar contacto con sus propias emociones, pues estaban bloqueadas, prisioneras de una actitud racional, y no podían salir a la superficie. Tal era el caso de cierta mujer, muy tímida por naturaleza, que bebía para mostrarse extrovertida. Bebía continuamente para poder hablar con la gente y hacer visible su emotividad. Era una forma de establecer un puente con su inconsciente.

Vemos en nuestro cuento que el emperador no sólo está separado de lo femenino, sino también del inconsciente. Podemos decir que nos encontramos ante una situación de sequía. Lo que vendría a decir que gobernar ese país es comparable a gobernar un territorio de la cristiandad que ha perdido su inspiración, su sentido de la inspiración, que con toda probabilidad se ha convertido en una especie de obligación rutinaria. De ahí esa nostalgia compensatoria hacia una experiencia extática. En el otro imperio faltan tanto el amor como la fertilidad, por eso se produce, en la esfera de lo femenino, una especie de inquieto deambular en busca de una solución.

En esta historia, todo movimiento se produce a través de lo femenino. La emperatriz recorre el mar. Luego la gata toma la iniciativa. La gata le ordena al protagonista que se vaya a casa o que regrese de nuevo. La gata le explica cómo puede redimirla. Ella lleva la iniciativa a lo largo de la historia. De manera que toda acción tiene su origen en lo femenino. La historia muestra cómo, al hacerse activo, el principio femenino aporta una compensación curativa. Los hombres se limitan a seguir las ordenes de las mujeres. Lo cual compensa a todas luces una situación consciente demasiado patriarcal. Por lo tanto, debemos entender que tales cuentos de hadas surgen como compensación al ejercicio del poder.

CAPÍTULO 3

EL VIAJE DE LA VIRGEN MARÍA



La Virgen Negra de Einsiedeln, Suiza
(véase pág. 58)

Volviendo a nuestra historia, al principio el emperador y la emperatriz no tienen niños y la esposa desea ir a dar un paseo, sin rumbo fijo. Para ello el emperador le construye una nave, una nave tan bella como no hay otra en la tierra: «La nave resplandecía de tal modo que deslumbraba más que el Sol». Cuando está terminada añade: «Mañana podrás partir, la nave ya está dispuesta. Pero si no regresas en estado de buena esperanza, no podrás seguir a mi lado y no deberás comparecer ante mí nunca más». Y con dicha nave, la mujer se adentra en el mar y llega al palacio de la Virgen María.

La «nave» es un término femenino que se asocia con frecuencia a la Luna y las diosas lunares. También en ocasiones con el Sol. Es el caso de Egipto, donde representa la barcaza que transporta al Sol a través de los cielos. Facilita la comunicación, el comercio y la difusión cultural. De nuevo, parece ser aquí femenina, puesto que conecta y reúne a la gente. La nave es un símbolo basado en la idea de una construcción humana, puesto que se trata de un invento humano para des-

plazarse hasta donde no puede llegarse a pie, haciéndolo en su lugar a través del agua. Éste es, por así decirlo, el cometi-do básico y el milagro de la nave, que se asocia de ese modo con toda una serie de símbolos arquetípicos: lo femenino, la Luna, la fertilidad y su propia naturaleza uterina. Creo que la interpretación de la nave como institución (en la ley bu-dista, por ejemplo, en el Dharma, o para representar la Igle-sia del Arco de Salvación o el Arca de Noé) constituye su sentido básico y más importante, porque las instituciones son también construcciones humanas.

Todos los inventos arcaicos —el carro, la nave, las mejoras para la agricultura, el arado, todos esos primitivos inventos— siempre guardaban para el hombre un sentido milagroso. Sus inventores creían estar bajo el influjo de la revelación. No se sentían inventores tal como hoy en día entendemos («Yo, con mi hábil inteligencia, he inventado una máquina nueva»). Los inventores primitivos creían que una divinidad les había reve-lado o proporcionado algo milagroso. En consecuencia, todos los inventos técnicos —puentes, naves, carruajes— tuvieron en un principio connotaciones sagradas. Se creía que era un regalo que los dioses ofrecían al hombre.

Una de las historias más hermosas acerca de los inventos podemos encontrarla entre los aborígenes australianos, cuan-do cuentan cómo descubrieron el arco y la flecha. Según ellos, el Hombre del Arco Iris, uno de los seres arquetípicos origi-nales del Tiempo del Sueño, descendió a la tierra y su mujer lo abrazó, rodeándole el cuello con los brazos. Ésa era la cuer-da. El Hombre del Arco Iris, junto con el abrazo de su mujer, eran el arco y la cuerda. Al descender y mostrarse de ese mo-do, permitieron a los australianos inventar el arco. El Hom-bre del Arco Iris y su esposa desaparecieron en el interior de la tierra y, desde entonces, los australianos utilizaron el arco

y la flecha.¹ Se trata tan sólo de una bella ilustración de có-mo el hombre primitivo entendía los inventos. Siempre te-nían un carácter mágico. La fundición del hierro o la ela-boración de espadas estaban también siempre rodeados de grandiosos y mágicos rituales, y el resultado se contemplaba como algo sagrado, como una suerte de milagro.²

La nave tiene, por lo tanto, el estatus de invención huma-na milagrosa, que procede de los dioses y es, en realidad, la revelación de la forma de una diosa, que con el paso del tiempo el hombre ha logrado imitar gracias a su mente. De ahí que conserve todavía su naturaleza numinosa. La nave flota sobre las aguas del inconsciente. Sabemos que el agua es, por lo general, un símbolo del inconsciente colectivo. Por consiguiente, la nave ha significado siempre algo que lo mantiene a uno a flote y consigue que no se ahogue en el in-consciente. Cualquier filosofía, enseñanza religiosa o tradi-ción cultural funciona de ese modo: como una nave que nos protege. Si entráramos en el inconsciente sin estar prepara-dos, nos hundiríamos.

La psicología jungiana es otra nave de parecidas caracte-rísticas. Jung construyó una nave creando ciertas hipótesis a las que uno puede remitirse cuando no se distingue lo blanco de lo negro. Cuando uno corre el peligro de ahogarse en el inconsciente, o se siente desbordado, o teme verse poseído o atosigado por algún tipo de afecto, conceptos psicológicos como los de Jung pueden ayudar. El psicoanalista puede de-cirle a usted, por ejemplo: «Ahora se siente desbordado», puede hacer uso de la interpretación de los sueños para man-

1. Información procedente de una conferencia ofrecida por John Layard.

2. Véase Mircea Eliade, *The Forge and the Crucible*, capítulos 1 y 2 (traducido al inglés por Stephen Corbin), Chicago, University of Chicago Press, 1978.

tenerse a flote a sí mismo y al paciente. Todas las enseñanzas y tradiciones sirven, de alguna manera, para evitar que caigamos en la más absoluta desorientación, algo muy frecuente, pues cuando se toca el inconsciente uno se desorienta y aparece la sensación de ahogo.

Como veíamos, nuestra emperatriz quería primero utilizar el carruaje, que viene a ser un símbolo similar. El carruaje tiene también connotación femenina. Se le asocia con el Sol y con la Luna. Hay muchas tradiciones en las que el Sol, la Luna y las estrellas atraviesan el cielo en carruajes o barcos. En la antigua Grecia, encontramos incluso el barco-carruaje. El carruaje Thospis, en el que Dionisos se presentó en Atenas, era un barco, un barco con ruedas con el que se adentró en la ciudad. Lo interesante aquí es que la emperatriz quiere ir por tierra, utilizando un carruaje, pero el emperador no se lo permite y construye para ella esa nave especial. Dijimos antes que la emperatriz parecía inexplicablemente inquieta. Por lo general, cuando una mujer se queda en estado no quiere moverse demasiado, pero en lugar de eso la emperatriz quiere ir a dar un paseo. Ya hemos dicho que con toda probabilidad se sienta atrapada y desee salir a buscar algo nuevo. Puede decirse que se trata de algo parecido a un impulso inconsciente que la arrastra a una búsqueda. El hecho es que emprende el viaje marítimo nocturno.³ Aunque ella quería ir por tierra, el emperador se lo impide y le obliga a ir en barco. ¿Qué significado tiene esto?

3. Jung escribe: «El viaje marítimo nocturno es una especie de *descensus ad inferos*, un descenso a los infiernos y un viaje a la tierra de los fantasmas en algún lugar más allá de este mundo, más allá de la conciencia, y por lo tanto es una inmersión en el inconsciente» («The Psychology of the Transference», *The Practice of Psychotherapy*, OC 16, pág. 455). Véase también *Symbols of Transformation*, OC 5, pág. 308 y sigs. (N. del e.)

Si fuera por tierra, se quedaría en el campo de la conciencia, ya que la tierra es donde uno se mantiene firme, es territorio conocido. Por tanto, si lo que desea es ir al parque con su coche de caballos, deducimos que quiere quedarse en el territorio de la conciencia. Pero el emperador tiene más intuición. Sabe que es necesario que suceda algo más, que ha de llegar algo proveniente del inconsciente. La idea es extraña, ya que enviar a su esposa a surcar los mares en una nave es mucho más peligroso. El emperador quiere más riesgo. Le dice incluso que debe regresar... ¡embarazada! Ya hemos mencionado eso: tal vez quiere librarse de ella. Cuando menos, demuestra una actitud bastante ambivalente hacia su cónyuge. Pero, sin duda, demuestra tener perspicacia. Se necesita una medicina más fuerte, un viaje marítimo nocturno, algo vinculado al inconsciente. El mar está plagado de monstruos y dioses. Conduce a tierras míticas, a islas desconocidas, donde habitan dioses o demonios. El esposo parece haber tenido un presentimiento. Es imprescindible realizar una excursión a ese territorio de la realidad —lo divino y lo desconocido— si lo que se desea es alcanzar la fertilidad y la renovación: el hijo del rey representa siempre la posibilidad de una renovación.

Antes de proseguir con el tema de la nave, quiero vincularla al siguiente símbolo: el palacio de la Virgen María. Cuando da comienzo la historia de los Evangelios, la Virgen tiene su casa en Galilea, en Nazaret. No existe ningún documento del siglo I que haga referencia a sus padres. Siendo muy joven se convirtió en la esposa de José y la madre de Jesucristo; se infiere, a partir de lo que puede leerse en Mateo 1,25, que tuvo más hijos. De ella se dice en las Sagradas Escrituras que siguió a Nuestro Señor. Estuvo presente en la Crucifixión, donde Jesús le encomendó que cuidara del apóstol Juan (Juan 19,26-27). Al parecer, su esposo ya había muer-

to por entonces. Se menciona a María, en los Hechos de los Apóstoles, entre aquellos que siguieron rezando junto a los apóstoles, en Jerusalén, en el intervalo entre la Ascensión y Pentecostés. No se hace alusión en el Nuevo Testamento a la fecha o lugar de su muerte.

La doctrina de la virginidad perpetua de María resultó irrelevante —y no exagero— a ojos de los evangelistas. Tampoco existen pruebas de que, durante los tres primeros siglos de nuestra era, se promulgase tal teoría en el ámbito de la Iglesia Católica. Por el contrario, para Tertuliano, el hecho de que María se casase después del nacimiento de Cristo es un eficaz argumento a favor de la Encarnación y en contra de las teorías gnósticas. Y Orígenes se basa en las referencias a los hermanos del Señor para refutar el docetismo, contra el que tuvo que luchar. La doctrina de la perpetua virginidad, aunque muy antigua, no tiene origen católico. El *Protevangelium Jacobi* fue escrito —tal y como se admite habitualmente— durante el siglo II. Según este documento primigenio (que al parecer sirvió como base para los ulteriores *Liber de Mariae et Christi salvatoris* y *Evangelium de nativitate Mariae*), el padre de María se llamaba Joaquín. De los tres a los doce años «María estuvo en un templo, cual paloma que morase allí, y recibía la comida de mano de un ángel». Cuando tuvo edad para casarse, los sacerdotes buscaron para ella un guardián entre los viudos de Israel, «no fuera que ella profanase el santuario del Señor». ⁴ Y José, un anciano con familia a su cargo, resultó el elegido gracias a una señal milagrosa. Algún tiempo después tuvo lugar la Anunciación.

Cuando se descubrió el embarazo de la Virgen, José y ella comparecieron ante el sumo sacerdote y, aunque proclama-

4. Book of James [Protoevangelio de Santiago], pág. 42, viii, 1 y 2, en M. R. James (trad.), *The Apocryphal New Testament*, Oxford, Clarendon Press, 1945.

ron convencidos su inocencia, sólo fueron absueltos tras haber sido juzgados con el «agua de prueba del Señor». La virginidad física de María no supuso una cuestión relevante para los dirigentes de la Iglesia hasta el siglo IV, cuando Ambrosio, por ejemplo, vio en Ezequiel 44,1-3 una profética indicación de tamaño misterio. ⁵

Si bien gran parte de la literatura apócrifa de las primeras sectas —en las que se habla repetidas veces de la Virgen como «inmaculada ante Dios»— parece fomentar la doctrina de su absoluta pureza, podrían citarse muchos pasajes de reconocidos Padres de la Iglesia donde se observa que, originariamente, dicha teoría resultaba del todo desconocida para el catolicismo.

En el siglo IV, Eusebio, Atanasio, Dídimo y Gregorio Nacienceno, entre otros, hacen referencia a la peculiar relación de María con la divinidad, que la capacita para interceder de manera fructífera en nombre de la humanidad. Si en un principio esa referencia obedecía a un deseo de resaltar la divinidad del Verbo hecho Carne, es indudable que, más tarde, su uso sería muy apreciado para honrar directamente a la propia María.

Remitámonos al primer sermón de Proclo, en Constantinopla, en el año 430 aproximadamente, o al de Cirilo de Alejandría, que tuvo lugar en la iglesia de la Virgen María, durante la apertura del Concilio de Efeso en el año 431. En el primero, el orador se refiere a la «Santa Virgen y Madre de

5. *De Inst. Virg.*, «quae est haec porta nisi Maria? [...] per quam Christus intrauit in hunc mundum, quando virginali fusus est partu et genitalia virginitatis claustra non solvit». [«Que puerta es ésa sino María? [...] a través de la que Cristo entró en este mundo, al que accedió tras un parto virginal, y rompió los genitales enclaustrados de la virginidad».]

Dios» como «inmaculado tesoro donde habita la virginidad, paraíso espiritual del segundo Adán; taller donde se soldaron dos naturalezas [...] el puente único entre Dios y los hombres». ⁶ En el segundo se la saluda como:

Madre y virgen [...] a través de quien se glorifica y adora a la Trinidad, se exalta y honra la cruz del Salvador; a través de quien el cielo triunfa, los ángeles alcanzan la felicidad, los demonios huyen, se vencen las tentaciones y la criatura caída se eleva hasta el cielo.

Tras la decisión del Concilio de Efeso, que reconoció en ella a Theotokos (la madre de Dios), su culto se extendió como un fuego. Justiniano, en una de sus leyes, la cita como defensora del imperio y le dedica el altar mayor de la nueva iglesia de Santa Sofía. Narsés la invoca para orientarse en el campo de batalla. El emperador Heraclio luce su imagen en su estandarte. San Juan de Damasco la describe como «la soberana señora a quien su hijo ha supeditado toda la creación». San Pedro Damiani reconoce en ella «a la más elevada de las criaturas» y la describe «como deificada y dotada de todos los poderes tanto en el cielo como en la tierra, aunque no por ello se olvida de nuestra raza». En una palabra, la devoción popular hizo que se desarrollara de manera gradual todo el sistema de doctrina y práctica.

Lo que apreciamos en esto es una asombrosa divergencia entre la Biblia, donde la Virgen María aparece citada en muy pocos pasajes, y el enorme desarrollo espiritual posterior de

6. Labbé, Conc. iii, 51. Un considerable número de extractos proceden de Augusti (*Denkw. Iii*); véase también Milman (*Lat. Christ. I 185*), que lo describe en gran parte como un «salvaje laberinto de metáforas intraducibles».

su figura, que lentamente fue creciendo en importancia. En primer lugar, la afirmación de que era Theotokos, la madre de Dios. Después, el dogma de la Inmaculada Concepción. Y, por último, el más nuevo de los dogmas: la Asunción. Aunque, en términos generales, se creía en la Asunción desde el siglo XI o el XII, no llegó a ser confirmada hasta 1950, por parte de Pío XII.

Se trata de una extraordinaria evolución, teniendo en cuenta el carácter estrictamente patriarcal de las primeras enseñanzas cristianas. Al fin y al cabo, la paloma de María es el pájaro de la diosa Venus. Por supuesto, el consenso no era total. Ciertas sectas creían que el Espíritu Santo era femenino. Desde ese punto de vista, en el cielo residía una familia natural, formada por un padre, una madre y un hijo. Este tipo de creencias fueron reprimidas muy pronto, pues los concilios de la Iglesia decidieron que el Espíritu Santo debía entenderse como masculino. Y tal como señala Jung en su ensayo sobre la Santísima Trinidad,⁷ en dicha perspectiva prima la reflexión sobre la experiencia. En el cielo no habita una familia natural —padre, madre e hijo— sino una construcción intelectual: el padre, el hijo y la fuerza misteriosa que los une. De manera que, por una parte, tenemos una tendencia que ratificaba lo masculino y consideraba la Santísima Trinidad como una tríada masculina; y, por otra, podemos apreciar un desarrollo creciente del culto a la Virgen. Como es bien sabido, en muchos países latinos, en la vida cotidiana de sus habitantes, la Virgen María desempeña en realidad un papel mucho más destacado que el de Dios.

7. «A Psychological Approach to the Dogma of the Trinity», *Psychology and Religion*, OC 11.

Los primeros cristianos rara vez creaban nuevos motivos artísticos. Tal como solía hacerse en el arte de la antigüedad, se copiaban una y otra vez una serie de modelos. Por ejemplo, la representaciones pictóricas de los ángeles tomaron como referencia las estatuas de Niké, diosa de la victoria. Y en los primitivos ataúdes cristianos pueden observarse a veces seres alados que ofrecen una corona a alguien que está en el centro de la composición. Se trata del difunto, que recibe la corona que certifica la victoria sobre la muerte. Algo semejante sólo puede estar inspirado o copiado del esquema de Niké, diosa que coronaba a los ganadores de los Juegos Olímpicos. Lo mismo sucede con todos y cada uno de los temas cristianos: son una interpretación, por así decirlo, de los clichés típicos de la antigüedad.

La primera representación que se ha encontrado de la Virgen María no es más que una simple copia de Isis y su hijo Horus. Los arqueólogos tuvieron muchos problemas para concluir que no se trataba simplemente de una estatua de Isis. E incluso cabe la posibilidad de que lo hubiese sido en un principio y sólo con posterioridad se hubiese utilizado en una iglesia cristiana para representar a la Virgen María. Así pues, en el arte, y tal vez en aspectos de mayor calado que la mera representación artística, la Virgen heredó las principales características de la diosa egipcia Isis, que desempeñó un importante papel en el tardío Imperio Romano. Los misterios de Isis se fundieron con los misterios mitraicos. Muchos santuarios mitraicos muestran tanto imágenes mitraicas como otras relativas a los misterios de Isis. Lo mismo se observa en *El asno de oro* de Apuleyo,⁸ donde Lucio es iniciado en

8. Véase Von Franz, *The Golden Ass of Apuleius*, Boston, Shambhala Publications, 1992, capítulo 12.

los misterios de Isis. Ambos misterios se fusionaron en uno, con un único camino de iniciación.

A Isis se la asoció en particular con los barcos y los navegantes. En *El asno de oro* se habla también de una celebración de la primavera, en la que los barcos salen a la mar tras haber permanecido en tierra durante el invierno. A Isis, como protectora de navegantes y navíos, se le rendía culto en este festival, en el que Lucio fue iniciado tras la gran procesión de Isis. La Virgen María ha heredado todo este simbolismo. Es por ello por lo que en el folclore —y según dónde, también en la liturgia— se la denomina Stella Maris (Estrella del Mar), porque también ejerce de protectora de barcos y marineros.

Si pensamos en su imagen oficial, observamos que lo que se acentúa de María es su aspecto espiritual: la Inmaculada Concepción, la Asunción al cielo, al Thalamos celestial o cámara nupcial. Pero Isis poseía una temática mucho más rica. Se la representaba como la forma de espiritualidad más divina, pero también se la adoraba como a una diosa del inframundo: gobernadora de la muerte, los espíritus de la noche, los fantasmas y el mal. Isis era una diosa negra, no tan sólo en lo referente a la maldad, sino también en un sentido nocturno y terrenal. En la tradición del Egipto tardío, Isis se confunde con la diosa Sekmet (una leona) y con la diosa Bastet (una gata). Era una diosa madre que comprendía, o contenía en su imagen, la más alta espiritualidad —era la madre de Dios, el dios que personifica al sol naciente, Horus, y esposa del renacido Osiris— y también los más oscuros aspectos ctónicos de la Gran Madre. Los unificaba todos. Heredó o hizo suyas todas las características de muchas otras diosas madres del Mediterráneo, como Derceto-Atargatis y Anat. Las fusionó en una única diosa de la antigüedad tardía. La Vir-

gen María heredó todas esas facetas, pero en la cultura religiosa oficial sólo heredó lo sublime y espiritual, se loaban su pureza, etcétera. Los otros aspectos —la fertilidad de la tierra o el lado oscuro— nunca fueron reconocidos de manera oficial.

De todas formas, entre la población campesina de los países agrícolas, observamos que esos otros rasgos, que no han sido oficialmente reconocidos por el dogma de la Iglesia, forman parte de la adoración de la Virgen María. Cuando alguien se cura gracias a un santo o a la Virgen, existe la costumbre de hacer pequeños exvotos —reproducciones en cera de un brazo, de una pierna rota, o de cualquier otra parte del cuerpo— que se cuelgan para dar gracias por dicha curación. Existe incluso el llamado «sapo de la Virgen María», en Baviera, en el que la figura del sapo representaba, al parecer, el útero o la placenta. No resultaba muy adecuado que las mujeres que daban luz a un niño colgasen la placenta del recién nacido; colgar pequeñas placentas de cera también hubiera resultado de muy mal gusto. Así que colocaban pequeños sapos de cera alrededor de la estatua de la Virgen María. No era más que una forma de dar gracias por haber tenido el niño. Se creía, en particular, que las vírgenes negras, tales como la de Einsiedeln o la de Riedern en Uri, auxiliaban durante el parto y ayudaban a las mujeres estériles a concebir. Aún hoy en día se practica y se cree en la efectividad de esta costumbre.

Así pues, en cultos locales como los de estos países agrícolas, la Virgen María retomó o mantuvo (no sabemos cuál de los dos verbos sería más apropiado) todas las características de la diosa ctónica, de la fertilidad, de la diosa de la tierra y de la diosa oscura. Leer las explicaciones habituales acerca del origen de las vírgenes negras resulta de lo más divertido. En Einsiedeln, se dice que una vez el monasterio se quemó, y

que desde entonces la virgen ha sido negra; pero si se observa la estatua resulta obvio que no es cierto. No existen indicios de incendio alguno. Esta leyenda encubre el hecho de que es una virgen negra y que lo fue desde el principio. Lo más probable es que reemplazara en su momento a una estatua de Isis o bien que heredase sus rasgos. Por lo general, allí donde había un santuario de Isis, los primitivos cristianos construían un santuario dedicado a la Virgen María. Obviamente, en Einsiedeln se pensó que, para mantener la continuidad, debía seguir siendo negra y se conservó el color. Hasta allí donde alcanzaron las fronteras del Imperio Romano, arraigó el culto a Isis y pueden encontrarse vírgenes negras. Coinciden, en mayor o menor medida, con todo el territorio, aunque no se les da mayor importancia. Se las acepta tal cual o se inventan historias simples acerca de ellas: «Se volvió negra tras un incendio del monasterio», o cosas por el estilo. Explicaciones inocuas que resultan aceptables. Hay otros casos con un interesante paralelismo: en Sudamérica, por ejemplo, encontramos la Virgen de Guadalupe, que claramente heredó todos los atributos de las diosas-madres indias de la fertilidad.

Allí donde han llegado las misiones católicas y el culto a la Virgen María, ésta ha adquirido siempre las características de las grandes diosas de la fertilidad locales. Por consiguiente, en el ámbito del folclore, no solamente ha sido inmaculada, espiritualizada y situada en el cielo, sino que también ha representado a la gran madre tierra, protectora de la naturaleza.

Además, la Virgen tiene otra forma adicional de relacionarse con el lado oscuro del mundo, pues protege a los pecadores. En numerosos países católicos de Europa, encontramos estatuas de la Virgen María con su manto desplegado. Bajo él, apreciamos una multitud de gente minúscula —los peca-

dores rezando—, y por encima encontraremos a Dios Padre con el rostro disgustado y apuntándoles con un arco y una flecha. Esto parece indicar que Dios no dudaría en destruirlos llevado por su cólera, pero María intercede por ellos. Los cubre con su manto y le dice al Señor: «Por favor, no te enfades. Al fin y al cabo, no son tan malos». Hace de mediadora y ése es el motivo de que la gente le rece pidiendo por su intercesión. Existe la creencia de que es más benévola con los defectos humanos. Un detalle típicamente femenino. Lo mismo sucede en las familias: a menudo el padre monta en cólera y la madre intercede. Se trata del mismo esquema.

Además, en nuestra historia la Madre de Dios tiene también un carácter ambiguo, ya que maldice a la futura hija de la reina. Si buscamos similitudes, las únicas personas que actúan de ese modo en otros cuentos de hadas son las brujas. No encontraremos diosas que lancen maldiciones sobre las niñas, tan sólo hallaremos ejemplos de brujas o hadas perversas. Así pues, en este caso la Virgen representa uno de esos dos papeles. De ahí que la imagen oficial de la Virgen María ofrecida por la Iglesia sea incompleta. En consecuencia, la gente acaba encontrando la compensación necesaria. Ésta es una de las razones por las cuales es tan importante conocer el folclore y los cuentos de hadas: es como conocer la «vida soñada» que compensa a toda una civilización. Cuando se estudia cualquier civilización, puede uno centrarse en los libros y las enseñanzas sagradas que nos ofrecen su tradición consciente. Pero hay que preguntarse siempre cómo es su folclore. Ahí es donde reside la compensación inconsciente para la tradición colectiva. Y digo «compensación» no tan sólo en el sentido de lo contrario, pues la compensación es también muchas veces un complemento: llena los huecos que no están cubiertos por la enseñanza oficial. En determinadas

civilizaciones hay un abismo entre la enseñanza oficial y el folclore.

En la antigua Grecia, por ejemplo, existía una enseñanza oficial acerca de los dioses del Olimpo que no tenía nada que ver con lo que creían los campesinos. Éstos tenían un culto animista de naturaleza más primitiva, muy distante de lo que puede aprenderse en la escuela acerca de la religión griega, que no era sino la religión de la casta sacerdotal y de los ciudadanos pertenecientes a la élite. Esta jerarquía la encontramos en todas las civilizaciones: la élite actúa como portadora de una tradición espiritual —la enseñanza que se imparte en las escuelas e instituciones, de forma más o menos tradicional; la estructura consciente, por así decirlo—, y por otro lado tenemos una corriente subyacente de fantasías complementarias e inconscientes. Lo apreciamos en los sueños, pero también al estudiar las civilizaciones o preguntar al hombre de la calle acerca de sus creencias, pensamientos y cultos. El hombre de la calle da rienda suelta a sus fantasías, sin inhibiciones.

Todos conocemos las enseñanzas católicas relativas a la sexualidad: no deben mantenerse relaciones sexuales antes del matrimonio, y todo lo que ello conlleva. En cierta ocasión reí escuchando una cancioncilla bávara, muy popular, que dice: «Fui y le pregunté a mamá: "¿Puedo besar a la chica?". Y mamá me dijo: "No, si besas a la chica será un pecado". Me dirigí entonces al cura y le pregunté: "¿Puedo besar a la chica?". Y el cura me dijo: "Si besas a la chica irás al infierno". Acudí entonces al propio Dios y le pregunte: "¿Puedo besar a la chica?". Y Dios rió a carcajadas y me dijo: "¡Desde luego! ¡Es para los chicos para quienes hice a las chicas!". Los jóvenes labradores cantan estas viejas canciones sin recato alguno. Son buenos católicos y van a misa cada domingo, pero cantan estas canciones y ponen en práctica lo que dicen, no otra

cosa. Se aprecian aquí actitudes compensatorias, correctoras, de la gente humilde, que también aparecen en los cuentos de hadas. En ellos la gente se permite contar historias sobre la Virgen María que escandalizarían a cualquier clérigo que se las tomase en serio. Ése es uno de los grandes valores de esas historias.

Ahora podemos llevar a cabo una interpretación algo más adecuada de la nave, porque fue construida por el emperador. Esto viene a significar que él, de alguna manera, ya sabía que la esfera de lo trascendental —mas allá de las aguas del inconsciente, aquello que se desconoce— tenía que entrar en escena, que se necesitaba la ayuda de algo sobrenatural o milagroso para salir de esa estéril situación. El emperador tuvo más intuición que su esposa. Confió a la emperatriz a una estructura, a un sistema, la montó en un barco femenino que, en un viaje marítimo nocturno a través de las aguas del inconsciente, la llevaría hasta el palacio de la Virgen María. Llegamos entonces a un territorio un tanto extraño.

La Virgen María no vive —como sería de esperar— en el cielo. Aunque oficialmente no ascendió a los cielos hasta 1950, desde el siglo XI o el XII, o incluso antes, se da por supuesto que habita allí. Pero en nuestra historia no vive en el cielo. Vive en un palacio que se alza sobre las aguas del mar. No se encuentra en país alguno, en tierra alguna, ni junto a la Santísima Trinidad. ¿Qué sentido tiene que la Virgen viva en un palacio? En semejantes sitios viven y mandan los aristócratas. En el lenguaje de los cuentos de hadas, el rey, la reina, los mandatarios o los altos aristócratas viven en palacios, pero no Dios. En nuestro caso, el palacio acentúa de nuevo la diferencia. Ésta no es la Virgen María de la Iglesia, que vive en una capilla o en una iglesia. La que nos ocupa vive en un palacio.

Debemos ponernos en el lugar de un sencillito campesino rumano. Para alguien así, los emperadores de Austria, los Habsburgo, son quienes viven en palacios; en el caso de Italia serían los Borromini. Es decir, los que están en lo más alto, aquellos a quien hay que reverenciar y que se supone insignes. Aquellos que tienen algo que decir y rigen el destino del mundo. Recalco que hablamos de un palacio y no de una iglesia. En nuestro cuento se saca a la Virgen de su contexto inmediato, el religioso. Se trata más bien de una soberana, la reina de un territorio desconocido. No es la reina de la tierra ni tampoco —como se dice oficialmente— del cielo. Es una reina que habita en la superficie del mar, o lo que es lo mismo, en lo desconocido del inconsciente, un principio regidor que no se basa en la realidad humana consciente, o en el territorio en el que esas personas proyectan sus ideas religiosas. La Virgen es proyectada, por así decirlo, a una dimensión desconocida. Y ello me parece interesante porque, además, demuestra que aquí la Virgen María, el arquetipo de la Virgen María, está todavía desarrollándose.

Los arquetipos han generado historias a través de los siglos. Jung trató de escribir parte de la historia arquetípica de la humanidad en su ensayo sobre Job,⁹ y en él puede apreciarse cómo los arquetipos adquieren luz propia, se desarrollan, envejecen y dan lugar a sus opuestos. Hay un auténtico juego que se perpetúa durante cientos y cientos de años. También observamos que determinados arquetipos decaen. Han representado un papel destacado, pero más tarde se desvanecen. La gente pierde interés en ellos. Ya no tienen luz propia, no están activos en el inconsciente colectivo. Pasan al olvido. Y mientras tanto aparecen otros arquetipos y van

9. «Answers to Job», *Psychology and Religion*, OC 11.

adquiriendo forma, en pleno camino ascendente —por así decirlo— hacia su realización; generan entusiasmo y nuevas ideas. En tanto que la fantasía popular potencia una imagen arquetípica, ésta se halla todavía en construcción. Un espontáneo proceso de potenciación revela continuamente nuevos atributos, en tanto que si un arquetipo está desapareciendo o perdiendo vigencia, la gente se limita a explicar lo que sabe de él; ya no es fértil, no inspira nuevas ideas a nadie.

Ahora bien, el hecho de la que Virgen María, en nuestra historia, esté tan «desplazada» en el inconsciente colectivo —ubicada en un palacio y representada como una soberana, alguien que inspira respeto y sentimientos extraordinarios— significa que este arquetipo está creciendo, elevándose sobre el horizonte del inconsciente colectivo. Por ejemplo, es interesante observar que tras aceptarse la Asunción de la Virgen María, hubo una oleada de sacerdotes que quisieron contraer matrimonio y de mujeres solicitando su ingreso en el sacerdocio. Lo curioso es que, en ninguna de esas corrientes, nadie se refirió a la Declaración de la Asunción. Pero para un psicólogo es la consecuencia obvia.

No es que los curas digan: «Si la Virgen María ha entrado en la cámara nupcial, es que hay un matrimonio en el cielo. No se entra en la cámara nupcial por que sí». Los curas simplemente quieren casarse, conforme con el arquetipo. Y las mujeres se limitan a decir: «Ahora queremos ser sacerdotisas, queremos ser admitidas en el *sancta sanctorum*». Es una conexión psicológica obvia, aunque nadie lo haya mencionado, pero en ello se observa que un arquetipo permanece activo a pesar del desconocimiento de la gente. No saben por qué quieren casarse de repente o por qué, de pronto, quieren ser sacerdotisas. Lo que realmente está adquiriendo auge en el inconsciente colectivo es el arquetipo de lo femenino, todavía

en ascenso. Y de esta manera, de repente, aparecen corrientes inauditas entre la gente, que no tiene conciencia de lo que está haciendo.

Visto con la suficiente perspectiva, observamos que estas corrientes transcurren al unísono con lo que sucede en el inconsciente colectivo, incluidas las corrientes feministas. Todas obedecen a lo mismo, aunque entre sí parezcan tener poco en común. De nuevo observamos que, si estudiamos los procesos más profundos que tienen lugar en el inconsciente colectivo, hallamos el núcleo de lo que yace bajo la superficie, y no nos atraparán entonces cuestiones polémicas del tipo: «¿Deberían las mujeres poder ejercer el sacerdocio? ¿Deberían los sacerdotes poder casarse?». No se trata sino de cuestiones superficiales relativas a actividades que tienen lugar en las profundidades del océano del inconsciente colectivo. Lo que destaca es que la imagen femenina quiere salir a flote. Si examinamos los cuentos de hadas, podemos leer lo que se esconde tras ellos.

Así que la presencia de la Virgen María en un palacio muestra que este cuento de hadas no antecede a la era cristiana, probablemente no sea anterior a la Edad Media, y que tiene que ver con un proceso en el inconsciente colectivo todavía válido en la actualidad.

La emperatriz llega al palacio y alguien le cuenta a sus sirvientas que allí vive la Madre de Dios. Las sirvientas no se atreven a entrar, así que tiene que hacerlo la propia emperatriz. Ve un árbol con tres manzanas doradas e, imperiosamente, siente la necesidad de comerse una. Dice: «Si no me como una de esas manzanas, moriré». Las sirvientas tratan de robar una, pero no pueden. Entonces la emperatriz enferma, porque le invade el deseo de conseguir una de esas frutas. Las sirvientas lo intentan de nuevo y finalmente roban una man-

zana y se la traen a la emperatriz. Ella se la come y vomita. Entonces, de repente, se siente como si estuviera embarazada de seis meses.

Se trata de un tema singular. Es normal, en los cuentos de hadas, que una mujer se quede embarazada cuando come este tipo de manzana sagrada. Pero en nuestra historia, no se queda embarazada a causa de la manzana dorada. Lo que sucede es que descubre o toma conciencia de su estado, de que lleva ya seis meses de gestación. Así pues, lo más probable es que la niña sea hija del emperador, legítima por completo. Pero la emperatriz no se había dado cuenta. Estaba embarazada y al mismo tiempo no lo estaba. Tan sólo se dio cuenta después de comer la manzana y vomitarla. Por lo tanto, había ya transcurrido la mayor parte del periodo de gestación. Pero antes de abordar este tema, extraño y único —jamás me había encontrado con nada semejante—, quisiera hablar del manzano.

La referencia más próxima en nuestra mitología nos lleva al Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, en el Paraíso. No se le llama específicamente «manzano», pero la mitología cristiana nos dice que lo era. Eva robó una manzana y con ese acto introdujo en la especie humana la posibilidad de la conciencia y la certidumbre de la muerte. La vida se torna real sólo cuando la sabemos delimitada por la muerte. Otro manzano importante es el de las Manzanas Doradas de las Hespérides, que también serían robadas. Las Hespérides se encuentran al oeste, donde se pone el sol, la dirección de la muerte y de la entrada del inconsciente. Esas manzanas, a diferencia de la fruta del Paraíso, son doradas como la manzana de nuestra historia. Según ciertas versiones, el árbol se lo entregó la Madre Tierra a Hera como regalo de bodas. Conseguir las manzanas doradas de las Hespérides fue el undécimo trabajo de Hércules, el único en el que tuvo que emplear

su ingenio: tuvo que mostrarse más astuto que Atlas para conseguir las manzanas. Esto aporta un sentido de conciencia y conocimiento mediante la muerte y el renacimiento.

En la mitología escandinava, Iduna posee manzanas doradas que rejuvenecen a los dioses, confiriéndoles así vida eterna. Avalón, que es también la isla de las manzanas (la palabra «manzana», en inglés «*apple*», se deriva de la bretona «*aval*»), es el lugar adonde va a parar el rey Arturo al final de su vida, en vez del lugar de donde procedemos. Y fue con la manzana de este palacio cuando por primera vez entendí el valor del conflicto: el de la muerte como portadora de la conciencia. A la diosa de la discordia y los conflictos, Éride, no se la invitó a un banquete nupcial que se celebraba en el Olimpo. Debido a ello, lanzó una manzana dorada con la siguiente inscripción: «Para la más bella». La elección final estuvo entre Hera, Atenea y Afrodita. Zeus se lavó las manos respecto a todo este asunto y le pasó la responsabilidad al hijo de Príamo, Paris. A éste lo habían enviado a cuidar ovejas, ya que alguien le había contado a Príamo que su hijo causaría problemas a Troya. Hera ofrecía poder, Atenea victoria militar, y Afrodita las más bellas mujeres del mundo. Paris escogió a Afrodita, quien le ayudó entonces a raptar a Helena, esposa de Menelao, y como consecuencia se desencadenó la guerra de Troya. En esta historia, a través de la lucha, aparecen diferenciadas las distintas cualidades de la feminidad. Y a través de la manzana, la conciencia aparece un poco más clara.

Lo que en primer lugar me gustaría destacar es la extraña relación entre la manzana y la tierra de la muerte. Ya habíamos visto algo así al hablar de los barcos, con los entierros en barcos. Pero ahora se hace evidente que el barco posee un marcado carácter de muerte en sí mismo, y otro tanto sucede con la manzana. El nuestro es un problema relativo a la fer-

tilidad: engendrar hijos. Una mujer quiere tener un hijo y, ahora, la muerte está al acecho.

Cuando se psicoanaliza a mujeres embarazadas, descubrimos que muchas de ellas tienen fantasías sobre la muerte, así como un gran temor a morir. Por supuesto, no debemos olvidar que hasta principios del siglo XIX un gran porcentaje de mujeres fallecía durante el parto. Si leemos biografías de hombres que vivieron en los siglos XVI, XVII y XVIII, observamos que solían tener alrededor de quince hijos y unas tres esposas, puesto que no existía la píldora contraceptiva. Las mujeres no hacían otra cosa que engendrar niños y, a menudo, perecían durante el parto o acababan sus días muy deterioradas. De manera que el parto y la muerte suponían para esas mujeres eventos arquetípicos, aunque también problemas muy concretos. Aún hoy en día descubro que muchas mujeres, especialmente cuando van a dar a luz por primera vez, tienen a menudo un auténtico temor al parto, así como fantasías en torno a la muerte. Una vez más, no es sino la manifestación superficial de algo mucho más profundo. Incluso si el parto va perfectamente, no ha existido peligro y salen adelante sin ningún problema, podemos encontrar en sus sueños extraños motivos relacionados con la muerte. Es como si la mujer virgen, soltera o sin ataduras fuese a morir: un aspecto de la mujer va a morir, por lo que el parto también supone para ellas su propio renacimiento. Tras el mismo se produce un cambio: ya no es la misma mujer. Se ha transformado. Simbólicamente atraviesa por un periodo de muerte y renacimiento, más allá del peligro real.

Además, hay un tercer tema. Tiene un marcado carácter místico que tal vez les haga gracia y les lleve a pensar que no soy sino una mística, pero tengo que mencionarlo. Las mujeres embarazadas sueñan a menudo que en el mundo de los

muertos algo las protege. Por ejemplo, hilos o materiales que permanecían guardados entran en ellas y dan lugar al niño. Si lo que se desea es buscar una respuesta racional y reduccionista, puede decirse: «Obviamente se trata de la sustancia genética de los antepasados fallecidos, que parte del tatarabuelo, y que ahora está tejiendo un niño en el interior de la mujer. Esta sustancia genética, el ADN, teje un nuevo niño en el cuerpo de la mujer a partir de multitud de antepasados muertos. Sus células han sobrevivido a la muerte». Se trata de una respuesta puramente biológica y reduccionista.

Pero creo entender que hay una equivalencia psicológica. Para los hindúes, que creen en la reencarnación, está muy claro: al dejar el mundo de los muertos o Bardo, donde habían ido a parar, los muertos se reencarnan. No sé qué pensar acerca de la reencarnación, si es real o no. Tan sólo puedo decir que los sueños de las mujeres embarazadas —en los que se crea o fabrica a un niño— son sorprendentes. Aparecen temas en los que algo se teje o se fabrica en el mundo de los muertos, el mundo de los antepasados, algo que ahora va a entrar en la vida a través del útero de esa mujer; como si la mujer fuese un instrumento para sacar algo del reino de los muertos y devolverlo a la vida, en un sentido más amplio que la simple explicación biológica.

Por ejemplo, cuando nace un niño, los esquimales reúnen a los abuelos —si todavía están vivos— para ver a quién de ellos sonríe. Después le ponen al niño el nombre de esa persona. Si los abuelos ya han fallecido, le ponen directamente el nombre de uno de ellos. Si el niño no se muestra feliz y llora mucho, piensan: «Nos hemos equivocado», y le dan el nombre de otro antepasado. Y así hasta que dan con el adecuado: ese nombre indicará quién ha renacido en el niño. Incluso en el caso de que el miembro de la familia no haya

muerto, el pequeño será su continuación. Así pues, se manifiesta también la idea de que algo del pasado desemboca en el niño y de que la mujer embarazada es el recipiente para ese misterioso proceso: porta en su interior ese misterio. De ahí que en sus fantasías, así como en ciertos estados de ánimo, se aproxime mucho a la muerte. Al principio, cuando psicoanalizaba a mujeres embarazadas, me asustaba bastante. Pensaba que algo iba a salir mal, que surgirían complicaciones. Ahora, tras ver que esas manifestaciones se dan con mucha frecuencia y que preceden a partos totalmente normales, me digo: «No, esta proximidad a la muerte tiene un sentido distinto». Es una proximidad al más allá, a esa fuente desconocida de la que proviene la vida y a la que la vida retorna tras la muerte, por decirlo de una forma poética. Esta función doble de la manzana, crear luchas y conflicto, se encuentra también en nuestra historia, porque toda la tragedia, el problema en conjunto, reside en que la muchacha se convierte en gata y alguien tiene que redimirla. Eso no sucedería sin el episodio de la manzana. Así que también aquí actúa como origen de una catástrofe. El paralelismo más evidente lo encontramos en el Jardín del Edén. Tan sólo Dios conoce el bien y el mal, pero comiendo una manzana uno puede ser como Dios, puede conocer igualmente el bien y el mal. También aparece el factor de toma de conciencia del conflicto, el darse cuenta de la coexistencia de contrarios en la Divinidad. Sólo podremos profundizar en esto cuando hayamos hablado de la gata, porque veremos que la gata (aquí ya he anticipado algo) es el lado oscuro de la Virgen María.

Así que, al igual que Eva y Adán tomaron conciencia de que Dios tiene un lado claro y otro oscuro, de que en la Divinidad se produce un conflicto entre el bien y el mal, también en nuestra historia se pone de manifiesto el conflicto

entre la luz y las tinieblas cuando la emperatriz come la manzana. De repente, aparece el lado oscuro de la Virgen María, el lado oscuro de lo femenino, con todos los conflictos que de ello se derivan. De manera que existe un gran paralelismo entre los dos temas.

Jung ha escrito acerca del árbol filosófico de los alquimistas, que produce manzanas de plata y de oro,¹⁰ y a menudo tan sólo de oro. La obtención de oro en la alquimia se representaba a veces plantando y cuidando de un árbol, en el que lentamente crecían manzanas doradas. Estas manzanas doradas son el equivalente de la Piedra Filosofal. Por tanto, el oro, en ese sentido, significa inmortalidad. El rejuvenecimiento es otra forma de ser inmortal o de mantener la inmortalidad de cada uno, y por ello se lo asocia con la eternidad, lo eterno, lo incorruptible. En la alquimia el oro representa, ante todo, la sustancia incorruptible.

Resulta curioso que al comer esa sustancia incorruptible, la muerte y los conflictos penetren en el mundo. Los conflictos, la muerte y lo incorruptible están estrechamente conectados. Son inseparables. No tenemos más remedio que aceptar esa triste verdad psicológica. El árbol de nuestra historia es un árbol de conocimiento, de incremento de la conciencia. Se expresa incluso mediante palabras, porque la emperatriz se da cuenta de que está embarazada. No es que *quede* embarazada, sino que toma conciencia de que está embarazada. La manzana tiene, en realidad, la función de transferir la conciencia.

Hay también otro tema interesante: el extraño antojo de la emperatriz, que enferma y dice que no podrá vivir si no come una de esas manzanas. Ello obliga a las sirvientas a robar una.

10. «The Philosophical Tree», *Alchemical Studies*, OC 13.

Existe un paralelismo con el famoso relato de Grimm titulado *Rapunzel*. Un hombre y una mujer viven en una casa, tras la que hay un jardín que pertenece a una bruja y en el que crece una especie de lechuga llamada *Rapunseln*.¹¹ Esta planta tiene cuatro estrellas y las hojas dispuestas de cuatro en cuatro. La mujer, también embarazada, dice que tiene que comer algunas de esas lechugas o de lo contrario morirá. Es bien sabido —y es cierto, no es ningún mito— que las mujeres embarazadas sienten a veces deseos muy extravagantes. También es bien sabido que, en la tradición popular, las mujeres se encaprichan de cosas que luego comerán en grandes cantidades. Probablemente existe un condicionamiento psicológico: algo les falta y lo buscan de manera instintiva. Pero, del mismo modo, ha pasado a la tradición popular la creencia de que, al tener semejantes antojos, tientan al destino. En *Rapunzel*, por ejemplo, el marido acaba robando la lechuga. Más tarde, cuando su hija tiene doce años, la bruja se la lleva y la encierra en una torre. Tendrá entonces que aparecer un príncipe para redimir-la y apartarla de las garras de la bruja.

Existe un estrecho paralelismo entre las dos historias. Pero en la versión rumana tenemos esa extraña variante según la cual es la Virgen María la que desempeña el papel de bruja. Aunque es también la gula de la emperatriz la que provoca al destino. En este caso, lo que provoca es la maldición de la Virgen María. Si la emperatriz hubiese quedado embarazada al comer la manzana, tropezaríamos con un gran número de historias similares en el folclore. En muchas de ellas hay un rey junto a una reina estéril. Ella tiene que comer algo especial, por ejemplo, dos flores que brotan debajo de su cama del agua con la que se ha lavado. O un sapo le dice lo que

11. *The Complete Grimm's Fairy Tales*, pág.73.

tiene que comer, etcétera. Y sólo entonces la reina se queda en estado.

Así pues, hay el tema de la fertilización sobrenatural de la mujer, la idea del nacimiento sobrenatural que, con todos mis respetos, puede compararse al nacimiento de Cristo. El niño tiene un origen divino, como muchos protagonistas en los cuentos de hadas. Pero nuestra niña es una niña muy especial, porque no es sobrenatural. Ella es, sin duda, hija de padres humanos, el emperador y la emperatriz, y el elemento sobrenatural tan sólo es un añadido. La niña no tiene, como en el caso de Cristo, una madre humana y un padre divino. Tampoco tiene, como muchos protagonistas de cuentos de hadas, un padre no humano o mitad humano y mitad sapo. Ni viene de un árbol ni de una fruta, que serían elementos no humanos. La niña es esencialmente un ser humano normal. El aspecto humano prevalece; el aspecto sobrehumano o divino tan sólo viene añadido a su personalidad. Pero jamás se la puede contemplar, a diferencia de Jesucristo en nuestra tradición, como a alguien que es divina y humana a la vez. Es humana, aunque tiene que cargar con un destino divino. La circunstancia de tener forma divina ha sido una imposición y eso la hace diferente de cualquier otra protagonista de cuento de hadas. Es esencialmente humana, lo que la diferencia de numerosos protagonistas masculinos de cuentos de hadas en los que, por lo general, se resalta su faceta sobrehumana, así como la forma sobrenatural en que han venido al mundo. Dichos seres son mucho más fantasmagóricos y arquetípicos. Nuestra muchacha-gata no es demasiado fantasmagórica ni arquetípica. No pasa de ser un animal doméstico, lo que viene a reflejarse en su comportamiento.

Si aparece un ser humano en el contexto total de una historia, se debe a que el problema no se aparta demasiado de la

conciencia. Si el héroe o la heroína ya son humanos, el problema se encuentra ya muy cerca de la conciencia. Lo mismo sucede con los motivos de los sueños. Si nuestra sombra aparece como una pantera, el problema está alejado de la conciencia. Pero si aparece como «Fulanito de Tal», podemos estar seguros de que sabemos a qué se refiere. Cuando la sombra o *animus* aparece con forma humana, suelo decir: «Eso debería resultarle familiar» o «¿No sabe a qué aspecto suyo puede referirse?». Porque creo que, de ser así, hay posibilidades. El problema se encuentra ya en la esfera de la comprensión humana. Cuando aparece con otras formas, está muy lejos y se necesitan determinados ejercicios teóricos, por así decirlo, para dar con él o averiguar en qué faceta del paciente se encuentra. Si él dice: «Su interpretación es muy interesante, pero no me dice nada», entonces no se trata de un motivo humano, no se debe insistir. Hay que esperar a que resulte más accesible. En nuestra historia, eso significa que el problema no está muy lejos de la conciencia. Quizá la gente de Rumanía adivinaría incluso de qué se trata.

Nos hemos detenido principalmente en cómo la emperatriz trasciende el tabú de la manzana y en cómo, al igual que Adán y Eva, comete el pecado de volverse consciente. Da un paso que la hará más consciente. Y, en concreto, más consciente de lo femenino; de manera femenina y en la esfera femenina de la vida. De modo que la primera consecuencia es que la emperatriz se da cuenta de que hace un tiempo que está embarazada.

Si estudiamos las sociedades primitivas, comprobaremos que el hecho de dar a luz se inscribe en los misterios religiosos de la tribu, aquellos en los que las muchachas son iniciadas. Por lo general, cuando tienen la primera menstruación, cumplen ciertos ritos de iniciación, al igual que los hombres

en la pubertad. Pero a ellas se las inicia esencialmente en los misterios del parto, por lo cual el tener hijos se inserta en un marco religioso. A diferencia del cristianismo, dar a luz no es entendido como algo habitual, biológico, desvinculado de la religión. En el cristianismo, si tomamos como ejemplo la religión católica, la sexualidad no se rechaza y no es considerada como algo maligno, sino que se contempla como una exigencia de la naturaleza. Hay que proporcionarle al cuerpo y a la vida natural lo que es suyo. Por tanto, la sexualidad tan sólo debería vivirse de una forma ordenada, dentro de una relación marital y, de ser posible, sólo para procrear. Tener hijos es algo maravilloso, uno está en su derecho y no hay nada pecaminoso en ello si se realiza dentro de la institución matrimonial. Sin embargo, no tiene un sentido religioso. En cambio, es tomando los hábitos y renunciando a tener hijos cómo se alcanza el estado más elevado. Si entendemos esa opción como un tipo de vida superior.

Debido a que estas experiencias no forman parte de la vida religiosa, no hay sacramentos que bendigan el parto o rituales para apoyar a la mujer cuando da a luz. Si muere, se le administra la extremaunción, de lo contrario no hay ritual. Lo cual demuestra que no concierne a la religión. Se considera un hecho profano, ajeno a lo religioso, privando a esa parte de la vida femenina de toda profundidad e importancia psicológica. Se contempla como un asunto biológico y banal, e incluso mujeres cultas de hoy en día lo ven de ese modo. He conocido mujeres que estaban orgullosas de haber continuado con su profesión y «paralelamente», como dicen ellas, «haber tenido un hijo sin demasiado alboroto». Todo fue bien, el hijo nació con toda normalidad, pero esas mujeres se privaron a sí mismas de la comprensión profunda de numerosos aspectos religiosos, sagrados y arquetípicos que

nunca llegaron a hacerse patentes. En cierta manera, el niño no pasó de ser un atractivo —pero banal— complemento para sus vidas.

Estoy segura de que no es bueno para un niño nacer en semejantes condiciones. No se le recibe en el mundo como es debido. Al menos, cuando psicoanalizamos a mujeres embarazadas nos damos cuenta de que el inconsciente convierte el hecho de tener un hijo en algo grande, arquetípico, y yo diría incluso sobrenatural. Una mujer en estado tiene, como dije antes, esa absoluta proximidad a la muerte y al mundo arquetípico: misteriosos sueños acerca del origen del hombre y sugerencias relativas a espíritus ancestrales que van a reen carnarse. Todos esos sueños reflejan misterios, misterios psicológicos y una posible clarividencia interna y arquetípica conectada con el hecho del parto. Lo cual escapa a muchas mujeres en nuestra cultura. Ello se debe a la tradición patriarcal y al hecho de que la imagen de la mujer ha sido desposeída, por decirlo de alguna manera, de su parte biológica y natural.

La emperatriz adquiere conciencia, pero eso repercute en el reino sagrado de la Virgen María. Y por ello, la Madre de Dios está furiosa y maldice a la niña que va a nacer. Por lo que respecta a paralelismos con otros cuentos, que yo sepa, no existe ni uno solo en el que la Virgen María maldiga a una criatura. Hay cuentos de hadas en los que la Madre de Dios actúa de forma más bien fría o algo así, a modo de compensación natural para su papel totalmente misericordioso en la cultura oficial. Nunca me había encontrado con algo como lo que nos ocupa. Tenemos ese tema recurrente, cuya aparición más famosa se da en *Rapunzel* de Grimm, el que una madre embarazada tenga un antojo como el de nuestra emperatriz y quiera una comida especial, a causa de lo cual atrae la

maldición de una auténtica bruja. Pero aquí es la Madre de Dios la que, de improviso, actúa como una bruja. Es como si su lado brujo pasase a ocupar el primer plano para lanzar esa maldición.



Bastet, la diosa-gata (bronce, periodo ptolemaico; British Museum, n° 25565)

CAPÍTULO 4

EL GATO EN LA MITOLOGÍA

Vamos a centrarnos ahora en la figura del gato y en sus connotaciones mitológicas y materiales. Uno de los detalles más significativos del gato como símbolo es su ambivalencia: al igual que la serpiente, su imagen oscila entre la benevolencia y la malevolencia.

Desde el punto de vista histórico, la primera vez que el gato adquirió fuerza arquetípica fue cuando en Egipto se le empezó a adorar como a un animal sagrado. Su santificación supuso una especie de purga virtual de los aspectos más oscuros de su naturaleza, asociándolo después a la vida espiritual del hombre. Desde muy pronto, en Egipto se consideró que el gato era sagrado para Isis. Pero fue durante la dinastía XXII cuando —como hija de Isis y de su esposo Osiris— surgió la figura de la gran diosa felina Bastet, cobrando más importancia que cualquier otra diosa. Se la conocía como la Señora de Bubastis y su templo se hallaba en el centro de la ciudad, rodeado de agua.

Aunque entendida como hembra, Bastet fue identificada a menudo con su padre Ra. Señalemos que Osiris, Ra y Horus

se fusionan muy a menudo, tal como sucede con los dioses en Egipto. En su identificación con Ra, dios de la vida, se creía que el gato-sol se enzarzaba cada noche en una lucha de proporciones cósmicas con Apofis, la serpiente de las tinieblas. De esta forma, el gato se hace con un lugar entre los héroes solares que, en la mitología, luchan contra las diversas formas que adopta el diablo.

Al gato se le adoraba también en relación con la Luna. Se creía que, durante las horas de oscuridad, cuando los rayos del sol eran invisibles para los humanos, éstos se reflejaban en los ojos fosforescentes del gato, como lo hace la luz del Sol en la Luna. De ahí, por lo tanto, el tipo de conciencia femenina acerca de la cual ya hemos hablado.

Durante los últimos años de la civilización egipcia, se identificó a Bastet con Artemisa, la cazadora, diosa virgen de la naturaleza y vinculada a la fertilidad y a la tutela femenina en el parto. Según el mito, cuando los dioses griegos huyeron a Egipto perseguidos por Tifón, Artemisa se transformó en una gata y con esa forma se refugió en la Luna. También Hécate se convirtió en una gata. Juntamente con Freya —la diosa teutona de la fertilidad, casada con el Sol, y cuyo carruaje era tirado por dos gatos—, Hécate representa el lado perverso de la feminidad, la bruja, la Madre Terrible, causante de la locura y la obsesión.

Por último, en la Edad Media, el poder predominante que se asociaba con el gato era el del diablo. De algunas mujeres se decía que tenían el poder de colocar sus almas en el interior de los gatos negros. Se referían a las brujas, que ya no se dedicaban a las fuerzas de la luz sino a las fuerzas oscuras, al diablo. La segregación que el catolicismo hace de los instintos, la sexualidad y, en términos generales, del elemento natural femenino, probablemente tiene mucho que ver con es-

ta evolución del gato como símbolo femenino destructivo movido por el instinto. De hecho, el gato negro bien podría contemplarse como el lado sombrío de la Virgen María, un deseo proyectado de forma inconsciente para vengarse de la Iglesia. Podemos apreciar así, de manera muy esquemática, cómo se estableció la polaridad del arquetipo del gato. Ahora hagamos un breve repaso de algunas de las características asociadas a los aspectos diáfanos y oscuros del gato.

El gato está estrechamente vinculado a la conciencia y a todos los procesos creativos. Se tenía la creencia de que las orgías sexuales de Bastet incrementaban la fertilidad vegetal, animal y humana. Por otra parte, las orgías del gato negro, practicadas en las noches de Luna nueva eran auténticos ritos de esterilidad. La relación sexual con el diablo, que a menudo tomaba la forma de un gato, no daba frutos, causaba granizadas, lluvias, tormentas, destrucción de los cultivos, muertes de animales y esterilidad e impotencia en los seres humanos. El gato blanco curaba y velaba por los enfermos. Hacía desaparecer los efectos del veneno, contrarrestaba la irritación e incrementaba la fuerza de recuperación de las personas. Se utilizaba mucho su cola para curar la ceguera. En general, la fuerza del gato parecía localizada en su cola, de la cual se creía también que era un órgano de equilibrio. Por el contrario, el gato-brujo negro envenenaba las mentes de la gente, infectaba sus cuerpos con enfermedades y les causaba ceguera. El diablo utilizaba la cola de su encarnación para hechizar a las personas y someterlas a su voluntad.

En el folclore y en los cuentos de hadas, el gato blanco es el liberador de los oprimidos y el defensor de los jóvenes necesitados y carentes de privilegios. Utiliza su astucia e iniciativa para derrocar a las fuerzas de la oscuridad y aporta riqueza, poder y honor. El gato negro es, con frecuencia, un

presagio de mala suerte, portador de pobreza y frustración. Oprime y tortura. Es traidor y ladrón. El gato solar, luz del mundo, figura a los pies de Jesucristo, mientras que el gato demoníaco se sienta a los pies de Judas.

En su vertiente positiva, el gato se asocia, como la serpiente, a la inmortalidad. Se acurruca en forma circular y se dice que posee nueve vidas. En el aspecto negativo, sugiere la idea del «círculo vicioso». Debido a sus ojos imperturbables y al hecho de ver en la oscuridad, el gato es también profeta. Hace gala de previsión e intuición. De nuevo en el lado negativo, los ojos del gato sugieren el poder de la fascinación. Puede paralizar a sus víctimas. Debido a su independencia y libertad, se ha vinculado al gato con la Virgen, pero también, como hemos visto, con las brujas. Es curandero y servidor de los hombres, protege las casas y los cultivos de roedores y serpientes. También se le ve como fuente de maleficios, hechicero y vampiro.

Tenemos que considerar ahora otro aspecto del gato que lo sitúa entre los dos polos opuestos que hemos visto hasta el momento: el gato como médium. Según la creencia gnóstica, un gato custodiaba el árbol de la vida y su conocimiento del bien y del mal en el Jardín del Edén. También al gato solar egipcio se le asoció con el árbol de Persea, que era también un árbol de la vida y la conciencia. De igual modo, existe una leyenda céltica que cuenta que en cierta cueva se encontró un oráculo sagrado en el que habitaba un esbelto gato; el animal descansaba en un lecho de plata. El gato adquirió así el carácter de médium. Hacía el papel de puente entre el bien y el mal, con conocimiento de ambos extremos. Actuaba como mediador entre ellos, además de entre la vida interior y la exterior, Dios o las fuerzas sobrenaturales y el hombre. Al tener acceso a las dos esferas y encontrarse bien en ambas, el gato

puede comunicar una gran sabiduría profética y enseñarnos cómo mantener en equilibrio los valores en conflicto. Como símbolo de la conciencia, es una entidad psíquica que conoce el camino a seguir, siempre y cuando aprendamos a confiar en él, honrándole, obediéndole y siguiéndole adondequiera que nos conduzca.

Y para terminar, un breve comentario acerca del sacrificio del gato. El significado del sacrificio del gato, al parecer, representaba la destrucción de las proyecciones humanas sobre el animal, tanto si se trataba de experiencias psíquicas oscuras como luminosas. El sacrificio del gato era una compensación necesaria cuando imperaba una enorme falta de conciencia. Constituía un acto para recuperarse de cualquier forma de posesión arquetípica. Así, encontramos ritos de sacrificios de gatos en la Francia católica romana, en Inglaterra y en otras partes. También encontramos un gato blanco a los pies de la cruz, donde, como símbolo de luz, curación y salvación, representaba al propio Cristo, y como él tenía que ser sacrificado para renacer. Cuando se le asocia al Sol, el gato es un gato macho. También el gato que ayuda al protagonista en los cuentos de hadas, como sucede en *El gato con botas*, es un gato masculino y tiene, si queremos circunscribirlo, cualidades mercuriales. En tales cuentos de hadas, es él quien conoce el camino, el guía del alma. Está asociado al Sol y, como Mercurio, siempre está junto a él, ayudando. Eso lo diferencia bastante del gato hembra, que siempre está en la línea de la Luna, de la fertilidad de Bastet, etcétera.

Los gatos son originales de Egipto. Todos los gatos son, en última instancia, de ascendencia egipcia. No existían anteriormente. En Egipto era un animal sagrado y al parecer todavía se le considera beneficioso. En una divertida novela autobiográfica, Agatha Christie, cuyo segundo marido fue un

arqueólogo, narra cómo éste la llevó a hacer excavaciones a Egipto.¹ Vivían en una pequeña cabaña y estaba tan plagada de ratas que pensaron seriamente en marcharse. Esparcieron veneno por el suelo, lo intentaron todo, pero no pudieron librarse de ellas. Finalmente se quejaron a su jeque árabe, quien dijo: «Eso tiene fácil remedio». La noche siguiente apareció con una enorme gata y afirmó: «Ésta será la solución». Durante toda la noche oyeron golpes y chillidos y al cabo de tres días no había ni un solo ratón. Agatha Christie quedó fascinada por lo que la gata había hecho por el hombre, y eso puede llevarnos a entender a este animal sagrado. Durante la noche, cuando estamos sumidos en la oscuridad y nos sentimos más indefensos, actúa como una auténtica protectora y nos ayuda. Así que, para establecer futuras conexiones, haré hincapié en el gato hembra, en su faceta lunar y protectora.

Bastet, en Egipto, no tiene en absoluto rasgos de bruja. Su lado oscuro está relacionado con la tierra de los muertos y con la Luna (que es también la tierra de los muertos). Pero no tiene cualidades diabólicas. Es una figura arquetípica extremadamente positiva. Tiene que ver con la fertilidad, con las celebraciones populares y también con la música. El sistro, instrumento musical de Isis, estaba siempre asociado al gato, y las excavaciones en Egipto han descubierto numerosos gatos con un sistro. Esto se debe a las bellas canciones de amor que cantan por la noche, aunque no estén hechas precisamente para nuestros oídos.

A Bastet se le atribuía una gran relación con la música. En su celebración, por ejemplo, la gente bajaba por el Nilo en barcas y las mujeres se ponían de espaldas, se levantaban

1. *An Autobiography*, Londres, Collins, 1977.

las faldas y mostraban sus traseros a las multitudes que aplaudían desde la orilla. Así es como se divertían en honor a Bastet. La fertilidad, los ritos sexuales, e incluso la lascivia, formaban parte de ello; pero siempre desde un prisma positivo. La diosa no tenía rasgos oscuros. En la mitología germana, como ya hemos dicho, el gato se asocia a la diosa Freya, que era también positiva.

Todos los rasgos diabólicos del gato, como su carácter brujo, salieron a la superficie en la era cristiana. Esto tiene que ver con la supresión patriarcal de la sombra femenina. El gato pasó a ser un animal propio de brujas, del diablo, un vampiro. Se celebraban rituales en los que, al estilo de las cazas de brujas, se colgaba a los gatos malvados. Como es lógico, existían medios para librarse del mal, pero primero lo proyectaban sobre el gato y a continuación lo colgaban. Además, los gatos son extremadamente resistentes. Sobreviven a los más increíbles accidentes, la mayoría de las veces sin consecuencias. Pueden caer desde sitios muy altos y aterrizar sobre sus patas. Son animales muy vitales. Yo crecí entre gatos y perros, y a menudo íbamos al veterinario para que visitara a los perros, pero jamás a los gatos. Siempre sobrevivían a las cosas más terribles.

Algo que hay que mencionar también sobre el gato es su independencia. El perro se ha convertido en un amigo sentimental y emotivo para los hombres, además de muy leal. La mayoría de los perros que son abandonados en el campo parecen o, como mínimo, se sienten tristes y afligidos. En cambio, un gato puede reiniciar con más facilidad una vida salvaje, lejos de los humanos. En mi juventud, me hacía mucha gracia lo adúladores que eran. Si un gato quería comida o caricias, venía a frotarse de esa forma tan particular, con la cola levantada. A veces, si no tenía tiempo, le decía: «Vete.

Tengo que leer». Entonces el gato parecía pensar: «De acuerdo, de acuerdo...», y empezaba a frotarse contra la silla, como diciendo: «Si no me haces caricias, me las haré yo mismo... No pasa nada». Un perro se sentiría herido en lo más hondo de su alma y nos miraría con reproche. No se le puede hacer algo así. Pero un gato: «Bah, no importa...». Nunca depositan su alma en nuestras manos. Es un animal simpático y nos utiliza, pero mantiene su independencia.

A menudo encontramos sueños referentes a gatos en mujeres que no tienen independencia y que están sujetas a su marido y a los niños, como si de un perrito se tratara; siempre recalcan lo que hacen los gatos. Un gato va a la suya. Sabes lo que quiere y va a su aire. A determinadas horas, se acerca para comer y se muestra simpático. Pero cuando quiere irse: «¡Miaau!», hemos de dejar que se marche. Es muy cruel mantener confinado a un gato. Se puede tener un perro en un piso, pero tener un gato y no dejarlo salir nunca es cruel, porque necesita independencia, necesita deambular por ahí y hacer su propia vida. Esto puede originar molestias, si se desenfrenan y no hacen más que procrear. Aparecerá entonces una plaga de gatos. Al haber tantos se vuelven destructivos. Ese lado negativo del gato está muy relacionado con la caza de brujas.

Nos preguntamos ahora: ¿qué tiene que ver la Virgen María con la caza de brujas? Jung lo ha explicado en *Psychological Types*.² Antes del desarrollo y propagación del culto a María, existía el fenómeno del amor cortés, las llamadas cortes del amor. En las cortes del amor los hombres empezaban a establecer relación con las mujeres y viceversa; ése fue el principio de las relaciones individuales de amor con el otro

2. OC 6, pár. 399.

sexo. Como es bien sabido, el caballero elegía a una dama y llevaba a cabo las mayores hazañas por ella. La dama elegida era, por lo general una mujer del tipo *anima*; tenemos conocimiento de algunas de esas famosas doncellas. Y, naturalmente, ese amor cortesano no era siempre platónico. De manera que en esos círculos, siempre aristocráticos, nacieron muchos hijos ilegítimos. Eran los hijos de condes y princesas cuya identidad se ocultaba. Por supuesto, algo así creaba muchos problemas. La Iglesia estableció entonces, como norma de prevención, que los hombres no debían escoger a una dama concreta para su amor, sino que debían ofrecer sus brazos y sus hazañas heroicas a la Virgen María.

La norma se propagó y, en líneas generales, la Iglesia luchó contra el amor cortés, porque las cosas empezaban a irse de las manos. Coincidiendo con la abolición del amor cortés y el auge del culto a la Virgen María como sustitutivo, dan comienzo las cazas de brujas. Jung dice que esto se debe a que, en el amor cortés, se reconocía el *anima* del hombre y la individualidad de la mujer. Era algo individual: un caballero y su dama. Él podía aprender algo acerca de su *anima* puesto que la dama era de su propia elección, y también ella podía desarrollar su propia individualidad. De forma que, al reemplazar una elección individual por un símbolo arquetípico colectivo como la Virgen María, se perdió el elemento personal. Sólo se preservó la imagen colectiva femenina.

Si bien el resultado fue más positivo que en el protestantismo, donde ni siquiera existe una imagen colectiva femenina, supuso la supresión de la individualidad femenina. Las cazas de brujas dieron comienzo entonces, y si leemos relatos de esos juicios, veremos que a las mujeres que tenían cierta originalidad, se las acusaba de ser brujas. Algunas no eran más que pobres criaturas trastornadas. Las últimas brujas de

Suiza, por ejemplo, eran claramente esquizoides, ancianas extravagantes que murmuraban entre dientes y se salían de lo común. Así adquirieron fama de brujas. Pero tiempo atrás se había perseguido también a mujeres hermosas o a aquellas que resultaban muy atractivas para los hombres. Despertaban, por supuesto, los celos de otras mujeres y los temores de los hombres, siendo entonces perseguidas. Así pues, a las mujeres que mostraban una personalidad sobresaliente y que se apartaban de lo común, por lo general se las tachaba de brujas y se las aniquilaba.

Con el tiempo, la caza de brujas trajo consigo la persecución del elemento individual en las mujeres. Se perseguía también el hecho de que el hombre pudiera considerar el aspecto individual de su *anima*, y no verla sólo como un esquema arquetípico, tal como sucedía con la Virgen María. Esto condujo a las persecuciones y coincidió históricamente —con absoluta simultaneidad— con la denigración de la figura del gato, que pasó a ser un animal propio de brujas, destructivo, portador de mala suerte, etcétera. Esta proyección recayó en particular sobre el gato negro, del que aún se piensa que trae mala suerte cuando se cruza en nuestro camino. Por ello, el gato tiene también mucho que ver con la individualidad independiente de lo femenino.

Vemos, pues, que el gato es una sombra de la Virgen María. Es esa parte de la naturaleza femenina que la Virgen María no representaba pero que vendría a completar la imagen de lo femenino. Podría decirse, por lo tanto, que la propia Virgen María tiene una sombra felina. En nuestra historia, al comerse las manzanas, la emperatriz penetra en el misterio del bien y del mal que hay en lo femenino. La tensión no es tanto la que existe entre el bien y el mal, sino entre lo sublime, impersonal y colectivo y aquello que es personal, individual,

vital y natural. Es otra polaridad, típica de la esfera femenina. De ahí que la Virgen María maldiga a la niña que va a nacer y profiera que tiene que convertirse en una gata.

En los cuentos de hadas, los poderes establecidos —Dios, la Trinidad, la Virgen María y, muy a menudo también, el Diablo en el Infierno— actúan siempre contra los niños. Esto significa que quieren bloquear la evolución venidera, y esa inercia es típica. Las imágenes divinas establecidas, los sistemas y las imágenes religiosas y arquetípicas consolidadas tienen tendencia a evitar cualquier cambio en el futuro. Es por ello que la Virgen María no arremete contra la emperatriz. Podría haberla maldecido por haber robado las manzanas, pero en su lugar maldice a su hija. Eso significa que no quiere que se desarrolle ninguna forma nueva de feminidad. Por eso la niña se convierte en una gata, que es precisamente la nueva forma de feminidad.

Junto con la maldición, la Virgen establece que la niña será hechizada a la par que todos sus sirvientes y no participará de la vida humana hasta que venga un príncipe y le corte la cabeza y la cola. Volveremos al asunto de la cola más adelante, cuando le sea cercenada. Creo que resulta muy interesante el hecho de que la cola contenga, de alguna manera, el auténtico poder. De hecho, se trata de algo bastante común. Por ejemplo, también se cree que las colas de los zorros y los lobos tienen un poder mágico. Las colas de muchos animales son fuente de poderes mágicos.

Sin embargo, y a pesar de la maldición, nuestra muchacha-gata no se siente desgraciada. No se ve abocada a una vida miserable. Conserva a todos sus sirvientes en el palacio, en medio del bosque. Lleva su propia vida, pero se la ha privado de su forma humana, se la ha separado de todo contacto humano, se la ha deshumanizado, desterrándola a la naturaleza.

Ahora podemos entenderlo mejor. Es típico de lo que sucedía en los siglos XII y XIII: el elemento individual femenino fue desterrado de las formas oficiales de vida humana y permaneció marginado.

Así pues, la emperatriz vuelve a su casa y el emperador está encantado de saberla embarazada. Da a luz a una hermosa niña y todo el mundo está contento. Resultará imposible mirar a la muchacha sin quedar cegado por su esplendor. La niña se hace mayor con toda normalidad. Pero de forma súbita, al cumplir los diecisiete años —estando sentada junto a su padre y durante la comida del mediodía— se convierte en una gata y desaparece junto con todos sus sirvientes.

Existen muchos paralelismos con otros cuentos de hadas. Hace algunos años, estudié un cuento griego en el que pesaba un maleficio semejante sobre una princesa, según el cual cuando ésta tuviese dieciséis años, la secuestrarían y la llevarían al desierto. Así sucede y comienzan entonces todos sus sufrimientos, hasta que llega su redención. Pero antes de esa edad, todo había sido perfecto. Ésa debía de ser la edad, en aquel tiempo, en que la gente empezaba a hacer planes de matrimonio para las muchachas. Coincide con el momento en que nuestra protagonista se convierte en gata. Si muestra una personalidad erótica independiente, estando en edad de casarse es cuando el conflicto sale a flote. Si la chica se convierte en gata, tal vez sea porque quiere ser una mujer independiente, tener su propia personalidad.

La hija de un emperador no tenía, por lo general, ninguna posibilidad de elegir a su esposo. En aquellos tiempos, entre los círculos de clase alta, todo se resolvía mediante acuerdos familiares. Por tanto, la protagonista se halla en un conflicto y desaparece. No puede acatar los planes matrimoniales de sus padres, porque se supone que está vinculada al proceso

de individualización de lo femenino, un proceso que no puede ceder a esos convencionales esquemas. Por supuesto, también está involucrado el problema del sexo. De alguna manera, al convertirse en gata nuestra protagonista no hace sino mostrarse tal como desearía ser. Pensemos en ella como en un ser humano auténtico. Imaginemos una muchacha sencilla, independiente y femenina por naturaleza, que crece en un entorno convencional, y con la que, en términos generales, todos están contentos hasta que surge el problema del amor: es entonces cuando ella se da cuenta de que el amor es algo individual.

Para bien o para mal, el amor concierne al destino personal. Uno puede, desde luego, equivocarse. Pero el amor es personal. No obedece a un acuerdo colectivo, y si lo hace aparecen los conflictos. Nuestra princesa está representada como una figura femenina simbólica que, al igual que la gata en que se convertirá, sigue —o es obligada a seguir— su propia inclinación individual y, por lo tanto, desaparece de la esfera de lo humano. Como vemos, vive en un palacio en mitad del bosque. Es decir, desaparece y se va al inconsciente.

El bosque se asocia en particular con el inconsciente corporal. Según dice Jung en «The Spirit Mercurius», está relacionado con la esfera psicosomática de la psique.³ En los cuentos de hadas hay que prestar mucha atención a eso, porque si alguien desaparece en el mar, desaparece en el inconsciente colectivo. Si desaparece en el cielo, desaparece también en el inconsciente. Si muere ahogado en un río, desaparece asimismo en el inconsciente. Así que tenemos que abordarlo de forma específica y pensar: «¿En qué aspecto del inconsciente desaparece la muchacha?».

3. *Alchemical Studies*, OC 13.

El bosque acostumbra a estar relacionado con la vegetación. Como señala Jung en su ensayo sobre Mercurio, la vegetación es esa forma de vida que brota directamente de la materia inorgánica y se alimenta de ella. Es la forma de vida más primitiva y, por tanto, acostumbra a simbolizar las esferas vegetativas de la psique en las que ésta se funde con los procesos materiales del cuerpo. Es decir, lo que ahora denominamos «psicosomático», donde nada es puramente psíquico ni puramente físico: una esfera intermedia que todavía está muy poco explorada. Uno se sumerge en su cuerpo y tan sólo vegeta. Si nuestra protagonista fuera un auténtico ser humano —en lugar de un arquetipo— se sumergiría en una especie de apatía depresiva e inaccesible. Pero como es un arquetipo, es normal que se vea sumida en un estado vegetativo. Se convierte en algo recóndito, penetra en los cuerpos de la gente o en algo próximo a sus cuerpos, y allí habitará hasta que llegue la redención.

CAPÍTULO 5

LOS REINOS

En el momento en que la muchacha se convierte en gata y desaparece junto a todos sus sirvientes, el cuento se detiene bruscamente, se dirige al reino masculino e introduce un nuevo tema:

Entretanto, en un lejano país, había un emperador con tres hijos. Su mujer había muerto y él se había dado a la bebida. Como quería librarse de sus hijos, los reunió a los tres y les dijo: «Voy a ordenaros algo. Aquel que sea capaz, deberá traerme un hilo de lino tan fino que al soplarlo pueda enhebrarse en una aguja. Cada uno de vosotros deberá traerme algo y ofrecérmelo como obsequio, y así veré cuál de vosotros es el más valeroso.

Eso hace que los tres hijos emprendan sus aventuras. Ahora tenemos que analizar qué significa este nuevo reino: un conjunto de cuatro hombres, en el que el padre se ha dado a la bebida tras la muerte de su esposa. En general, el empera-

dor vendría a ser un principio de gobierno colectivo, una dominante de la vida colectiva. Así pues, existe aquí otra dominante. Antes señalé que, en ciertas ocasiones, podíamos encontrar con diferentes reinos en una misma historia. Esto viene a significar que la civilización ya se ha dividido y que existen diferentes esferas con diferentes dominantes. Resumiendo, se puede decir que en la época en la que se origina el cuento existe otra dominante de la vida colectiva, no regida ya por un principio femenino estéril, como en la primera parte, sino más bien por la ausencia de lo femenino.

La emperatriz ha muerto. ¿Cómo podríamos interpretarlo? La Virgen María convierte esta historia, a todas luces, en un cuento de hadas de la era cristiana. Podría tratarse de una alusión a la Iglesia Protestante, pero en Rumanía no desempeñaba papel alguno. De hecho, en esos países el protestantismo nunca ha llegado a cuajar de verdad. Tenemos, por un lado, una esterilización de lo femenino, y por otro, una eliminación de lo femenino. Yo diría que esto hace referencia a una tendencia, dentro de la Iglesia, marcadamente hostil hacia lo femenino, incluso cuando se manifestaba en forma de culto a la Virgen. Había un tremendo alboroto en ciertos círculos eclesiásticos. Muchos creían que se había armado demasiado revuelo en torno a la Virgen María y que no debía fomentarse la mariología dentro de la Iglesia. Muchos maestros escolásticos, tales como los jesuitas, no alentaban el culto a la Virgen. Había dos corrientes bastante diferenciadas, así que en nuestra historia tiendo a interpretar el segundo reino como una conciencia religiosa de tendencia masculina dentro de la Iglesia; una conciencia que se apartó todavía más de lo femenino.

Podemos apreciarlo en la filosofía escolástica, que es puramente masculina. No hay *eros* femenino en ella y, además, es una organización de poder, al igual que determinadas órde-

nes, como la orden para la persecución de los herejes y otras similares. Dejaron a un lado el *eros*. Es más, se dedicaron a la pura política de poder masculino o bien al intelectualismo. Dentro de la Iglesia coexistían esas dos corrientes. Incluso cuando el Papa declaró la Asunción, se produjo una especie de revolución encabezada por unos cuantos cardenales y obispos. Se manifestaron contra el Papa y expresaron su disgusto respecto a semejante idea. Su actitud fue severa: «No es eso lo que necesitamos ahora en la Iglesia. Algo así debilita nuestra posición. Debemos ser como un bloque de granito que defienda la confesión», etcétera.

Por tanto, el segundo reino vendría a representar un mundo en el que lo femenino se ha perdido y el emperador bebe. Durante la Inquisición, sin ir más lejos, los hombres que perseguían a los herejes y a las brujas estaban embriagados de una espiritualidad errónea. Si leemos los informes de aquellos tiempos, observaremos que eran hombres muy farisaicos. Estaban convencidos de que su labor consistía en limpiar el mundo de algo terrible. Así que esa espiritualidad errónea —y el alcoholismo está relacionado principalmente con la pérdida de conexión con el auténtico espíritu, y por lo tanto con un aferramiento desesperado a algún tipo de espíritu* sucedáneo— es la imagen operativa: una embriaguez que tiene que ver con el poder y con el deterioro del *anima*.

En los estados avanzados de alcoholismo aparecen síntomas lamentables, de los que sin duda todos hemos sido testigos alguna vez: los hombres se vuelven sensibleros, afeminados, aflora su resentimiento, se quejan, realizan comentarios

* La autora juega aquí con las dos acepciones —«licor» y «espíritu»— de la palabra inglesa «spirit», para apoyar el doble sentido —físico y espiritual— que en este pasaje se otorga a la embriaguez. (*N. del t.*)

dañinos, se desvanecen mentalmente. Presentan un cuadro de posesión del *anima*, entregada por completo a sus cambios de humor. Si no beben, se sienten deprimidos y resentidos. Además, aparece el complejo de abandono: «Nadie me quiere; bebo porque nadie me quiere; bebo porque estoy triste y por eso bebo», etcétera. Todo tipo de muestras de un *anima* perversa. Desde luego, esto tan sólo sucede en casos extremos y trágicos. Pero vemos que el *anima* se deteriora, por así decirlo, a través de la bebida. Y sin el *anima* no puede existir relación con nadie, y es así como pierden a todas sus amistades. Es difícil saber si el deterioro del *anima* conduce a la bebida o viceversa. Sin importar qué se produce primero, ambas cosas van siempre unidas. La cuestión es que el emperador quiere librarse de sus hijos.

A menudo, los reyes o emperadores encargan tareas a sus hijos. Acostumbran a hacerlo porque no saben a cuál de ellos deben ceder su reino. Estas tareas sirven para decidir quién será su sucesor. Nuestro emperador también lo hará. Pero más tarde, no en ese momento. Probablemente está tan ebrio que ni siquiera puede trazar una propuesta. Por eso se nos dicen que simplemente les encarga la tarea para librarse de ellos. Ya no es un marido, tampoco es ya un auténtico padre. Sin duda sus hijos le habrán dicho más de una vez: «Vamos, padre, no bebas tanto» y le habrán quitado la botella. Por eso quiere quitárselos de encima. Esto representaría, una vez más, el viejo principio del estancamiento, del no querer ya cooperar en la posibilidad de un futuro. Se intenta crear un bloqueo, suprimiendo cualquier cosa que conduzca al futuro o que le dé paso. No obstante, el emperador tiene una fantasía original: deben traerle lino de gran finura.

El lino es una fibra vegetal, de ahí que se usara, en la antigüedad, para las vestimentas de curas y magos. También se

usaba en las cortes germánicas, como en la de Noruega y las de países gaélicos, a manera de sustancia apotropaica. Se decía que los fantasmas, en particular los espíritus del agua, lavaban y blanqueaban el lino. En determinados cuentos, los enanos y las doncellas del bosque visten prendas de lino y a veces lo ofrecen como regalo precioso; algunos trozos de lino incluso se transforman en piezas de oro. Si el lino lo regala una ninfa, al usarlo no se gasta, pero tan sólo puede emplearse una yarda, porque un pequeño espíritu en forma de rana se sienta encima. Con mucha frecuencia el lino simboliza una nube de luz, que a su vez denota su naturaleza espiritual. El lino tiene un poder curativo en ciertos lugares, como en Irlanda, en donde determinados remedios deben envolverse en lino puro antes de ser usados. Los trozos de lino también se emplean como remedio o como método para transferir enfermedades. Hay que pasar un trozo de lino sobre una verruga o cualquier otro punto infectado del cuerpo y luego depositarlo en un ataúd. En Brandenburgo, a los recién nacidos hay que envolverlos en lino puro y no usar otro tipo de tejido, en cuyo caso el bebé podría más tarde... ¡cambiar de sexo!

Los checos envuelven a los niños en lino y luego lo colocan debajo de la mesa, para que sea inteligente. En el norte de Alemania, en la noche de Año Nuevo, alguien suele traer consigo lino blanco —que a menudo se hereda o es una sábana que perteneció a una persona fallecida— para saber qué va a deparar el futuro. Los sueños en los que aparecen cosas blancas, como el lino, apuntan hacia la muerte. En la tradición rumaná, los sueños sobre el lino se relacionan con viajes, siendo de gran importancia si el lino aparece enrollado o extendido.

Volviendo a nuestro cuento, podríamos decir que el lino blanco es un tejido que pertenece a la esfera de los espíritus,

que está relacionado con el mundo espiritual. Este matiz queda reflejado, además, en el énfasis con que se habla de su delicadeza y transparencia. Además, se acentúan así los espíritus femeninos conectados al lino, de manera que podemos también considerarlo como un requisito de la diosa madre. Basta con recordar que el hecho de hilar y tejer constituye una característica distintiva de la Gran Madre. Lo apreciamos en las tres Moiras o Parcas que tejen el destino. Así pues, en nuestra historia el lino señala hacia un destino especial. Un destino tejido en la esfera de lo espiritual y con un fin espiritual, que bajo la forma de lino fino puede curar los males de una época.

Existe un cuento de Grimm, *Las tres plumas*,¹ en el que el rey propone a sus hijos, como tarea, que consigan lino. Aquel que traiga el lino más fino, heredará del reino. Pero más tarde, cuando llegan con el lino, el padre les dice que aquello es sólo el principio y que tienen que conseguir la novia más bella. De manera que el lino en esa historia es tan sólo la conexión inicial con lo femenino. Es tan sólo un hilo que conduce a la figura femenina, si bien el cuento se acaba en ese punto y el tema en cuestión no se desarrolla.

¿Cómo podemos interpretar el hecho de que nuestro emperador bebedor, que ya no tiene esposa, quiera que le traigan lino? El lino está emparentado con la suerte, con el destino, con lo femenino; es de origen vegetal al contrario que la lana, de origen animal; eso nos habla de su pureza. Los pitagóricos, por ejemplo, sólo vestían prendas de lino, nada que procediera de las ovejas. Está también relacionado con la permeabilidad. Uno puede transmitir enfermedades o puede exorcizar a través del lino. No hay que olvidar que las cosas

1. *The Complete Grimm's Fairy Tales*, pág. 319.

muy puras son también susceptibles de ser contaminadas. Encontramos la misma idea en la creencia popular de que las ovejas jóvenes son más fáciles de hechizar, así como en otras suposiciones. El producto hechizado con más frecuencia en los países agrícolas es la leche, que es un símbolo de inocencia y de pensamiento inocente.

El lino alberga, por una parte, la idea de inocencia, y por otra, una extraña conexión con la posibilidad de verse contaminado o de ser hechizado. De ahí que la fantasía del *anima* de nuestro ebrio emperador, que confirma lo que pensábamos de él, sea ante todo muy pura. Está demasiado lejos de la realidad, es demasiado perfecta, idealista y hermosa; no está contaminada por la maldad. Aquí encontramos concomitancias con la Inquisición y la caza de brujas. Si hubiéramos hablado con los perseguidores, nos habrían dicho que una mujer debe ser pura, casta y tiene que obedecer a su marido: un ideal de feminidad totalmente exigente e inhumano. También nos habrían dicho que cualquier mujer que no se ajuste a ese ideal es una bruja. También nos muestra que cuanto más intensa sea una fantasía de ese tipo —una fantasía errónea sobre la pureza— más pueden el diablo, la muerte y la maldad introducirse en ella. No sólo encontramos eso en la Iglesia medieval. Lo mismo podría decirse de los altos círculos anglosajones e ingleses del siglo XIX. Es el ideal de la dama. Una dama no maldice ni se enfada e incluso ignora que tiene vientre y genitales. Esas cosas no deben mencionarse; la palabra «vientre» está prohibida. Una dama no usa esa palabra. Y así sucede con todo. Así es el lino; así es la fantasía del *anima* de estos hombres. Y las auténticas perjudicadas son las mujeres, viéndose obligadas a actuar siguiendo semejantes esquemas de comportamiento. Con toda probabilidad, a muchas de nosotras todavía nos habrán dicho en alguna ocasión que

«debíamos comportarnos como una dama». Algo de lo más deplorable.

Tras todo ello encontramos a un anciano lascivo, un borracho malévolamente a quien, al disponer de una hermosa nuera, no se le ocurre otra cosa mejor que ponerle las zarpas encima. Actuación acorde con las fantasías que semejantes caballeros tienen sobre las damas. Ellos son los más marcados por la suciedad y, como vemos, al final de la historia el emperador se comporta como un anciano libidinoso. Tiene esas fantasías trasnochadas acerca de las mujeres. Sobran los comentarios. La fantasía de la mujer ideal y pura estuvo en boga durante las postrimerías de la expansión cristiana. Al mismo tiempo, existía una cultura de la prostitución totalmente encubierta, en la que dichos hombres vivían el otro lado de su propia *anima*. ¡Se casaban con una dama para luego pasar la noche en un burdel! Porque, obviamente, «hacerlo» con una dama no les resultaba lo suficientemente atractivo. Existe, pues, esa partición total de la imagen de la mujer en nuestra civilización y en el *anima* del hombre. Ello escinde el *anima* en los hombres y escinde a las mujeres, porque las mujeres no pueden ser ellas mismas: tienen que comportarse de acuerdo con dichas ideas colectivas.

Cualquier cosa tejida puede ser, en sí misma, un esquema. En alemán tenemos la expresión «una forma de vida tejida». Decimos «el hilo del destino, el hilo de la vida». Pero ¿qué significa esto en términos psicológicos? *Eros* teje la conexión entre nosotros y los demás, pero las conexiones pueden también ser internas. Conexión es una buena palabra para expresar esta idea. Por ejemplo, hablamos de una red de asociaciones, en la que todas las connotaciones de un arquetipo forman una red. Todas se vinculan unas con otras y están entretreídas. Ése es el motivo de que Jung diga que los arqueti-

pos están contaminados. *Contaminare* significa en latín «entretrejer». Nuestro proceso mental es como una red. Elaboramos conexiones, principalmente con nuestra fantasía. Tejer está relacionado con el trabajo de la fantasía, que es también una forma de asociar y establecer conexiones. La fantasía creativa es una red. Si empleamos la imaginación de manera activa, elaboramos un tejido. De ahí que esté emparentada con la idea de destino, porque las fantasías inconscientes de las personas son su destino.

La red del destino es, en realidad, el tejido de nuestras fantasías inconscientes. Podemos observarlo, por ejemplo, cuando la gente psicoanalizada se queja continuamente de su mala suerte. Su pareja no es la adecuada, su situación tampoco, sus decisiones tampoco. Cuando profundizamos observamos que se dicen a sí mismos: «Siempre supe que no resultaría, siempre lo supe». Su *animus* o *anima* habían tejido ya la fantasía de que eran desafortunados y siempre lo serían. Es como una maldición, un sino, que hace que todo lo hagan mal. Cuando encadenan una mala situación con otra, siempre aflora ese sentimiento interior: «Sabía que todo saldría mal. A mí no podía irme de otra forma. Y siempre será así». Si somos capaces de extraer una fantasía tan destructiva del fondo de su mente y hacerla consciente, podemos a veces romper la maldición y detener esa racha de mala suerte. La acción de tejer está relacionada con asociaciones inconscientes, fantasías inconscientes que tienen una influencia sugestiva. Y eso es aplicable a todas las connotaciones que he establecido.

En nuestra historia los tres hijos se marchan, pero antes celebran una fiesta, para estar juntos y despedirse, y tras ello cada uno elige su propio camino. El primero sabe que pasará hambre y que no podrá conseguir comida para él, pero lleva

consigo un caballo y así irá tirando. Encontramos paralelismos con otras historias. En un cuento ruso,² los tres hijos del zar salen del palacio y se encuentran con un cartel que dice: «Quien cabalgue hacia la derecha pasará hambre, pero su caballo tendrá comida suficiente. Quien vaya hacia la izquierda tendrá comida suficiente, pero su caballo pasará hambre. Quien siga recto encontrará la muerte». El hijo mayor va hacia la derecha, vuelve con una serpiente de cobre para su padre y es rechazado. El hijo mediano toma el camino de la izquierda, va a parar a un burdel, se encapricha de una prostituta y ya no regresa jamás a casa. El hijo pequeño, que toma el camino recto, tiene que enfrentarse a terribles dificultades y finalmente se convierte en zar; él es el héroe de la historia. La muerte que sufre es, por supuesto, una muerte simbólica. No muere en realidad.

El tema de nuestra historia es, en realidad, el mismo del cuento ruso, si bien no está muy claro. El hermano mayor tomó un camino en el cual pasó hambre, porque no encontró comida, pero su caballo sí dispuso de ella. Por consiguiente, decidió seguir, pero tan sólo encontró un perrito. El segundo hermano tenía para comer, pero su caballo pasó hambre, y finalmente pudo encontrar un poco de lino cuyo hilo, con mucho esfuerzo, pudo pasar a través del agujero de una aguja. El tercero se perdió en una terrible tormenta en el bosque. Este tercer hijo se correspondería con el protagonista del cuento ruso, que también debe enfrentarse a ese tipo de problemas, pero encuentra a una princesa, la bella María. El que toma la derecha no tiene nada que comer, aunque su caballo sí, y no encuentra gran cosa. El otro va hacia la izquierda y tiene co-

2. MDW, *Russische Volksmärchen*, n° 41, Düsseldorf-Colonia, Eugen Diederichs Verlag, 1959.

mida, al contrario que su caballo, pero tampoco encontrará nada extraordinario.

Conductor y caballo simbolizan una persona arrastrada por sus fuerzas vitales e instintivas. Nuestra subestructura, nuestro cuerpo, es un animal. El caballo está relacionado con la vitalidad de esa estructura. Muy a menudo, la gente sueña con caballos heridos o que no están en forma, que han caído enfermos. Algo sucede con sus cuerpos, porque a nivel simbólico se trata del caballo-cuerpo que transporta el alma. También se da una relación con la vitalidad. Todavía se miden las fuerzas de nuestros coches por caballos de fuerza, así pues, en los sueños modernos, con mucha frecuencia el automóvil toma el relevo como estructura transportadora. En cierta ocasión, al final de un semestre en el que estaba muy cansada, soñé que veía mi coche en marcha y que lo conducía otra persona. Salía humo negro de la parte trasera y pensé: «Oh, pobrecillo, debo llevarlo al mecánico para que lo reparen». Supe entonces que era el momento de tomarme unas vacaciones. Si seguía trabajando, iba a pillar una gripe o algo así. De manera que el inconsciente había escogido el coche para representar al caballo.

Si uno toma el camino de la derecha, significa que sigue a la conciencia. El hermano mayor no tiene nada que comer, pero su caballo sí. De forma consciente, pasa hambre y hace que su caballo siga hacia delante. Creo que la elección de un camino significa, a su vez, la elección de una forma de vida: ¿cómo continuar de ahora en adelante? Y puesto que decide no comer, pero sí tener a su caballo bien alimentado, yo diría que elige un camino materialista. Ve que tiene dinero y salud y que su caballo está bien alimentado; su cuerpo, su ser físico, está bien nutrido, pero le hace pasar hambre a su lado espiritual. Esto significaría *ubi ben ibi patria* (donde esté lo bue-

no, allí tengo que vivir). Eso es lo fundamental y no lo espiritual. Por consiguiente, este hermano tan sólo encuentra un perro. La metáfora tiene sentido.

El segundo hermano tiene para comer, pero no así su caballo. Podría ser el esteta, el que piensa que lo importante son los valores espirituales y las relaciones humanas, descuidando las necesidades materiales. Encuentra algo de lino, pero más bien tosco. Eso confirma que el lino se asocia a un ideal de *anima* aristocrático y distinguido, un ideal ascético y estético, el ideal de dama de lo femenino. Cuando un hombre se casa con una dama, puede que su caballo no tenga nada para comer, pero aun así es muy agradable presentarla a los demás en el salón de la casa. Así pues, ese aspecto de su personalidad se ve satisfecho, aunque su caballo esté hambriento.

Por último, está el más joven, que toma el camino de en medio; lo único que hace es ir hacia delante, de forma que se mantiene entre los dos polos opuestos. No se deja arrastrar por la parcialidad de lo físico ni de lo espiritual, ni lo blanco ni lo negro, simplemente sigue por el camino recto, entre los dos polos opuestos. Enseguida llega a un oscuro bosque y allí encuentra el palacio de la gata. Profundiza en el inconsciente, la esfera vegetativa del inconsciente, donde le sorprende una tremenda tormenta que ni siquiera le permite ver sus propios dedos. Está desesperado. Lluve durante tres días y tres noches y todo está negro como boca de lobo. A la tercera mañana, un relámpago lo ilumina todo, descubriendo un palacio. Él piensa: «Iré directamente a ese palacio, pase lo que pase... Ya no puedo más».

Ahora nos centraremos en el simbolismo de la lluvia. La más famosa y terrible lluvia de la que la mayoría de nosotros hemos oído hablar es el gran diluvio descrito en la Biblia,

provocado por la ira de Dios, que quiso destruir a la especie humana. Si alguien sueña con una inundación, la primera conclusión sería que Dios está furioso. ¿Pero qué significa eso desde el punto de vista de la psicología? En primer lugar, la imagen de Dios la denominamos «el Yo». Creo que lo que yo diría es que todo el colectivo inconsciente se halla en convulsión, que falta armonía en el comportamiento consciente del colectivo y que el inconsciente está dándole vueltas a la idea de la destrucción. Ésa es nuestra situación actual. El inconsciente juega con la idea de destruirnos, de ahí que, por ejemplo, cuando se psicoanaliza a mucha gente se observa una gran cantidad de sueños terriblemente destructivos, en los que abundan las explosiones de bombas atómicas y la idea del fin del mundo.

Tales sueños deben tomarse en serio, porque podrían ser proféticos y revelar que el final está próximo. O bien, si en ellos salimos indemnes, podrían significar que nuestra incomprensión respecto al inconsciente colectivo nos ha llevado a tratarlo tan mal que se ha vuelto contra nosotros, contra el colectivo. Como nadie presta atención al inconsciente colectivo, éste se enfurece. Es la ira de Dios, una ira tal que al estallar, debido a que el pueblo judío no cumplió sus mandamientos, provocó el diluvio. Lo que, traducido a nuestro lenguaje moderno, vendría a significar que no se habían seguido las reveladoras indicaciones del inconsciente. No siguieron las energías del inconsciente colectivo. Pecaron contra el inconsciente y éste los inundó. Si uno peca contra el inconsciente, el inconsciente acaba poseyéndolo. Cuando alguien sueña con una inundación, significa que la persona ha caído en una depresión, en un estado de desorientación, en la asfixia. Pero también con frecuencia se trata de una posesión, una obsesión ideológica, digamos un «ismo». Eso también es

asfixia. Jomeini era un hombre asfixiado, un hombre que tenía su cabeza bajo el agua.

He querido mostrar primero el lado negativo de la lluvia, pero hay también asociaciones positivas relativas a la idea de *solutio*, de fertilización. La lluvia se interpreta entonces como fertilización, como sucede con el río Nilo, que se desborda cada año y favorece una abundante cosecha. Los griegos interpretaban la lluvia como un abrazo de amor entre Zeus y Deméter, dioses del cielo y de la tierra, los contrarios que se unen. En el *I Ching*, por ejemplo, hay muchos oráculos en los que se dice: «Cuando la lluvia cae, trae buena suerte», así que cuando cae la lluvia aparece una solución. Solución que, jugando con el significado de la palabra, tiene carácter alquímico, la disolución que es también la solución de un problema: fusión de contrarios que se solidifican uno contra otro y generan tensión. Es la liberación de la tensión. De ahí que uno se sienta bien tras una tormenta. Si uno camina por la naturaleza tras una tormenta, se siente físicamente aliviado. Siempre, antes de una tormenta, nos sentimos nerviosos, el perro está inquieto, sentimos dolor de cabeza y todas esas cosas. Y después viene la lluvia. Y tras la lluvia, salimos a ver el sol y parece que todo renace. Es algo palpable, como si todo el campo reviviera. En nuestra historia, la tormenta incluye truenos y relámpagos, así que se trata de una liberación de tensión todavía mayor. Los contrarios se unen, crean una solución y la tensión se disuelve.

La visión de un destello de luz significa que se experimenta algún tipo de percepción. Puede tratarse de la estructura del universo al completo o de la estructura de la divinidad; en el destello de un rayo puede verse todo eso. Jakob Boehme vivió una experiencia similar con un rayo y le llevó muchos años describir en sus trabajos lo que realmente vio, conden-

sado en un momento, en un destello.³ Existe una relación, pues, con la revelación, una percepción repentina desde el inconsciente. Por ello, siempre hay conexión entre los chamanes y la idea de los rayos. Así vemos que en ciertas tribus de esquimales si alguien es alcanzado por un rayo —o casi alcanzado, porque el rayo cae justo a su lado— y sobrevive se considera que está llamado a ser chamán.

Por consiguiente, ser alcanzado por un rayo o que el rayo caiga muy cerca de uno significa que los espíritus, los fantasmas o los dioses apuntan hacia uno. Zeus y Júpiter siempre estaban arrojando rayos. Es un signo, una acción del Dios supremo, y mucha gente todavía lo ve así. Recordemos aquella famosa anécdota: estando Jung de vacaciones en Sarnen, en el Oberland de Berna, un rayo alcanzó la iglesia local, y luego la gente se dedicó a pedir dinero por los alrededores para levantar otra nueva. La respuesta de un campesino fue: «No voy pagarle a Él para una nueva iglesia si ha sido Él quien ha incendiado su propia casa». Perdura aún la idea de que el rayo es una manifestación de Dios, un signo de su ira o de su bendición; o también de que elige o ilumina a alguien.

En nuestra historia, es obvio que el relámpago tiene una naturaleza esclarecedora, porque el joven divisa de repente el palacio de la gata. Más tarde vemos que la gata llega como un relámpago a la corte; siempre llega como una tormenta. En una tormenta, la piel de un gato se electriza. Los gatos eran animales propios de marineros, quienes al parecer llevaban gatos en sus barcos. Y cuando algo andaba mal se desencadenaba una gran tormenta, que había sido causada por los gatos. La gente sueña con tormentas, y también se dice que

3. Véase «A Study in the Process of Individuation», *The Archetypes and the Collective Unconscious*, OC 91, pág. 534 y sigs.

tal persona «estaba que echaba chispas» o que un padre «estalló en la mesa», etcétera. Una tormenta es un estallido de afecto. Siempre tiene lugar cuando uno resulta iluminado. Por lo general, cuando uno sufre una tremenda conmoción emocional, experimenta intuiciones repentinas. Es simultáneo. ¿Qué conexión existe entre esto y la oscuridad femenina que la gata representa? ¿Qué deben hacer las mujeres para ayudar a los hombres a evolucionar?

Hay una interesante historia acerca de los Hopi, que en un tiempo vivieron bajo tierra, entre los que al parecer el exceso de población suponía un problema. Los hombres Hopi no hacían nada al respecto. Pero las mujeres se lo tomaron tan en serio que los Hopis decidieron ascender a un nivel superior. Se establecieron allí y todo se arregló. Pero la población aumentó de nuevo en exceso y los hombres tampoco hicieron nada. Habrían seguido siempre así si las mujeres no hubieran puesto el grito en el cielo, armando escándalos de la noche a la mañana. De nuevo los hombres pusieron manos a la obra. Esto aún sucede. Por eso la educación de una dama, que nunca debe alzar la voz y debe mostrarse siempre como la Virgen María, provoca en realidad que su marido se duerma sin hacer frente al problema de su *anima*. Por lo general, si ella no estalla de vez en cuando, él no despierta. Simplemente no ve las cosas.

Nuestro protagonista avista de repente el palacio de la gata en medio de la tormenta, sumido en la conmoción, y se da cuenta de que la única solución es dirigirse hacia él. En el palacio encuentra algo muy extraño, un trozo de carne, que parece una pierna de ciervo o algo así, y que cuelga de una muralla. En realidad no es carne sino un montón de esmeraldas y otras piedras preciosas. El joven trepa para hacerse con la carne, pero uno de sus pies queda atrapado. La pieza actúa a

modo de trampa. En ese momento, oye una campana y cae, víctima del pánico. La puerta se abre, aparece alguien y prosigue la historia. Vemos que, en realidad, fue atraído por una falsa pieza de carne, hecha de piedras preciosas. Él cree que va a comer carne, pero se ve atrapado por unas piedras preciosas. Su pie queda enganchado en ellas y, más tarde, el príncipe entra en el palacio de la gata.

Todavía no tenemos una perspectiva de lo acontecido en la primera parte, de lo que en realidad significa. Pueden interpretarse temas que están en el aire, por así decirlo, establecer las conexiones entre ellos y tener así la sensación de que se comprende el contexto de la historia. Sin embargo, uno debe preguntarse: «¿Qué significa eso en la vida práctica? ¿Qué ha sucedido en realidad?». Pero antes de hacerlo me referiré a ese extraño tema, el pedazo de carne, que es como una especie de cebo para capturar a nuestro protagonista cuando llega al palacio. Así pues, retrocederé y trataré de dilucidar qué conduce a este único y extraño motivo que jamás había visto antes en ningún otro cuento. El joven está hambriento y trepa para alcanzarlo. Cuando se aproxima ve que no se trata de carne, sino de una amalgama de piedras preciosas. Pero al tocarla con el pie, queda atrapado y colgando, como un pez que ha mordido el anzuelo. Luego se cae, una puerta se abre bajo la muralla y nuestro hombre entra en el palacio de la gata.

Es una pena que en inglés exista distinción entre la palabra *flesh* [carne viva] y la palabra *meat* [carne para comer].* En alemán tan sólo tenemos una palabra, *Fleisch*, de manera que queda del todo claro de lo que se trata, porque la Biblia habla

* Las aclaraciones, entre corchetes, respecto a *flesh* y *meat* las he insertado para facilitar la comprensión de la traducción al castellano. (N. del t.)

de ello continuamente (deseos carnales, vivir en la carne, etcétera). Los anglosajones llaman *pig* al cerdo, pero a la hora de comérselo lo denominan *pork*, y a las ovejas las llaman *sheep*, pero al comérselas hablan de *mutton*. Creo que es una actitud hipócrita, porque intenta ocultar el hecho de que están comiendo animales. En cambio, *mutton* es algo sin vida, algo similar a un objeto; no es un crimen comerlo. Los franceses también establecen esa distinción: *viande* para la carne que se come y *chair* para la carne viva. Pero en alemán es siempre igual y, de hecho, se trata de lo mismo. Es un pedazo de carne, proviene de un animal y es carne de la que vivimos. Es uno de nuestros alimentos básicos. En algún momento, siendo nuestros antepasados todavía simios, pasaron de ser vegetarianos a ser omnívoros y a comer de todo; y así hemos seguido.

Si pensamos en las connotaciones de la carne, creo que no podemos añadir mucho, aunque veremos que alberga un misterio. No es tan simple, pero desde el punto de vista de las apariencias, tan sólo se trata de algo físico, la realidad carnal, la realidad de nuestro cuerpo. Y nuestro príncipe está hambriento precisamente de eso. Ahora bien, si pensamos que nuestra historia se refiere a la redención de lo femenino, en particular de la sombra femenina de la Virgen María, el hecho de que la carne se use como cebo resulta más interesante. La Virgen María no tiene contacto con la carne. Jamás se la representa desnuda en las pinturas sagradas. Siempre está bien cubierta y su cuerpo no resulta visible. Su carne se oculta con discreción. Así que, desde el punto de vista cristiano, es una parte del lado sombrío, no redimido, de lo femenino. Nuestro protagonista es absolutamente ingenuo y, por supuesto, se muestra hambriento ante ese pedazo de carne. Hasta aquí no hay mayores complicaciones. Podría decirse

que la gata utiliza sus deseos físicos para capturarlo. Y en cierto modo, desde el punto de vista de un hombre, es natural, porque el *anima* suele hacerse patente en el hombre como un deseo físico, por ejemplo, una fantasía sexual. Cuando el protagonista va a por ese pedazo, descubre que no es carne sino sólo un espejismo de la carne, es en realidad un puñado de piedras preciosas.

Es una situación muy tentadora. Y ahora voy a adelantarme para decir que sabemos que la historia, desde el punto de vista del hombre, se refiere a la asimilación del *anima*, a su redención. Y, desde el punto de vista de la mujer, a la redención de lo femenino. La carne muerta es sólo un engaño, un espejismo que el inconsciente usa como cebo, pero que luego hace desaparecer. Hay que enfatizar el hecho de que está muerta. El *anima* y el cuerpo femenino no tienen valor si el hombre los contempla como carne muerta que puede comer. Si un hombre trata a una mujer como si fuera un buen bistec para comer, se le escapa el *anima*. Como se supone que nuestro protagonista debe redimir el *anima*, el inconsciente se apresura en hacer desaparecer el pedazo de carne. Lo utiliza para atraerle, pero luego lo evapora. Utiliza esa estratagema para hacerle creer que es eso lo que está buscando, pero no lo es. Su inconsciente piensa: «¡Vaya, si en realidad se trata de una piedra preciosa!». Pero en el humor en que se encuentra, hambriento y deseando comer, no hace sino enfadarse. A continuación aparece el curioso detalle de que su pie queda atrapado en esas joyas. Nos lo podemos imaginar diciendo: «¡Maldita sea! ¡Esto no me sirve de nada en mi situación! ¡Me voy!». Pero entonces queda atrapado misteriosamente y no puede escapar, como un pez que ha mordido el anzuelo. Ahora hemos de analizar las connotaciones que esto presenta.

En un cuento de Grimm un *Dummling* recibe un ganso de oro.⁴ Camina con él por el pueblo y todo el mundo quiere tocar el ganso para ver si está vivo o no. El oro llama su atención. Primero aparece la hija del tabernero y toca el ganso, la sigue su hermana y luego el cura toca a la segunda chica. Más tarde llegan otros, se quedan pegados unos a otros y así caminan, en fila india, amarrados por arte de magia al ganso de oro. El cuento habla de un rey cuya hija siempre está triste. Debido a ello, organiza un concurso en el que proclama que la persona que haga reír a su hija heredará el reino. Cuando se presenta el *Dummling* con la cola de gente, todos sujetos al ganso, la princesa estalla de risa y es redimida. Es un cuento divertido, más que significativo. Pero es importante en la conexión que estamos haciendo por la idea de sujeción mágica.

Desde el punto de vista psicológico la sujeción es una fascinación inconsciente, por la que uno pierde su libertad de elección, quedando sujeto a las cosas más disparatadas en ciertas circunstancias. Aquí se puede apreciar ya, en un sentido más profundo, lo que puede hacer el *anima*. El *anima* es la diosa Maya, la ilusión, y ahora ha atrapado a nuestro protagonista con una fascinación inconsciente. No puede escapar. No puede liberar su pie. Aunque no ha encontrado lo que quiere, no puede huir. Parece como si formara la figura de una carta de Tarot: «el Colgado». Eso también significa que centra su fuerza en decir: «Tengo los pies en el suelo y ahora quiero un buen pedazo de carne porque estoy hambriento». Pero resultan ser piedras preciosas. De repente se da cuenta de que no es lo que buscaba, pero ya está atrapado.

En ese momento oye una campana y cae al suelo. Se abre una puerta y una mano le hace entrar, así que dice: «Bueno,

4. «The Golden Goose», *The Complete Grimm's Fairy Tales*, pág. 322.

seguiré adelante, pase lo que pase». Merodea por allí y lo único que encuentra es una mesa con una vela y, a su lado, una cama. Y piensa: «En fin, entraré ahí dentro y descansaré, porque estoy empapado por la lluvia». Entonces vienen esas torturas de iniciación con las que se va aproximando a la dama-gata.

Ahora que hemos analizado esa porción de la historia, quisiera volver atrás y explicar qué significa. Vimos que el emperador, que se ha dado a la bebida, les dice a sus hijos que deben traerle un hilo de lino tan fino y ligero que pueda pasar a través del ojo de una aguja. Habíamos llegado a la conclusión de que ese tejido está ligado a la fantasía inconsciente. Esa fantasía creativa inconsciente es la red del destino y, en realidad, es una ilusión de nuestra vida interior. El viejo emperador bebedor tiene una fantasía realmente sublime: un hilo de lino tan fino que pueda pasar por el ojo de una aguja es una fantasía muy sutil. El lino es un símbolo femenino, así que esa red de asociaciones, una red de fantasía creativa, es un símbolo femenino, tal como es la red de Maya en la filosofía hindú. Recordemos, volviendo atrás, que el viejo emperador no utiliza la fantasía, es tan sólo un deseo, el deseo de una fantasía perfecta. No obstante, como vimos al final de la historia, el anciano se comporta muy mal, sufre una derrota y posiblemente la muerte, o cuando menos no le queda más remedio que delegar el poder. Así que esa fantasía positiva se muestra insuficiente. Sin embargo, pone a sus hijos en movimiento.

Si el rey es el viejo principio de la conciencia, el tipo de fantasía que anhela es razonable, pero tiene que renunciar a ella y fracasa en su cometido. ¿Cómo debemos interpretar el viejo principio? Su significado está claro. Y si en la vida cotidiana el principio de gobierno tuviera un deseo razonable y empezara a comportarse mal cuando la fantasía —por así de-

cirlo— se cumpliera, ¿qué impresión daría? Podemos decir que ahora nos hallamos en esa situación.

Creo que todas las fuerzas que lideran el mundo estarían de acuerdo al decir que lo que necesitamos es una mayor protección de la naturaleza y más amor entre la gente; todos esos ideales: respetar la naturaleza, no acabar con los recursos del planeta, etcétera. La tecnología es demasiado inhumana. Leemos en todos los periódicos que deberíamos regresar a una vida más austera. Deberíamos revalorizar las relaciones humanas y la fantasía creativa de cada uno; deberíamos disfrutar de una mayor libertad individual. El estado no tendría que ostentar tanto poder. Suspirar por ese tipo de fantasías no representa hazaña alguna. Todo el mundo las tiene, incluso los pertenecientes a las viejas generaciones; no sólo los jóvenes tienen esas idealistas inquietudes. Cuando se psicoanaliza a personas de ochenta años se observa que también hablan de ese tipo de cosas. Los ancianos tienen muchas fantasías, sus anhelos son razonables, pero no saben cómo abordarlos. El trastorno del viejo emperador aparece al enfrentarse con la realidad, no sabe cómo abordarla, porque su mujer ha muerto.

Pero ¿qué significa que su mujer ha muerto? ¿Qué es lo femenino? Si lo interpretamos como que su *anima* está muerta, estaríamos hablando de una sociedad masculina y lo femenino ocuparía el lugar del *anima*. Yo diría que, en esencia, el *anima* en el hombre y lo femenino en la mujer llevan las cosas a la realidad. Si un hombre carece de mujer, es posible que tenga las más maravillosas fantasías, pero al tratar de materializarlas se encontrará perdido. Lo femenino es lo que hace que las lleve a cabo, igual que un hombre engendra un hijo pero es la mujer quien da a luz y lo trae a la vida. De forma que si el *anima* de un hombre ha muerto, si no tiene relación con su

feminidad interior, tal vez sea el mayor idealista del planeta y se le ocurran planes para reformar la situación mundial, pero cuando tenga que ponerlos en práctica no sabrá cómo.

Esto se pone de manifiesto en el viejo emperador, que habiendo perdido a su mujer desespera y se da a la bebida, como un idealista desengañado, podríamos decir. Si un hombre ha desarrollado su *anima*, encuentra oportunidades en las que poner en práctica sus ideales, porque está involucrado a nivel personal. No solamente ve comités, sino también personas. Uno tan sólo puede darse cuenta de las cosas a través de las personas, no a través de comités y artículos en los periódicos. Es desarrollando el principio femenino como el hombre adquiere las fantasías apropiadas. Puede ver, sin faltar a la realidad, las oportunidades que desembocarán en relaciones personales.

Uno puede tener el mejor de los planes para el desarrollo del mundo, pero si las personas no están compenetradas —si, por ejemplo, tenemos un maravilloso equipo de científicos pero se odian entre ellos— jamás serán capaces de llevar nada a cabo. Si el *anima* es deficiente, el resultado es siempre la esterilidad. Pensemos en el cuento de hadas antes mencionado, *Las tres plumas*. En primer lugar, el rey le encarga a sus hijos que busquen ese lino de gran calidad. Cuando lo traen, les dice: «Ahora quiero que cada uno traiga la novia más hermosa». En ese acto, el anciano rey los conduce de la fantasía a la realidad, como si les dijera: «Primero debemos disponer de una trama, una fantasía creativa, pero luego tendremos que hacerla realidad». En ese caso, todo termina de forma armoniosa, en tanto que en nuestra historia no es así. Tan pronto como el emperador conoce a la hermosa mujer de su hijo la quiere para él y lo arruina todo. Pero retomaremos ese aspecto más adelante.

Si esa trama que busca el anciano emperador la entendemos como una fantasía ideal, bien encaminada pero irrealizable debido a la pérdida de su mujer, podremos comprender qué le sucede al mayor de sus hijos, que encuentra un perro, y al mediano, que encuentra una trama tosca, un basto pedazo de tejido. Estos dos hermanos no representarán un papel significativo más tarde. ¿Por qué uno encuentra un pedazo de lino basto? Se acerca a lo exigido por el padre, pero no es tan bueno. ¿Y por qué el otro encuentra un perro?

Recordemos que el destino de la historia, su objetivo, es la redención de lo femenino. Me atrevería a decir que ese pedazo de lino basto, comparado con el lino ideal que el emperador tiene en la cabeza, remite a los trazos gruesos de la vida. Es como un político que tiene una maravillosa fantasía, muy hermosa, respecto a cómo deberían ser las cosas y después dice: «Bueno, bueno, en política hay que ser realista. Limitémonos a hacerlo lo mejor posible». Todo se aplica de forma burda y pierde su auténtico valor, porque no se pone el alma en ello. Está muerto. Como un trozo de lino de mediocre calidad. Algo superficial y que no va más allá de su superficialidad. Encuentra algo que no es exactamente lo que quería, se conforma con ello y piensa: «Bueno, tal vez las cosas sean así. No se puede pedir más».

La compañía de un perro vendría a suponer una especie de fidelidad ciega y carente de espíritu crítico. Jung siempre decía que son los hombres los que creen en la institución del matrimonio, no las mujeres. Las mujeres dudan constantemente del matrimonio porque, en realidad, a ellas sólo les apasionan las relaciones, y eso es lo que desean. Pero un hombre tiene, a menudo, ideas muy sentimentales; quizá no se lleve nada bien con su mujer, pero es su mujer. Lo he comprobado en esos trágicos casos en los que un hombre, casado

con la mujer equivocada, acaba enamorándose de otra, más apropiada para él. Aparece entonces la vertiente sentimental: «Mi mujer es mi mujer, no puedo divorciarme de ella». Incluso no teniendo hijos. El hombre mantiene, por costumbre, una especie de fidelidad canina.

Conocí a un hombre que acudió diez veces al abogado, ya lo habían hablado todo acerca de su divorcio, pero se puso nerviosísimo cuando llegó la hora de decírselo a su mujer. Había estado titubeando durante quince años. El amor se había agotado por completo. No es que todavía la quisiera en secreto, se trataba únicamente de un apego canino y de esa vertiente sentimental: «El divorcio es una vergüenza social, no debería llevarse a cabo». Se trata también de un apego al viejo principio de lo convencional. Las mujeres son mucho más aventuradas en ese sentido. Puede que les encante el matrimonio, como institución, pero sólo si son felices con su marido. Si no lo son, rápidamente empiezan a tener fantasías poco convencionales. Tienen mayor facilidad para romper con las consideraciones personales.

Así pues, podemos afirmar que los dos caminos, el de la izquierda y el de la derecha, representarían la trivialidad, la resignación, la lealtad y la sustitución de una auténtica relación por el «Bueno, vamos tirando». El lino basto significaría: «Bueno, más o menos nos llevamos bien. No se trata del auténtico amor con el que había soñado en mi juventud, pero nos llevamos bien». Un hombre que piense así acabará enterrando su ideal de *anima* o aquello que su *anima* busca realmente en él. Se rinde. Y entonces es cuando aparece el perro.



La gata, aguafuerte de Edvard Munch (Achenbach Foundation for Graphics Arts, California Palace of the Legion of Honor)

CAPÍTULO 6

EL PALACIO DE LA GATA

El más joven de nuestros príncipes, el que cae en la trampa de la carne que no es sino alhajas, previamente se adentra en una tormenta. Debemos interpretarla como un choque de contrarios que conduce a una solución. La lluvia es el factor disolvente y los rayos son el choque de contrarios. Podemos ser más específicos ahora y mencionar los contrarios. La fantasía del lino —de la que el príncipe es portador y por la cual prosigue su camino— y la realidad —que tiene un aspecto muy diferente— chocan en él. Es entonces cuando cae en la cuenta: «Estoy persiguiendo la fantasía ideal de mi padre, pero... ¿adónde me lleva eso? A ninguna parte». Deambulando en la esfera vegetativa de la psique, experimenta el choque de contrarios y, a continuación, llega al problema de la carne. Pero en el momento en que queda atrapado, suena una campana que le hace caer al suelo, como despertándole o desenganchándole del anzuelo. Tras ello es conducido al interior del palacio.

En muchas ceremonias religiosas se utilizan campanas. Tenemos las campanas en las iglesias de la cristiandad, la pe-

queña campana de las misas, las campanas de la religión tibetana, del budismo, etcétera. En cada religión poseen connotaciones específicas, pero siempre encontramos un significado común: mantener alejados a los demonios. El diablo odia el sonido de las campanas, no puede soportarlo. Otra de sus funciones es que llaman la atención sobre un acontecimiento importante. En la misa, la campana señala un punto de transición. Señala el punto en que la transubstanciación es inmanente, casi como una alarma que dice: «Atención, se aproxima el acontecimiento trascendental». Por eso hablo de concentración o llamada a la atención.

Las campanas de las torres de las iglesias, al sonar cada hora, delimitan el tiempo en fracciones, contribuyendo a su desacralización. Cuando se inventaron los relojes y su uso se generalizó —en los siglos XV, XVI y XVII—, en realidad sólo podían encontrarse en los monasterios e iglesias. Si leemos a Nicolás Cusano, por ejemplo, observaremos que el reloj era considerado una imagen del cosmos e incluso de Dios, porque se trata de un mandala, un mandala del tiempo. Su función era marcar los momentos sagrados. Por eso a lo largo del día había horas y acontecimientos sagrados, funerales, nacimientos, etcétera.

Después, poco a poco, pero sólo a partir de Descartes, encontraríamos la imagen del universo como reloj, como máquina que sigue su ritmo de manera mecánica (contra eso se manifestó Einstein con la física cuántica). La libertad de Dios no puede radicar en un universo que funciona como un mecanismo de relojería, donde todo está predestinado. Descartes situó ahí a Dios, aunque señaló: «Dios hizo esas reglas y ya no va a romperlas». O sea, que Dios creó en cierta ocasión un mecanismo y ahora Él mismo se veía sujeto a él. No puede cambiarlo. Sin embargo, en la Edad Media, Dios sí po-

día interferir continuamente en los relojes. En la Biblia, Josué detuvo el Sol, y cuando Ezequías estaba enfermo, detuvo el reloj durante quince horas, etcétera. Dios o un milagro divino siempre podían interferir en el transcurrir del tiempo. El tiempo no era un tic-tac mecánico que marcaba cada fracción hasta la eternidad. De manera que al moderno concepto del tiempo, medido por los relojes, le precedió una larga evolución, que constituye un proceso de desacralización. En los pueblos, la campana, en su cometido original, doblaba por la muerte, el matrimonio, el nacimiento, todas las situaciones arquetípicas. Indicaba que algo perteneciente a la eternidad, algo arquetípico, estaba teniendo lugar. La idea era que todo el mundo debía dejar de trabajar en aquel momento, rezar una corta oración y pensar en la muerte, en la mujer que estuviera dando a luz o en lo que correspondiese; la campana era una llamada de atención.

Es difícil circunscribir todo esto a un lenguaje psicológico. Podría decirse que es la exteriorización de una voz o señal interior. Algunas veces tenemos la sensación de que estamos de paso por la vida y de que todos los acontecimientos cotidianos son banales. De repente, suena el teléfono y sentimos en nuestro interior: «¡Cuidado! ¡Algo va a suceder!». Y si no contestamos, dejaremos pasar algo muy importante. Tenemos una especie de campana dentro que suena y nos dice: «Está a punto de suceder algo importante». Yo lo denominaría la voz del Yo, una señal que dice: «Ten muy presente que éste es un suceso arquetípico». Los eventos arquetípicos fácilmente pueden pasarnos por alto, en especial si estamos sumidos en un día frenético y de mucho trabajo. Sólo más tarde, al acostarnos, pensamos: «¿Qué sucedió hoy? Ah, esta mañana a las nueve... ¡Eso era importante!». Pero ya pasó.

Algo parecido sucede cuando alguien fallece. La vida se detiene y muy a menudo algún reloj deja de funcionar para siempre. Es algo parapsicológico. Uno de los mejores amigos de mi padre, un militar muy serio que no creía en milagros, fue testigo de ello cuando murió su mujer. En la habitación en la que falleció tenían un gran reloj. Ella estaba al borde del coma y empezó a imaginar una cara en la esfera del reloj y a hablar con ella. En el momento de su muerte, se produjo un ruido terrible en el interior del reloj y dejó de funcionar. Pasados unos meses, el hombre lo llevó a un relojero, quien le dijo: «Pero ¿qué ha pasado? No se trata de una pieza, es todo el reloj. No puedo repararlo. Es como si alguien hubiera cogido un martillo y hubiera destrozado toda la maquinaria». Dijo que lo sentía, que no podía arreglarlo. El amigo de mi padre simplemente sacaba su pipa al contar la historia y decía: «No puedo explicármelo, pero fue así».

Historias como ésta suelen ser frecuentes. Los relojes conservan ese aspecto mágico. Mucha gente mantiene un vínculo semejante con su reloj. He experimentado eso en varias ocasiones. Cuando me sucedía algo arquetípico o muy importante, horas más tarde me daba cuenta de que mi reloj se había parado precisamente en ese momento. Esto es lo que Jung describe como la incursión de la infinidad o eternidad en el tiempo del reloj. La eternidad interrumpe. Es como si existiese un plano en el que se desarrolla el tiempo del reloj y la eternidad pusiera su mano sobre él durante un minuto, procurándonos una experiencia arquetípica. Uno percibe entonces eso que Jung describió como «el infinito» y, muy a menudo, el reloj reacciona ante ello.

Volviendo a su significado en nuestra historia, la campana une a los opuestos. Es un símbolo de la totalidad, porque une el badajo (lo masculino) y la campana propiamente dicha (lo

femenino). Es como el *yoni* y el *lingam* indios. Decir que se trata de una aproximación a la unión de lo masculino y lo femenino es un tanto arriesgado, pero creo que es válido. Puede decirse perfectamente. Es también el momento de la eternidad, cuando algo importante va a suceder. Lo interesante de la campana de nuestro cuento es que mitiga la fascinación. El joven héroe cae, se libera de las piedras preciosas —o carne de alhajas— a las que estaba sujeto. De manera que la campana lo libera. Cae y, acto seguido, es introducido en el palacio. Si consideramos el sentido que la campana tiene como ahuyentadora de la fascinación demoníaca, podría entenderse que cuando el joven cuelga, atrapado, está fascinado de forma más bien demoníaca. Está apresado, lo cual es un estado negativo de la existencia, y la campana le devuelve la libertad como diciendo: «Esto es sólo un prelude, lo importante vendrá ahora». Y de ese modo despierta, se vuelve más consciente.

La campana lo libera de su fascinación y cae donde realmente le corresponde. Es decir, en el palacio, el lugar en el que tiene que entrar. Llega a una sala con una mesa, una vela y una cama, y piensa: «Voy a descansar aquí». Cuando va a sentarse en la cama, aparecen de repente unas manos sin cuerpos. Son tan sólo manos, que lo agarran, lo golpean y le arrancan toda la ropa sin que él sepa de dónde salen. No ve a nadie más allá de esas manos, y en su desesperación grita: «¡Oh, Dios mío! ¿Quién me golpea de semejante forma?». Sólo cuando está completamente desnudo, sin rastro de ropa en su cuerpo, cesan los golpes y desaparecen las manos. Entonces, de forma repentina, divisa un montón de comida sobre la mesa y hermosos ropajes para vestirse. Tras comer, se encuentra mejor y se olvida de la paliza. Al día siguiente, entra en otra sala y sucede exactamente lo mismo. Al tercer día, las cosas cambian. Así

pues, las manos de esos seres invisibles lo golpean en dos ocasiones. Al parecer, se trata de los sirvientes de la gata, porque al tercer día se nos dice que la emperatriz felina les ordena llevar al joven héroe a una gran sala donde todo es de oro puro.

Los paralelismos más cercanos que he podido encontrar se encuentran en la leyenda del Grial, en Chrétien de Troyes y en Roberto de Boron, donde aparece el tema de la cama terrible. Sir Gawain se sentó en una cama y de inmediato empezaron a sonar un gran número de campanas, tras lo cual entró un león en la sala y le atacó. Por supuesto, Gawain venció al león y las damas del palacio vinieron a darle las gracias por liberarlas, con lo que se convirtió en un gran héroe.¹ Aparte de esta referencia, encontramos, por ejemplo, magos que tienen camas. Cuando alguien se tumba en esas camas, de repente se lo llevan volando, van al infierno o se sumergen bajo el mar. Son camas demoníacas.

Hay que tener en cuenta el sentido simbólico de la cama. En alemán tenemos varios refranes al respecto. Decimos, entre otras cosas, que tal como uno hace la cama, así descansará después. Y en inglés se dice: «Tú hiciste tu cama, ahora tumbate en ella», como indicando que cada uno tiene lo que se merece. En la cama uno hace el amor, duerme y se relaja. Para mucha gente es un sitio donde dejarse llevar por fantasías, visiones hipnóticas, etcétera, a través de la relajación. Es un sitio de *abaissement de niveau mental*, en donde se conecta con el inconsciente, con los instintos y con el cuerpo.

Por supuesto, esas camas milagrosas de la leyenda del Grial están relacionadas ante todo con el problema del amor. El hecho de que cuando el caballero se sienta en la cama le ata-

1. Véase Emma Jung y Marie-Louise von Franz, *The Grail Legend* (trad. de Andrea Dykes), Londres, Hodder and Stoughton, 1971, pág. 230.

que un león podría interpretarse como que existe un problema sexual desde el momento en que toca la cama. Se encuentra abrumado por su apetito, por el apetito animal, abrumado por sus instintos. Pierde el control y eso es lo que el león representa. La cama es donde se lleva a cabo toda nuestra vida instintiva: nacimiento, muerte, acto sexual; en ella estamos en contacto con nuestros instintos y con el inconsciente. Bajo la cama —un sitio donde uno nunca quiere barrer, a menos que se sea muy limpio— siempre hay bolas de polvo y pelusa. Bajo la cama habitan normalmente los demonios del inconsciente. Muy a menudo, me encuentro en los sueños con que los diablos viven debajo de la cama. También las lagartijas, las arañas, los ratones, etcétera. Seres vinculados al inconsciente personal, que se encuentra justo bajo la superficie. Tan pronto como uno se relaja, los ratones comienzan a hurgar bajo la cama. Eso significa que todos nuestros complejos obsesivos empiezan a molestarnos.

La mesa con las velas nos señala indicios de luz en la situación. Hay muchos otros cuentos en los que al héroe se le tortura en la oscuridad, con la intención de redimir su alma; pero éste no es el caso. Aquí hay un poco de luz. Se trata de una nueva forma de atormentarlo, como anteriormente con la carne y las piedras preciosas. Como necesita luz, la consigue. Pero también necesita carne y no la consigue. De nuevo se le ofrece lo sublime en un momento en que lo que necesita es satisfacer sus necesidades físicas.

Esto podemos apreciarlo muchas veces en la realidad. Recuerdo el caso de un joven que quería tener una aventura amorosa y escogía siempre chicas piadosas, bien educadas y temerosas de sus madres, que le daban falsas esperanzas. Siempre se comportaban bien, salían con él, iban a cenar, etcétera. Pero cuando él planteaba sus apremiantes necesida-

des, salían volando. Sucedió en cinco ocasiones, con cinco muchachas diferentes. Finalmente le dije: «¿Por qué eliges chicas como ésas? Tiene que haber algo detrás de tu elección, porque hoy en día puedes encontrar chicas de sobra...».

El pobre hombre se sentía como si su inconsciente le estuviera atormentando de la forma más cruel. Cuando uno no entiende el motivo, siempre tiene que preguntarse cuál es la actitud consciente de la persona a la que el inconsciente atormenta de tal manera. Y, también, qué se está compensando de ese modo. Sin duda, este paciente era ambivalente y neurótico. Despreciaba la carne. Quería mujeres voluptuosas, pero debido a su educación desdeñaba lo carnal. Tenía el *anima* dividida. Su *anima* era en parte romántica y se sentía, por lo tanto, atraída por las muchachas apocadas y puritanas, porque él mismo era un chico puritano.

Por supuesto, tenía necesidades carnales apremiantes, pero no las aceptaba. Era el tipo de hombre que tras seducir a una chica, la hubiera despreciado por ese mismo motivo. Muchos hombre lo hacen. Consiguen a una mujer y luego piensan: «Bah, no es más que una zorra». De alguna manera, este paciente no valoraba la carne de forma apropiada. La deseaba, pero no la valoraba. Su actitud al respecto no era la adecuada. Todavía estaba atrapado en los prejuicios cristianos contra la carne. No basta con que un hombre diga: «No voy a creer en ese idealismo cristiano. Voy a acostarme con una mujer real, de carne y hueso»; no es suficiente, porque si en el fondo se desprecia el cuerpo de esa mujer, su entidad física, el hombre se sentirá prisionero de los viejos prejuicios. Y si intenta escapar de ese error, el inconsciente no hará más que torturarlo, hasta que comprenda que se está comportando de forma ambivalente. Quiere hacerlo y se desprecia a sí mismo por ello. Quizá, tras poseer a la mujer, la odiará y em-

pezará a dudar de ella. «Es una mujer fácil, probablemente también se acueste con otros hombres», pensará una y otra vez, más tarde. Su ambivalente actitud le llevaba a enamorarse de mujeres también ambivalentes. Estaban sincronizados, como en un mecanismo de relojería.

En nuestra historia, la ambivalencia aún no está curada y por ello persiste esa tortura. Y esta tortura la entendemos, parcialmente, cuando el protagonista es abatido a golpes; pero lo más destacable es que le arrancan todas sus ropas, hasta quedar completamente desnudo. La desnudez es, una vez más, un motivo singular. Por lo demás, el vapuleo es un tema muy habitual. Se nos habla de «tres noches de tortura». En muchos cuentos y leyendas —y con objeto de redimir a una princesa que es un sapo, una serpiente o algo por el estilo—, el protagonista tiene que sufrir. Debe ser torturado por espíritus malignos, hombres vestidos de negro o gatos negros, durante tres noches, para conseguir que la princesa o dama abandone su forma animal. Es el tema de las tres noches de tortura. Siempre es un hombre el que tiene que soportarlas. También las mujeres son torturadas, pero de otra manera, no físicamente. Siempre son los protagonistas masculinos los que son torturados físicamente en los cuentos de hadas. Y, según me consta, siempre durante la misión de redimir lo femenino.

Vemos que esto compensa la conciencia masculina, que cree en la acción. El hombre tiene que sufrir, lo que significa que tiene que adoptar una actitud pasiva, femenina. Tan sólo aguantar y sufrir, sin pasar a la acción. Para un hombre viril es muy difícil sufrir de manera pasiva, soportar y nada más, porque su temperamento natural le dice: «Debo hacer algo al respecto. Debo salir de esta situación. Lucharé. ¿Dónde está mi enemigo? Voy a enfrentarme al enemigo». Me percató de

ello cuando le digo a algún hombre: «Mire, no puede hacer nada. Tiene que sufrir el conflicto». Siempre aparece la pregunta: «Sí, pero ¿no puedo hacer *algo*?». Les digo: «Nada. Nada en absoluto». Les resulta terriblemente duro. Pero así es como se redime el lado femenino en un hombre, así como también el principio femenino en general.

Lo mismo puede decirse de una mujer que, por cualquier motivo, tiene que redimir su propia feminidad. En ese caso su *animus* o lado masculino dirá: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer?», en lugar de redimir lo femenino a través del sufrimiento. En cierta ocasión, Jung llegó a decir: «Si una mujer pregunta "¿Qué puedo hacer?" se encuentra ya en el *animus* y no responderé». Puede parecer exagerado, pero tiene su explicación. Una mujer atrapada en una actitud masculina quiere tomar parte en la acción; quiere luchar, hacer algo, y debido a ello se aparta de su feminidad. De manera que si de lo que se trata es de redimir su feminidad, ha de aprender a sufrir sin pensar continuamente: «¿Qué puedo hacer?» o «¿Qué debo hacer?».

Es obvio que esto también contrarresta la visión activa y patriarcal que tenemos de la vida, en particular en Occidente. En el psicoanálisis es aun más acusado. Muchas personas no lo entienden. Por eso muchas veces abandonan a un jungiano y acuden a un psiquiatra a que les recete algún tipo de píldora. Si les preguntamos por qué, dicen: «¡Al menos hace algo! Usted sólo me dice que tengo que sufrir. Pero yo creo que tendría que suceder algo. ¡Hay que hacer algo!». Por supuesto, cuando hablamos de verdades psicológicas, siempre nos referimos a verdades a medias. Se dan muchas situaciones en las que uno tiene que hacer algo. Pero hay otras en las que la auténtica hazaña, la hazaña realmente heroica, es soportar el sufrimiento y no hacer nada.

Aparece, pues, ese tema adicional, no muy frecuente: las manos golpean al joven y le quitan toda la ropa, dejándolo desnudo. Más tarde recibirá comida y vestimenta. La ropa representa una actitud cultural y la desnudez es siempre una alusión a la verdad sin tapujos. En muchos rituales primitivos, la gente tiene que estar desnuda. En los antiguos misterios y en ciertos cultos bautismales, las personas tenían que entrar desnudas en el agua y desnudas es como salían de ese acto bautismal. La idea siempre es despojarse de todas las actitudes culturales, adquiridas o fruto de la enseñanza, encarnar la propia verdad desnuda que cada uno posee. Nos deshacemos así de cualquier actitud adquirida a través de la cultura. Nuestro protagonista ha llegado a un punto en que tan sólo es él y nada más que él. En su desesperación, acaba diciendo: «¿Quién me golpea?». Formula una pregunta personal: «¿De quién se trata?». Entonces las manos desisten y, de pronto, ve comida y ropa nueva. Pero esto sólo dura un día y todo volverá a empezar al siguiente; habrá más tortura.

Estas escenas evocan los típicos rituales de iniciación. Sabemos muy poco de los antiguos rituales y misterios de iniciación, pero todo aquel que haya estado en la Villa de los Misterios de Pompeya habrá visto que la gente era golpeada y tenía que comparecer desnuda. Así que se producía tortura física como parte de la iniciación. Probablemente, también era así en los misterios mitraicos. Viene a ser lo mismo, en esencia, que las torturas que todavía podemos encontrar en las sociedades primitivas. En ellas, muy a menudo se golpea o mutila a los muchachos, cuando son iniciados; tienen que soportar grandes sufrimientos y suelen tener que introducirse desnudos en una gran piel de animal, con objeto de renacer.

Apreciamos ahí que la desnudez está también relacionada con el renacimiento, con la vuelta al estado en que uno na-

ció. «Desnudo tal como vino al mundo», suele decirse. En Alemania, también tenían lugar esos ritos en las organizaciones estudiantiles: se pegaban entre ellos, lo cual constituye un rito de iniciación masculina. No consta de manera oficial, pero el rito lo encontramos también en los Boy Scouts. En muchos grupos de Boy Scouts los mayores acostumbraban a aterrorizar a los jóvenes durante la noche. No tanto pegándoles como obligándoles a darse un baño de agua fría o irrumpiendo de repente en un dormitorio para llevárselos y lanzarlos a un lago helado, siempre en esa línea de novatadas masculinas. Los padres ni se enteraban, o lo hacían, horrorizados, años después. Pero parece ser un modelo de arquetipo tan instintivo que se repite siempre en los grupos. A veces se practica también en algunas escuelas, y de forma muy perversa.

Al tercer día, nuestro protagonista recibe lo que necesita. Finalmente puede comer. Al principio le hacen rabiarse, pero luego le dan de comer. Antes dijimos que estaba hambriento de carne, sentía deseos carnales y al principio le toman el pelo por ello. Pero ahora recibe la carne porque se ha purificado; probablemente gracias su nueva ropa, la cual ha hecho desaparecer, entre otras cosas, su desprecio patriarcal por la carne: una actitud habitual, cultural y colectiva. Uno puede incluso experimentar algo así, aunque creo que en este caso es simbólico. El príncipe recibe lo que su cuerpo le pide y, además, no sólo a nivel oral; pero se trata de una experiencia poco común para aquellos de nosotros que disponemos de comida suficiente.

Sabemos, por la etnología, que en todas las civilizaciones primitivas se le otorga un carácter divino al conjunto de plantas y animales que constituyen su alimento principal. Son sagrados. El caribú es un dios para los esquimales, como lo es el trigo para el agricultor, etcétera. Yo lo sabía, pero

nunca lo había experimentado hasta que en una ocasión, siendo joven y no disponiendo de dinero, me fui de excursión durante unos cuantos días a la montaña. Dormía en el heno, me bañaba en ríos helados y sólo comía una vez al día para economizar. Una noche, cuando habían pasado ya tres días, me sentía tan hambrienta y abatida que fui a un hostel y pedí un plato de espaguetis, junto con otros amigos. Perdí el conocimiento, me desvanecí. Cuando recobré la conciencia me vi envuelta en una sensación de calidez y de éxtasis. Al abrir los ojos, me dijeron: «Calma, calma». Y es que me había comido esos espaguetis como un animal, sin darme cuenta en absoluto, en un desvanecimiento de mi mente. Me desperté como de un sueño, sentí esa comida caliente bajando por mi cuerpo y pensé: «Estoy viva otra vez. Había muerto y ahora estoy viva de nuevo». Para mí —y todavía lo siento así— fue en realidad como un ritual de muerte y renacimiento. Desde entonces sé lo que es estar hambrienta y sentir dentro al dios que nos devuelve a la vida, al permitir que comamos. Las poblaciones primitivas viven siempre al borde de la inanición, y uno siente la muerte en los huesos, por así decirlo, cuando está tan hambriento. Se da cuenta de que no puede con su alma, no puede caminar y se siente extremadamente débil. Por ello, al sentir esa inmensa corriente de vida introduciéndose de nuevo en su interior, uno se percata de que un dios le ha retornado a la vida. Yo podría haber adorado esos espaguetis, o más bien al «dios trigo» que hizo posible los espaguetis. Puedo adorarlo ahora. Es la vida. Es el misterio de la vida. Eso me hizo entender lo que Jung dijo una vez: «Freud está equivocado. No creo que el sexo sea la pulsión más fuerte en el género humano. El hambre lo es. El hambre es el problema número uno, el sexo aparece únicamente tras la satisfacción del hambre».

Al tercer día, la emperatriz —de repente aquí a la «dama gata» se la llama emperatriz— ordena a los gatos sirvientes que hagan pasar al joven héroe a un gran salón completamente decorado con oro. Todo está hecho de oro puro. De inmediato aparecen las manos y le ofrecen prendas de ropa, también de oro puro, depositándolas a su alrededor. Entonces ve a un centenar de gatos tocando música y cantando de manera fantástica. Lo llevan a un trono, del más puro oro, y piensa: «No tengo la menor idea de quién manda aquí». Pero ve frente a él a una hermosa gatita en una cesta de oro. Es la emperatriz de los gatos, que hace todo lo posible para contentarle. Al acabar la fiesta, a medianoche, sale de su cesta y le dice a todos los presentes: «De ahora en adelante ya no mando en este palacio. Este joven es vuestro amo». Todos los gatos se le acercan, le besan las manos y le dan la bienvenida como su nuevo jefe supremo. Es decir, se convierte en emperador o rey del reino de los gatos.

Aparece el tema de la gata, tan importante. Pero vamos ahora a fijarnos en la cesta redonda de oro. Es un mandala, un símbolo para el Yo, que demuestra que la gata es una unión del Yo y del *anima*. En *Psychology and Alchemy*, Jung cita sueños relativos a una forma de *anima* cuya cabeza brilla como el sol. Y dice al respecto que, en esa fase, el *anima* y el Yo están contagiados: son todavía uno.² Por consiguiente, desde el punto de vista de la psicología masculina, encontramos aquí un símbolo que une el símbolo del Yo, la totalidad, con la forma más elevada del *anima*. Si lo contemplamos desde la perspectiva de una mujer, significaría entonces que la apariencia de gata, el aspecto de gata del principio femenino, es el auténtico aspecto total. La Virgen María no tiene esa ces-

2. OC 12, pár. 107 y sigs.

ta, pero la gata sí. Ella es, ciertamente, la totalidad potencial y, en ese sentido, es más grande que cualquier otra cosa.

Tras una gran fiesta, el joven se convierte en el dueño y señor del reino de los gatos e indirectamente —y como es lógico— en el novio de la «dama gata». Se trata de una *coniunctio*: lo femenino ha hecho sitio ahora a lo masculino. Ello demuestra que el lado oscuro o instintivo de lo femenino no es, en absoluto, negativo u hostil al principio masculino. Sería bueno que cualquiera que ingresara en movimientos feministas supiera esto: cuando lo femenino es liberado, cuando el principio de la gata se libera, se une pacífica y amorosamente con lo masculino y no le es hostil. El significado es que la gata es el principio del amor, que acepta al protagonista en su forma masculina. Y éste, al ser el príncipe, representa la aparición de una nueva forma de la conciencia masculina, que resulta ahora aceptada y abrazada por lo femenino. En otras palabras, se supera la gran hostilidad entre los principios masculino y femenino.

Jung dijo en cierta ocasión que la mayoría de las novelas, películas —a excepción de las muy modernas— y cuentos de hadas tienen un final feliz precisamente porque la vida no es así. En la vida real, el hombre y la mujer son una pareja de contrarios en conflicto. Así pues, su unión, la unión pacífica y amorosa de lo masculino y femenino es todo un logro. Es un logro de la individualización, de la conciencia. En las sociedades del pasado, los matrimonios no tenían, por lo general, nada que ver con el amor. Eran el resultado de acuerdos familiares o entre clanes, y lo que buscaban era que el hombre y la mujer se amoldasen y cooperasen entre sí con la finalidad de asegurar la descendencia, etcétera. No se tenía en cuenta el factor amor. Su unión a un hombre y a una mujer de acuerdo con las reglas y tabúes de un clan; cómo se relacio-

narían después era ya asunto suyo. El matrimonio, en gran medida, no era una cuestión de amor romántico, sino más bien de soportarse el uno al otro de forma razonable. Debido a ello, en muchas sociedades primitivas, los hombres y las mujeres apenas se hablaban. Los hombres se dedicaban a lo suyo —a la guerra, a conducir el ganado y a cazar— y las mujeres se quedaban en casa, criaban a los hijos, hablaban con otras mujeres y mantenían la vivienda en orden. De cuando en cuando, el hombre iba a casa, descansaba, dejaba embarazada a la mujer y de nuevo se marchaba. Pero rara vez hablaban el uno con el otro.

Si echamos un vistazo a los cuentos africanos, veremos que en muchas historias un joven y una muchacha se aman en contra de los intereses de su clan. Es el problema de Romeo y Julieta. Su amor no obedece a las reglas del clan. La persona a la que quieren pertenece a otro clan y eso constituye un tabú. Estas historias siempre terminan de forma trágica. Por ejemplo, los dos se ahogan y, a partir de entonces, en algunas noches de brillante Luna llena sus espíritus pueden verse en el agua. Este tipo de historia desalienta los sentimientos profundos, románticos y personales. Es como si las personas que quisieran vivir de esa manera buscasen algo imposible, como si les dijeran: «Estáis entrando en el terreno de los dioses. La satisfacción de los deseos amorosos es para los dioses. En la tierra hay que atenerse a las reglas de los clanes, aguantar al marido o a la mujer, independientemente de cómo éstos sean».

Así pues, lo que ahora buscamos, el establecimiento de una relación entre el hombre y la mujer basada en un sentimiento personal, constituye una situación nueva. Dio comienzo en la Edad Media con el amor cortés. Ése fue el primer intento. Con posterioridad, la sociedad se encargó de refrenar-

lo, de manera que puede decirse que estamos pisando ahora un terreno absolutamente nuevo. Un terreno que, hasta ahora, la poesía y las normas religiosas habían calificado como trágico e imposible, algo que siempre acaba mal. Se trata, en realidad, de un nuevo cometido para los dos sexos. No hay que olvidar que Jung fue el primero en ofrecer las pautas para impulsar esa actitud, mucho antes de que existiesen los movimientos de liberación femenina y todo eso: nos hizo ver que ahora hay que intentar establecer, por primera vez en la historia, una relación real entre hombres y mujeres, más allá de la atracción ciega, basándose en la proyección del *animus* y el *anima*. Al principio, esa atracción ciega se confunde siempre —de una forma u otra— con esto último. En realidad, nadie ha asimilado el *animus* o el *anima* hasta el punto en que eso no suceda. Pero ser capaz de esperar e ir más allá, hasta alcanzar una auténtica relación de amor —no importa de qué naturaleza— es el gran misterio que se anuncia en esta historia, en este encuentro.

La fiesta llega a su fin y todo el mundo se va a descansar. La emperatriz de los gatos conduce al joven hasta su habitación, le abraza y le pregunta: «Querido héroe, ¿qué te ha traído hasta aquí?». Y él responde: «Querida gata, Dios conduce a las personas por diferentes senderos. Mi padre me mandó buscar un hilo de lino tan fino que con un simple soplo pudiera enhebrarse en una aguja, y he venido a por él».

Podría esperarse otra respuesta o una mejor *coniunctio*, pero en este punto él es todavía demasiado masculino. Simplemente da una respuesta objetiva a esa seductora pregunta que ella le hace. Puede observarse que el joven todavía está un poco atado a su padre, a su viejo mundo, que todavía conserva ese propósito, ese ideal de su padre. Como hemos visto, la fantasía del *anima* ideal que el padre anhela no es disparatada.

Visto así, tampoco es un error que el hijo siga con ella o la recuerde. Lo que no ve es que tiene enfrente a la gata que puede llevarla a cabo. No establece la conexión.

La historia salta aquí a otra parte, a una especie de continuación. Sus dos hermanos han regresado a casa. Le habían esperado durante un año y, cuando creyeron que ya no vendría, volvieron a donde su padre. El mayor le trajo el perrito, con el que padre se mostró bastante complacido. El mediano le trajo el lino que pasaba por una gruesa aguja. Pero el padre preguntó dónde estaba el más joven. Digamos que el emperador está relativamente contento, pero no ha obtenido todavía lo que buscaba. Es patente que espera algo mejor, porque pregunta: «¿Dónde está el más joven de vosotros?». Y uno de los hermanos responde: «Padre, no lo he visto desde que nos separamos. Probablemente no volverá». Y todos creyeron que había muerto, lo sintieron mucho y lloraron. Nuevamente, encontramos aquí un indicio de que este padre no es del todo malo: su hijo le importa algo, pero se siente vacío. Se comporta como lo hacen los alcohólicos, que lloran con demasiada facilidad.

Entretanto, el hermano pequeño sigue viviendo con la gata y un día ella le dice: «Querido, ¿no deseas volver a tu casa? Ya ha pasado un año desde que te fuiste de allí». «No, no quiero volver a casa. ¿Qué haría allí? Soy feliz aquí. Me quedaré hasta el final de mis días». La gata prosigue: «No, no debieras. Si quieres quedarte aquí, primero has de regresar a casa y llevarle a tu padre lo que le prometiste». Y él dice: «Pero ¿cómo podré encontrar lino tan delicado, con hilos tan finos?». La gata le comenta que eso no constituye un problema, que ella se encargará de hacerlo. Entonces, el príncipe le pregunta: «Dime, querida gata, ¿es cierto que tres días a tu lado equivalen a un año?». A lo que ella responde: «Sí, es

más, desde que abandonaste tu tierra, han transcurrido nueve años». Él no puede dar crédito a lo que oye. «¿Cómo un año puede equivaler a nueve años? Y entonces ¿qué puedo hacer para regresar? Volver hasta mi padre me llevará nueve años...». En otras palabras, se toma el tiempo como si fuera distancia, como si hacer el camino de regreso fuera a llevarle nueve años. La gata le dice: «Alcázame ese látigo». Y con ese látigo mágico hace aparecer la carroza que supera ese problema de tiempo-espacio.

Aquí hay dos temas en los que fijarnos. Primero, él quiere quedarse y no retornar nunca a casa. ¿Qué significa esto desde el punto de vista psicológico? Si recordamos el principio de la historia, hay un emperador y una emperatriz y tienen una niña que se convierte en gata. Y la gata se marcha al bosque. Luego, tenemos al otro emperador con sus tres hijos, el más joven de los cuales se encuentra a la gata en el bosque. Y lo que sucede, al final, es que ambos se quedan en el bosque. Ése es el nuevo reino. Nada vuelve a ser como en las dos situaciones iniciales, que simplemente se desvanecen. Por tanto, este reino de gatos es un nuevo reino, un lugar nuevo donde vivir. Es la solución definitiva. No importa lo que signifique. Pero ¿qué significa que nuestro héroe se quede allí sin ir a su casa?

Todo es muy ambiguo. Puede interpretarse de dos maneras. La situación del palacio, en el bosque, parece sugerir que se halla en el inconsciente colectivo. Por lo tanto, si al final de la historia los dos se quedan allí, podría interpretarse como que, en realidad, desaparecen en el inconsciente colectivo. Pero como él pretende regresar a su casa —y también por otras razones—, las cosas no son exactamente así. El hecho de ir a casa es muy importante. En muchos cuentos de hadas el protagonista tiene que ir a su casa y, con mucha frecuen-

cia, durante el camino se encuentra con un gran número de dificultades inesperadas. Aquí el príncipe tropieza con un cierto tipo de problemas, pero hay veces en que, por ejemplo, los hermanos están celosos y atacan al protagonista, le quitan los tesoros y fingen haber sido ellos quienes los han encontrado. Ocurre con frecuencia. O bien el héroe besa a su madre y olvida a su novia. O se encuentra con todo tipo de catástrofes en el camino.

Tras haberse sumergido en las profundidades, uno tiene que reconciliarse con la vieja realidad, con la realidad consciente. De lo contrario todo queda en una especie de sueño intemporal sumido en la inconsciencia. Tenemos que incorporar nuestros nuevos conocimientos a la vida cotidiana. Por ejemplo, si han leído la biografía de Jung, sabrán que tras su separación de Freud, se sumergió en las profundidades del inconsciente y desarrolló esas imaginaciones activas, tan largas, que recogió en lo que él llamó el Libro rojo. Jung supo que no podría publicarlas, y de hecho hasta la fecha el Libro rojo sigue sin publicarse. Luego se planteó lo siguiente: «Ahora debería ofrecer a la humanidad lo que he averiguado. Tengo que encontrar una forma de transmitirlo a los demás».

Jung tuvo grandes problemas porque sabía que no podría publicar sus imaginaciones activas tal como las había recogido. Buscó siempre una forma de transmitir sus experiencias, un recipiente para expresarlas. Sólo lo encontró al descubrir la alquimia. «La alquimia. Ése es el recipiente en el que puedo expresarlas. Puedo verter mis experiencias internas personales en el lenguaje de la alquimia, porque en él se habla de los mismos problemas. Y se hace de una forma objetiva, his-

3. *Memories, Dreams and Reflections*, Aniela Jaffé (comp.), trad. inglesa de Richard y Clara Winston, Nueva York, Vintage Books, 1989, capítulo 6.

tórica y colectiva, con miles de textos. De ese modo, puedo hacer que otras personas compartan mis experiencias.» Ése sería el «rescate» de Jung. Durante muchos años vivió sumido en la angustia, tras terminar de forma satisfactoria sus imaginaciones activas, porque no sabía cómo rescatarlas y reconectarlas a la vida. Podía hacerlo, con bastante naturalidad, en su consulta. Únicamente podía hablar acerca de sus experiencias con sus pacientes, pero no podía publicarlas. Sabía que si las presentaba desnudas, tal como aparecían en el Libro rojo, le tomarían por un místico confuso o un loco. Tenía muy claro que no resultaría adecuado. No podía exponer el tesoro que había encontrado en las profundidades de la psique a un mundo que no estaba preparado. Tenía que encontrar la forma de transmitirlo al colectivo.

El retorno, tras un hallazgo, conlleva siempre este tipo de dificultad. Siempre que uno encuentra un tesoro en las profundidades, una experiencia del Yo, se manifiesta una aparente necesidad de transmitirlo a los otros. Ignoro por qué es así, pero también puede observarse en las historias de los chamanes. Si un chamán ha llevado a cabo su gran viaje a la Estrella Polar o al Infierno, al regresar tiene que chamanizar. Eso significa que debe aportar algo a su tribu. Hay un relato en el que un chamán es cazador de renos y no le gusta chamanizar, así que intenta siempre escabullirse para dedicarse a la caza, que es su ocupación favorita. Pero cada vez que lo hace, cae enfermo. Finalmente se da por vencido y dice: «No, yo tengo que estar al servicio de mi gente. Con mis experiencias interiores... tengo que estar al servicio de mi gente. No puedo limitarme a vivir mi vida como si fuera un sosegado cazador de renos».

Esta necesidad aparece también en nuestra historia, porque el príncipe está llamado a cambiar el orden colectivo im-

perante y, por tanto, ha de regresar y transmitir su experiencia. Por ello, es interesante que la gata insista en que debe ir su casa y llevar ese lino a su padre, en que sólo podrá quedarse de manera legítima a su lado cuando se haya conectado de nuevo con el mundo de la conciencia colectiva del que proviene.

Luego surge ese insólito diálogo en que el héroe pregunta: «¿Es cierto que tres días contigo equivalen a todo un año?». Y ella dice: «Sí. Es más, desde que abandonaste tu tierra, han transcurrido nueve años». Encontramos aquí un ejemplo de la relatividad del tiempo-espacio en el inconsciente colectivo. Hay que tenerlo en cuenta cuando se desea probar a alguien lo que Jung —en su escrito sobre la sincronicidad,⁴ por ejemplo— tan sólo presupone o menciona: que en las capas más profundas del inconsciente, el espacio y el tiempo se vuelven completamente relativos. Ése es un bello ejemplo, pero hay miles de historias similares. En todas ellas, cuando se está en la esfera de lo mágico, en las profundidades, el tiempo se distorsiona. Se vuelve más largo o más corto, pero por lo general más largo.

Tenemos la famosa historia de Rip van Winkle, quien una noche va a jugar a los bolos con varios gigantes y luego, cuando regresa a casa, ve que su pueblo ha desaparecido. Y también descubre que se ha convertido en un anciano decrepito de pelo blanco. Nadie se acuerda de él. Cree que ha estado ausente sólo una noche, pero han transcurrido cien años. Hay muchas historias en las que alguien va al Paraíso por un día y cuando regresa nadie lo recuerda. El pueblo ya no existe, y entonces alguien dice: «Sí, sí. Se cuenta que hace tres-

4. «Synchronicity: An Acausal Connecting Principle», *The Structure and Dynamics of the Psyche*, OC 8.

cientos años un hombre desapareció». Y al oír esto queda reducido a ceniza y polvo. De repente se volatiliza. Así que el Paraíso es intemporal. En Irlanda, por lo general, se conoce ese fenómeno como colina de las hadas: alguien va a una colina creyendo que va a un festín nocturno o de pocas horas y, cuando regresa, ha desaparecido todo y han pasado cientos de años.

Esta relatividad del espacio-tiempo en el inconsciente es la razón por la que, en la esfera de nuestros arquetipos, nuestras referencias temporales ordinarias no resultan válidas. Así, cuando uno desciende a las capas más profundas del inconsciente, experimenta, a veces, sueños telepáticos: podemos ver el futuro, soñar con el pasado o soñar con algo que, en realidad, tiene lugar muy lejos de donde nos encontramos. Con frecuencia, los cuentos de hadas hablan de tales fenómenos parapsicológicos. En este caso, eso también demuestra que nuestro protagonista no ha caído en el nivel animal —en el sentido ordinario de la palabra—, sino en una esfera arquetípica y sobrenatural de la psique. Una esfera que, aunque conectada con el instinto, conserva un auténtico aspecto espiritual.

Así pues, la gata toma un látigo, lo chasca en tres direcciones y aparece un carruaje de relámpagos; en alemán tiene el curioso nombre de *Blitzwagen*. Más tarde volverá a hacer lo mismo; entonces el nombre será *Feuerwagen*. Y es que, una vez en el carruaje de fuego, pueden llegar en un instante a casa del héroe. No necesitan nueve años.

Ahora deberíamos detenernos en las connotaciones del carruaje de relámpagos o de fuego de la gata. Helios, dios que representa al sol en la mitología griega, posee un carruaje luminoso. Cuando su hijo Faetón se lo roba, se estrella con él, porque está reservado tan sólo para dioses. En la mitología

germánica, Donar o Thor tiene un carruaje, arrastrado por dos machos cabríos, y cuando atraviesa el cielo montado en él provoca truenos y relámpagos. En general, podemos decir que en todas las mitologías esos carruajes están reservados a los dioses. Carruajes milagrosos de relámpagos y fuego, carruajes solares, etcétera. En la India, con mucha frecuencia se hace desfilar a los dioses en procesión por las ciudades utilizando carruajes. De manera que también allí los carruajes son símbolo de algo que transporta a los dioses. En *Mysterium Coniunctionis*, Jung cita un hermoso comentario a este respecto, perteneciente a un texto alquímico:

Se toma la serpiente, se la pone en un carro de cuatro ruedas y se deja que dé media vuelta sobre la tierra hasta que se sumerja en las profundidades de los mares [...] Y una vez allí se deja el carro con las ruedas hasta que salgan tantos gases de la serpiente que toda la superficie se seque.⁵

Lo que es tan importante acerca del carruaje son las cuatro ruedas. El carruaje es un mandala con cuatro ruedas alrededor. Se lo puede comparar con la visión del carro de Ezequiel. Puede decirse que la estructura global de la conciencia está representada por el carruaje, porque fue construido por el hombre. No guarda demasiada relación con el instinto. Como estructura de la conciencia, el carruaje sirve a los dioses. A los dioses se les da vida y se les representa de modo realista mediante el vehículo de la ego-conciencia.

No pueden mover un dedo si la conciencia humana no los transporta. Ésa es, por ejemplo, la razón de ser más profunda de esas procesiones en las que se monta a los dioses en ca-

5. OC 14, pág. 260.

rruajes: se trata de recordarle a la gente que el dios está, de alguna manera, confinado en su templo y no puede hacer nada si no se mueve. Es la conciencia de la gente la que ha de transportarlo. Ése es el motivo por el cual en la India, aún hoy en día, algunas personas se tiran bajo los carruajes. Vendría a suponer un gesto inconsciente, como decir: «Sacrifico mi vida para servir a una conciencia que impulsa la vida de los dioses». Es lo que, más o menos, significaría ese gesto. «Tengo que abandonar mi ego. Me sacrifico para que los dioses puedan moverse.»

Encontramos esa idea en muchas religiones. La gente sabe que un dios en el que ya nadie cree, del que nadie es consciente, es un dios muerto. Un dios en el que nadie cree, al que no rezan o en el que nadie piensa no es nada, es inexistente. Los egipcios, pongamos por caso, siempre llevaban al Nilo las estatuas de sus dioses, las lavaban, les ponían crema y luego las devolvían al templo. Era su manera de plasmar esa circunstancia: «Si no hiciésemos nada, si no renováramos a los dioses con nuestra actividad, se pudrirían en una esquina del templo. No serían nada». Nuestra conciencia es necesaria. Por ello es fundamental comprender la importancia de la vida de los arquetipos. Al parecer, el hecho de no ser conscientes de que los arquetipos tienen vida autónoma en la psique lleva a la conclusión de que no existen o incluso de que son destructivos. Por eso, en una sociedad en la que ya nadie honra a sus arquetipos en ningún sentido, ni cree en ellos, ni cuida de ellos de manera consciente, sólo pueden encontrarse sucedáneos e ideas políticas morbosas, «ismos» de todas clases o drogas. Nos encontramos con que todas las fuerzas destructivas desbordan a la gente, porque los dioses no pueden moverse sin la intervención de los seres humanos. Si no cargamos con ellos, quedan paralizados.

Volviendo a nuestra gata, al ser capaz de materializar un carruaje de relámpagos o de fuego a golpe de látigo, revela en ese momento que es una diosa y no tan sólo una gata. Es una diosa, y es la sombra de la Virgen María, no una mujer. Ahora queda un poco más claro lo que significan las joyas tras lo que parece ser carne. Nuestro protagonista buscaba la carne y en su lugar topa con las joyas, lo eterno o lo divino. Tiene que percatarse del aspecto divino de la carne. No es suficiente, por ejemplo, para un cristiano que hasta ahora ha despreciado la carne, decir: «Ahora voy a tirar por la borda mis prejuicios puritanos relativos a la carne. Voy a tener una vida sexual succulenta y a disfrutarla». Eso supondría comerse la carne. No significa nada. Quien actúa así no se distancia ni un centímetro del antiguo reino, sino que sigue atrapado en él. Tan sólo le añade la dimensión de eso que llaman «pecado». Pero nada ha cambiado. Tiene que darse cuenta de que la carne es una forma de lo divino, una revelación divina. Y también de que la sexualidad es algo divino.

Es por eso por lo que Jung mantuvo tantas disputas con Freud. Estaba de acuerdo con él en que el sexo debía liberarse, debía vivirse y no abordarse desde la represión puritana. Pero Jung también opinaba que el sexo era una experiencia religiosa, como el Tantra. Y que si se experimenta sólo con la idea de que es saludable para las hormonas y de que nos hará sentir mejor físicamente, se omitirá completamente ese punto; uno estará comiendo entonces carne muerta, podrida... La redención de lo femenino no significa la redención de la carne, significa la redención de la divinidad de la carne, del lado divino y arquetípico de la carne. Las implicaciones son muy difíciles y complicadas de explicar en lenguaje práctico.

Al interpretar este cuento de hadas, puede apreciarse la importancia de buscar las connotaciones de cada detalle. Es

muy fácil decir: «El cuento de la gata se refiere simplemente al prejuicio cristiano contra lo femenino y contra su faceta física y animal. Lo que tenemos aquí es una historia compensatoria. Es la integración de la parte oscura de lo femenino». Si ustedes han pensado eso, no se habrán equivocado del todo, estarán parcialmente en lo cierto. Pero se les habrá escapado el sentido completo de la historia, que sólo puede captarse prestando atención a los más mínimos detalles: por qué la carne se convierte en piedras preciosas, por qué la gata tiene un carruaje divino, que normalmente sólo los dioses utilizan, y todas esas cosas. Es fijándose en esos detalles, con mucho detenimiento y buscando las connotaciones, como uno puede captar la auténtica historia que subyace tras todo eso. De lo contrario, se alcanzará tan sólo una idea aproximada e intuitiva, una especie de resumen de algo ya conocido: el cristianismo patriarcal se equivoca respecto a lo femenino y a los instintos físicos. Es una conclusión trivial. No se necesita un cuento de hadas para llegar a eso. Todo el mundo lo sabe. Pero esta historia tiene hermosos detalles que nos ayudan a enfocar el asunto de forma mucho más profunda.



Desencantamiento: cortando la cola y la cabeza de la gata (ilustración procedente de *The White Cat*, de Madame D'Aulnoy, Edimburgo, 1847)

CAPÍTULO 7

EL RETORNO

Antes de emprender el regreso a casa, la gata le dice: «Llévate esta nuez contigo, pero no la abras hasta que tu padre te pida que le entregues el lino». Cuando llega donde están su padre y sus dos hermanos, desciende del cielo en su carro de fuego. Su llegada sobresalta a su padre y sus hermanos. Sin embargo, él los saluda educadamente y entonces el padre pregunta: «¿Me has traído algo, hijo mío?». El muchacho responde: «Sí, padre». Y al tiempo que dice estas palabras rompe la nuez que la gata le ha dado y encuentra dentro un grano de maíz. Dentro del grano de maíz hay un grano de trigo. Cuando lo ve, se enfada mucho y cree que la gata le ha engañado. «Al diablo con la gata», dice, y de repente siente que unas garras invisibles le arañan y ve que brota sangre de sus manos. Entonces estruja el grano de trigo y encuentra la semilla de un hierbajo. Cuando la rompe y la abre, finalmente brotan un centenar de metros de lino fino, que entrega a su padre.

Vemos aquí que la gata le proporciona lo que ha de entregar a su padre de una manera muy extraña. Primero una nuez, lue-

go un grano de maíz, luego un grano de trigo, luego una semilla de hierbajo y, por último, el lino. Cuatro formas y después, como una quintaesencia, aparece el lino. Ahora hemos de analizar las connotaciones que presenta, en general, la nuez.

Las nueces aparecen con frecuencia en la literatura mitológica. Son famosas porque por fuera son duras e incomedibles, y si uno no sabe cómo romper su gruesa cáscara puede pasar hambre. Pero una vez abierta, encontramos en el interior un grano dulce, rico en vitaminas y grasa, y muy nutritivo. Es uno de esos alimentos que la gente puede conservar durante bastante tiempo e incluso almacenarlo para el invierno. Pueden recogerse durante el otoño y comerse durante el resto del invierno. Constituye uno de los alimentos más antiguos de la especie humana. En la mitología medieval se decía de la nuez que era un símbolo de Cristo, de sus enseñanzas, porque es dura por fuera y resulta difícil penetrar en ella, pero una vez que se llega al interior es dulce y nutritiva. Así es como interpretaban la nuez los Padres de la Iglesia durante la Edad Media. La misma idea arquetípica es extensiva a cualquier cosa que parece impenetrable por fuera pero en su interior guarda un valor positivo. Lo dejaré en ese punto, de momento, para abordar el siguiente elemento: el grano de maíz.

El maíz es un producto de la madre tierra y, como tal, se le asocia con la fertilidad. Pero al tener el color del sol, es como una unión de contrarios. Tiene un aspecto solar, pero crece en la tierra y pertenece a la gran madre tierra y a la fertilidad, al igual que el trigo. En la mitología de los indios norteamericanos, el maíz tiene un papel muy parecido al del trigo —la comida de Deméter— en la mitología griega. Lo único que no he encontrado en los trabajos relativos a los indios americanos es la característica adicional que se atribuye

al trigo: el hecho de estar siempre asociado a la muerte y la resurrección. Incluso en la Biblia encontramos: «Si ese grano de trigo no muere...»,¹ y cosas similares. Es una alusión a los misterios de Eleusis, en los que se creía que los muertos regresaban al útero de la madre tierra, al igual que el grano es plantado en la tierra; por lo tanto, tiene un sentido de resurrección. Los griegos guardaban en sus casas tarros que contenían una especie de mermelada elaborada con granos de trigo. Esos tarros eran, en cierto modo, una analogía simbólica casera, un símbolo del infierno y de los muertos que allí se encuentran. En una festividad similar a lo que hoy en día es nuestra *Fastnacht* en Suiza, los griegos abrían esos tarros y suponían que los espíritus —al estar abierto el infierno— regresaban, rugiendo y estableciendo contacto con los vivos durante esos tres días. Tras ello, limpiaban la casa con ramas sagradas. A los muertos se les decía: «Regresad al infierno», y de nuevo se cerraban los tarros.

Así que los tarros que contenían esos granos de trigo eran, en realidad, el infierno con los muertos que descansan en el interior del útero de la madre tierra. Eso era lo que simbolizaban. Y a los muertos se los llamaba también *Demetrio*: «la gente de Deméter» o «aquellos que pertenecen a Deméter». El aspecto simbólico y espiritual del trigo está más desarrollado que el del maíz, pero en esencia ambos tienen el mismo sentido: pertenecer a la Gran Madre, a ser el alimento básico del hombre. Es decir, la fertilidad de la tierra y la vida del hombre. El trigo tiene, además, ese significado transcendental de la resurrección.

Nuestro protagonista cree que la gata le ha engañado, pero me ocuparé de ese punto más adelante. En el siguiente pa-

1. Juan 12,24: «En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto».

so, cuando revienta el grano de maíz, encuentra la semilla de un hierbajo, algo del todo inservible. No he encontrado connotaciones para ese hierbajo. Así pues, lo único que puedo deducir de la exasperación del protagonista es que se trata de un símbolo de total inutilidad, algo de lo que uno quiere desprenderse a toda costa, algo molesto. Tras abrirlo encuentra el lino, aquello que buscaba, lo que debía llevarle a su padre, cuyas connotaciones hemos analizado ya.

Ahora bien, ¿qué significa todo ese proceso? Uno puede romperse la cabeza dándole vueltas. ¿Por qué la gata le proporciona esa secuencia de símbolos: nuez, maíz, trigo, maleza y, por último, el tesoro de la quintaesencia?

La nuez puede asociarse con el Yo de varias maneras, o con un aspecto del Yo, o con un aspecto de la totalidad del inconsciente. En alemán y en inglés hablamos de abrir nueces cuando nos referimos a resolver problemas. «Una nuez difícil de abrir», decimos al referirnos a un problema peliagudo, algo difícil de manejar o para lo que no encontramos solución. Hay que aplastarlo o desmenuzarlo. Cualquier recipiente, cualquier cosa que sirva para contener algo tiene connotación femenina. Esa idea puede aplicarse a la cáscara de la nuez. La nuez completa no solamente es lo femenino. Es un símbolo de la totalidad, un recipiente femenino con un contenido nutritivo. Luego está el maíz, que es un alimento básico para la humanidad, el alimento de la madre tierra. Pensemos en todo lo que hemos dicho acerca de la alimentación y su significado. A continuación tenemos el trigo, que es también un alimento básico pero con una connotación espiritual y, por lo tanto, superior. Después encontramos algo del todo inservible —que aparece en cuarto lugar, por algo será— y, por último, aparece la quintaesencia, el material objeto de la búsqueda.

En mi opinión, estos cuatro pasos son como niveles del proceso de individualización que conducen a la función superior. Cuando nos acercamos por primera vez al inconsciente, es para nosotros una nuez que resulta muy difícil de abrir. No podemos penetrar en él, no entendemos nuestros sueños, etcétera. Tenemos que desmenuzarlo para entender los sueños y nos vemos obstaculizados hasta que penetramos en ellos y advertimos que esconde un mensaje en su interior, algo que nos alimenta. Por lo general, las personas que sufren una fuerte depresión o algún otro problema y han pasado por algún otro tipo de psicoanálisis antes —o bien jamás lo han probado— se desconciertan, al principio, debido a nuestros métodos jungianos. Les preguntamos: «¿Ha tenido algún sueño especial?». Y entonces, como quien abre una nuez, penetramos en los símbolos del sueño. El paciente pregunta qué tiene eso que ver con su problema conyugal o con su depresión, hasta que descubren por sí mismos que sí tiene que ver, que sus sueños esconden un mensaje vital. Empiezan a darse cuenta entonces de los aspectos nutritivos del inconsciente. Entre otras cosas, se sienten mejor al terminar su hora de análisis. La habían comenzado deprimidos, y no es que hayan entendido gran cosa todavía, pero se sienten mucho mejor, mucho más esperanzados. Se ponen en contacto con el lado nutritivo del inconsciente, la nuez y el maíz, y eso empieza a aportar vitalidad a su conciencia, les proporciona esperanza. El trigo será la siguiente fase. El momento en que la gente empieza a percatarse de que el inconsciente encierra una espiritualidad numinosa, de que los sueños no son sólo buenos consejeros para problemas sexuales, conyugales o profesionales, equivale a la faceta de resurrección del trigo, su faceta transformadora y espiritual.

Luego, de repente aparece la maleza. Es una enantiódroma. En primer lugar, una cosa mejora siempre a la anterior y,

de pronto, aparece algo inservible. El hierbajo está, sin duda, en correlación con las otras cosas. Tras una cosa ha aparecido otra más valiosa, aunque en esta ocasión no es así. Por lo tanto —o al menos así lo veo yo—, su valor debe radicar precisamente en que no tiene valor. Si pensamos en la población rumana, ese hierbajo supone lo que no sirve para nada, pero lo inútil debe ser valioso. Sin embargo, ¿de que manera puede resultar valiosa la inutilidad del inconsciente?

Al principio es difícil penetrar en el inconsciente, llegar a su esencia. Luego nos alimenta. Nos beneficiamos de la iluminación espiritual que puede aportarnos, lo que conlleva cierta resurrección espiritual. Nos centramos entonces en la inutilidad, lo cual significa que hay que renunciar a usarlo para propósitos relativos al ego; se sacrifica la posibilidad de relacionarse con el inconsciente para sacar provecho. Esta cuestión aparece relativamente tarde en el psicoanálisis, porque, como es natural, todos los pacientes aprenden, en primer lugar, a relacionarse con el inconsciente para beneficiarse de ello, para curarse de su neurosis, obtener consejos respecto a los problemas pendientes, etcétera. Pero tras un largo contacto con el inconsciente, llega un día en que uno tiene que apartarse de ese enfoque, dejar de tratar al inconsciente como a una madre que te dice lo que tienes que hacer. Si uno piensa siempre: «No sé tomar decisiones, siempre tengo que consultar con el inconsciente», sucede que el inconsciente aconseja de manera ambigua. Por eso la gente dice: «El inconsciente me ha embaucado, me ha engañado».

Jung siempre decía que cuanto más tiempo se psicoanaliza uno, digamos tras diez o quince años —y si todavía se sigue en ello—, los sueños se vuelven mucho más difíciles y complicados. Por ejemplo, antiguos colegas me visitan de cuando

en cuando y, aunque me encanta verlos, hay algo que detesto, y es que siempre me vienen con sueños muy complicados (los otros, por lo general, los interpretan por sí mismos, ya suponen lo que pueden significar). Son sueños tan peliagudos que bien podrían ponerme en apuros si no dispusiera de una reconfortante excusa del tipo: «Bueno, ya sabes, después de tanto tiempo psicoanalizándote, tu sueño es demasiado complicado; en realidad no resulta útil». Creo que parte de la estrategia aquí es que el inconsciente intenta apartar al sujeto analizado de una actitud en la que —de una forma similar a como lo haría un niño con sus padres— busca su consejo. De ahí que pase a hablar en clave. En el caso de que uno pueda penetrar en esos sueños, en apariencia inútiles, se da cuenta de que poco tienen que ver con la percepción y mucho, en cambio, con la simple existencia, con enseñar a la gente a existir. No enseñan a desarrollar la percepción o a tener conciencia de las cosas, sino simplemente a existir.

Que yo sepa lo más parecido a esta circunstancia, lo que puede ilustrarla mejor, lo encontramos en el budismo Zen, donde tras la gran revelación, en la famosa serie de las Diez Imágenes Ox-herding, encontramos la representación del *satori*. Se trata de la imagen de un anciano, con un platillo de mendigo, que da vueltas por el mercado y del que se dice: «Se ha olvidado de los dioses, se ha olvidado del conocimiento, se ha olvidado de todo, pero por donde quiera que pasa, florece el cerezo».² Lo cual significa que se ha vuelto totalmente inconsciente de nuevo. Otro maestro del Zen di-

2. J. Marvin Spiegelman y Mikusen Miyuki, *Buddhism and Jungian Psychology*, Phoenix, AZ, Falcon Press, 1985, pág. 113. (La ilustración aparece también en Von Franz, *Alchemy: An introduction to the Symbolism and the Psychology*, Toronto, Inner City Books, 1980, pág. 162 [N. del e.])

jo una vez: «Tras encontrar el conocimiento, uno puede de todas formas entrar en una posada, emborracharse, irse de juerga y llevar una vida ordinaria. Olvidarse de todo otra vez». Pero, obviamente, ese olvido no es una regresión. No es un simple retorno a la inconsciencia previa. Supone un progreso hacia la inutilidad taoísta, para simplemente «ser». Todo el aspecto intelectual del psicoanálisis, el que siempre busca la percepción y las enseñanzas desde el inconsciente, se esfuma en gran medida. Ése sería el objetivo más elevado. Por lo tanto, creo que la semilla del hierbajo es inútil, pero al mismo tiempo, esa inutilidad es una consecución más elevada que las anteriores fases.

Después de que el héroe encuentra el lino, el emperador dice que aquel de sus tres hijos que escoja a la mujer más bella será el emperador. Los hijos aceptan y el más joven monta de nuevo en el carruaje de fuego y regresa junto a la gata.

El incidente que antes dejé para más adelante era cuando el príncipe enfurece al abrir la nuez. Encuentra el maíz y el trigo y dice: «La maldita gata me ha embaucado». Entonces unas garras invisibles le arañan y de repente descubre que su mano está sangrando. Obviamente, la gata, aunque invisible, está presente. Ha venido con él, pero no de forma visible, y eso prueba, al igual que el carruaje de fuego, que es divina. Tiene la capacidad para la omnipresencia invisible propia de un elemento divino. No es una gata ordinaria. Todo ello pone de manifiesto que se trata de una gata divina. Bastet podía hacer eso, una diosa podría, pero no una gata ordinaria.

Tras el viaje, la gata le pregunta: «Bueno, ¿qué has hecho?». Él se lo cuenta todo, así como que debería encontrar ahora una compañera, porque el hermano que lleve a la novia más hermosa heredará el imperio. La gata escucha con mucha

atención, pero no pronuncia una sola palabra. Así que viven juntos de nuevo durante un mes hasta que un día ella dice: «¿No te gustaría irte a casa?». «Oh, no quiero volver allí. No tengo motivo alguno para regresar», contesta él. Poco a poco se enamoran el uno del otro. Un buen día, el joven le pregunta a la gata: «¿Por qué eres una gata?». Ella responde: «No me lo preguntes todavía, hazlo en otro momento. Detesto vivir en el mundo. Vayamos juntos a ver a tu padre». De nuevo toma el látigo y lo hace chascar en tres direcciones, el carruaje de fuego aparece y ambos se dirigen a casa del muchacho.

Aquí, una vez más, es la gata la que impulsa el proceso. El hombre está bastante satisfecho con la situación, pero ella no, porque, como se deduce de esa alusión, no es en absoluto feliz siendo una gata. Sufre en su condición de gata y ahora lo revela. Antes parecía estar alegre y conforme en ese estado, pero ahora dice que es desdichada y que detesta vivir en ese mundo. Lo cual coincide con el hecho de que, por primera vez, se nos dice que: «Con el tiempo, empezaron a enamorarse el uno del otro». Antes, la gata vivía en los bosques, aparentemente feliz, luego aceptó al joven y lo convirtió en su emperador y señor. Viven juntos, pero de repente la gata ya no es feliz. Está desarrollando un sentimiento humano, su relación está humanizándose, su afecto empieza a ser humano. Y eso le crea un problema a la gata. Hasta ahora parecía ignorar la existencia de semejante cosa, o al menos no la había echado en falta. Pero ahora, al enamorarse del protagonista y ser correspondida, despierta su anhelo por convertirse en un ser humano.

Es el impulso de lo divino hacia la encarnación. Podríamos interpretarlo del siguiente modo: si el *anima* del hombre está encerrada en un ciervo, en un gato o en cualquier otro

animal, es más poderosa y más mágica, pero le faltan las cualidades humanas. Un hombre que tiene *anima* de gato divino —o, pongamos por caso, un *anima* divina de oso o de ciervo— está enamorado de una fantasía, de una fascinación. Esos animales resultan fascinantes. Lo que es divino es numinoso, y lo *numinosum* es siempre fascinante. Eso vendría a decir que nuestro hombre se siente abrumado, fascinado por lo femenino, pero que no puede relacionarse humanamente con ello. Está, de alguna manera, demasiado abrumado y fascinado para mantener una relación real. Adora a la mujer o corre tras ella, le da caza como a un ciervo, un animal o una presa, pero todavía no piensa en ella como en un ser humano. Por lo tanto, ahora —y con bastante buen criterio— la figura arquetípica pretender ser menos divina y más humana, quiere encarnarse en una forma humana para establecer una relación humana.

Así que, por segunda vez, vuelven a la morada del anciano emperador. En esta ocasión, cuando llegan, el emperador dice: «¿No tienes esposa? ¿No te has casado? ¿Dónde está tu esposa?». Y el joven héroe le señala la gata en su cesta dorada y le responde: «La tienes ante tus ojos». El emperador dice: «¡Santo cielo! ¿Qué harás con una gata? Ni siquiera se puede hablar con ella». La gata se siente furiosa por esas palabras, de forma que salta fuera de la cesta y se esconde en otra sala. Allí da una voltereta y se transforma en la hermosa muchacha que había sido una vez. Tan bella es que su resplandor ciega más que el del sol.

En los cuentos de hadas, ésta parece ser una descripción típica de algo cuya belleza es sobrenatural. Es una forma fantástica de describir lo *numinosum*: uno no puede sino cerrar los ojos porque es demasiado abrumador. Demuestra que, incluso ahora, cuando la gata adquiere forma humana, es todavía

divina, divinamente bella. En ese punto, el emperador realiza estúpido un comentario, ella se molesta, da la voltereta y, aunque sea de manera temporal, se convierte en humana.

El emperador, como hemos visto ya, representa el principio cristiano convencional de la conciencia, cuya actitud hacia el animal es pensar que no es más que una insignificante gata. Eso constituye un enfrentamiento entre el héroe —la nueva forma de conciencia—, que está experimentando la divinidad de su faceta animal, la misteriosa divinidad espiritual del instinto animal, y el viejo emperador, que no aprecia la divinidad del instinto. Él es el viejo principio, con el viejo prejuicio: «¡Una simple gata! ¡No se puede hablar con una gata!».

En Italia, por ejemplo, si uno reprende a la gente cuando tortura a los animales, pega a los burros o le da patadas a los gatos, es muy probable que le repliquen: «*Non é cristiano*», no es cristiano (el animal). En ello apreciamos el auténtico desprecio hacia los animales que ciertas enseñanzas cristianas nos han inculcado. Ese desprecio se desarrolló porque en el pasado se había considerado a los animales como divinos y, por lo tanto, ahora había que menospreciarlos. Eran dioses paganos y había que humillarlos. No era odio hacia los animales lo que hizo que los primeros Padres de la Iglesia hablaran de ellos de forma tan desdeñosa. Pero como habían sido testigos de la adoración de los animales tenían que condenarla. Fue eso lo que engendró cierto desprecio hacia los animales. No era sino una fuerte reacción ascética y espiritual contra la excesiva inconsciencia e indulgencia de la vida en el tardío mundo pagano, que había ya perdido su espiritualidad y era una civilización decadente. De manera que, para contrarrestarlo, se enfatizó lo espiritual, que perjudicó al mundo instintivo y animal.

Nuestro emperador, al permanecer ciego ante la divinidad de la gata, evidencia ese desprecio, que la solivianta y la incita a convertirse en un ser humano. La reta a demostrar su poder. Así que podría decirse que el comentario despectivo no es del todo negativo, pues saca a relucir el otro aspecto de la gata. Al insultarla, al despreciarla, la fuerza a hacer visible ese lado. «Ahora verás», piensa ella, y exterioriza su lado humano. Ello demuestra que la tendencia cristiana a mostrarse contrarios a los dioses animales tenía cierto sentido: creaba una tensión de la cual podía surgir una mayor humanización. La voltereta de la gata supone un vuelco total al punto de vista del anciano. La cabeza hacia abajo, los pies hacia arriba, y tras ello regresa.

Una vez supe de un hombre, hijo de un teólogo, con neurosis compulsiva. Le habían educado dentro de un estricto cristianismo, de forma negativa y represora. Tenía toda clase de obsesiones y síntomas neuróticos que le impedían conciliar el sueño. Desarrolló un ritual para cuando no podía dormir por las noches. En la cama, y tras sus oraciones, cuando la luz estaba apagada, daba primero una voltereta en un sentido y luego en el otro. Sin ese ritual, no podía dormir. En una miscelánea dedicada a C. A. Meier, se puede encontrar un artículo de la doctora Sonja Marjasch acerca de las volteretas,³ con muchas referencias, donde entendemos que básicamente se trata de la actitud de darle un giro a todo. La compulsión de este hombre señalaba, en efecto, que debía abandonar su actual punto de vista, darle la vuelta por completo, luego invertirlo una vez más y entonces se curaría.

3. «Eine Freundesgabe», en *Der Purzelbaum Spectrum Psychologiae*, Zurich, Rascher Verlag, 1965, págs. 91-96.

Toda compulsión, aunque destructiva y negativa en su forma concreta, encierra un mensaje simbólico. Si alguien tiene que lavarse las manos de forma compulsiva, debería realizar un auténtico acto de limpieza, pero a nivel psicológico, no lavándose las manos una y otra vez hasta quedarse sin piel. Esa voltereta, por descontado, no es sino un ritual estúpido y enfermizo, pero expresa lo que debe hacerse a nivel psicológico. Ese hombre debería cambiar su punto de vista, dos veces, para poder vivir. Debería, por ejemplo, oponerse de lleno a la estricta educación cristiana que le dieron sus padres y readquirirla después a un nivel diferente, el suyo personal; readquirir el mismo punto de vista pero de forma distinta. Entonces se curaría. Cuando aparecen síntomas compulsivos, uno debe preguntarse siempre qué quieren decir en realidad. Encontrará en ello la respuesta adecuada.

Muy a menudo, en los cuentos de hadas la voltereta es una forma de transformarse. Es también un ritual de resurrección, como se aprecia en los funerales egipcios. En las tumbas pueden verse enanos dando volteretas. Hacen todo tipo de ejercicios gimnásticos, pero especialmente volteretas, para contribuir a la resurrección del rey. La idea es que la resurrección es una especie de voltereta. Se va hacia abajo y luego se vuelve hacia arriba con una nueva forma. Podría tener también que ver con el hecho de que, como es bien sabido, los bebés, cuando están en el útero materno —y si el parto es normal— a menudo efectúan una voltereta antes de nacer y lo primero que asoma es la cabeza. Así que la voltereta tal vez haga alusión al proceso del nacimiento. Tal vez la observación de este hecho llevó a los egipcios a tener payasos y bufones enanos —probablemente eran campesinos esclavos— que daban volteretas durante todo el trayecto de la procesión funeraria

del rey. Según los textos, la finalidad era respaldar el proceso de resurrección del rey.

Así pues, tras representar la gata este renacimiento o transformación ritual, aparece como una bella muchacha. Luego sale de la habitación, se dirige a nuestro protagonista, el hijo más joven, y lo abraza. Cuando el padre y los otros dos hermanos la ven, se quedan atónitos. El padre, con gran entusiasmo, le dice a su hijo: «Verdaderamente, tienes la mujer más hermosa. Te convertirás en mi sucesor y heredarás todo mi imperio». Pero la chica no puede permanecer en ese estado por mucho tiempo. Mientras, el héroe dice: «No, padre, ésa no es mi aspiración. Poseo ya un imperio y una corona». Ella da una nueva voltereta y retorna a su estado de gata y a su pequeña cesta dorada. Entonces el emperador agarra la corona y la coloca sobre la cabeza del hijo mayor.

Nuestro joven se marcha con la gata y ambos retornan a su propia casa. Pero por el camino él la regaña por no ser ya una bella muchacha, por haber retornado al estado de gata. Ahora bien, ¿por qué creen que no puede aguantar mucho en la condición de mujer hermosa? Tiene que retornar a su condición de gata porque el hijo pequeño todavía no ha hecho nada para su transformación. Con su oposición, el viejo emperador la ha provocado para que se transforme, pero el protagonista no ha hecho nada para su redención. Por el contrario, quiere volver con ella al reino de los gatos. Podemos decir que sufre de inercia. Él le reprocha que no siga siendo una hermosa muchacha, pero hasta el momento no ha dado ni un sólo paso, y ella necesita de su cooperación para transformarse de forma permanente. No obstante, el príncipe está ahora bastante desconcertado y ella le dice: «Más adelante te explicaré por qué estoy condenada a ser una gata. Pesa sobre mi una maldición». Retornan a su casa y vuelven a vivir como antes.

Un día, mientras el protagonista está cazando, la gata afila tres sables y cuando él regresa, tras una pequeña conversación, ella simula no encontrarse bien. Y luego, como recordarán, le pide al joven que le corte la cola y la cabeza; de ahí surgirá la transformación definitiva. Vemos que la gata aborda las cosas con mucha lentitud. Incluso, cuando regresan a casa, no le cuenta de inmediato cómo puede ser redimida, sino que lo hará tras vivir juntos de nuevo por un tiempo. Prepara entonces la espada con cuidado y finge estar enferma, para que el héroe haga algo al respecto. Sólo entonces le pide que le corte la cola y la cabeza.

¿Por qué aborda la cuestión con tanto cuidado? Tenemos que imaginar la situación de nuestro joven protagonista, sin olvidar que la gata es una especie de psicóloga y tiene que prepararle a él psicológicamente. Él ni siquiera es capaz de afilar la espada. Ella es la que tiene que preparar la situación, porque él no lo haría. Si le pidiese directamente que le cortara la cola, no lo haría. Si le pidiera que la decapitase, tampoco. La quiere demasiado en su estado de gata, de manera que ella lo tiene que preparar a nivel psicológico, preparar las armas y hacerle sufrir fingiéndose enferma. Y así hasta considerar que el príncipe puede estar lo suficientemente desesperado para hacer lo que ella le pide. Aquí apreciamos que la gata es un ser superior. Pero sólo podemos comprender el porqué de esa preparación tan larga si entendemos qué significado tiene decapitar y cortar la cola de la gata.

La gata finge hallarse enferma y él le pregunta: «Querida, ¿qué te sucede?». Ella dice: «Me encuentro muy mal. Si me amas y quieres hacer algo bueno por mí, córtame la cola. Es muy grande y pesada y ya no puedo cargar con ella». Nuestro joven protagonista comienza a lamentarse: «No, no puedes morir, antes preferiría perder yo la vida. Tengo un un-

güento, te curaré con él». Pero cuando ella insiste en que le corte la cola, él acaba accediendo. ¿Y qué sucede? La gata se transforma en una joven pero sólo a medias, hasta las caderas, en tanto que la otra mitad sigue siendo de gata. De nuevo, el joven pondrá objeciones cuando le pida que le corte la cabeza. Pero reparemos antes en la cola de la gata.

Al igual que los perros, pero aun más, los gatos expresan su estado de ánimo con la cola. La mayoría de los animales tienen una cara delantera, en la cabeza, y otra detrás, en la cola. Konrad Lorenz ha escrito en varias ocasiones acerca de esa cara posterior de los animales, la cola, con la que expresan sus estados de ánimo. Esto tiene especial relevancia en los gatos.⁴ Son maravillosos. Cuando están contentos, alzan la cola y la curvan un poco en la parte superior. Luego se recuestan en el suelo. Cuando se enfadan, dan unos pequeños golpecitos con la cola y de repente, cuando ya no pueden más, atacan. Si uno no quiere, un gato no le llegará a arañar. Primero avisa siempre con su cola, con esa especie de golpeo nervioso. Por tanto, expresan sus estados de ánimo, sus emociones, su amor, su agresividad, irritación, simpatía, etcétera con la cola. Pero ¿cómo interpretamos psicológicamente el hecho de que se le corte la cola a nuestra gata?

Lo que tenemos aquí es el *anima* de una gata divina, una diosa. Y para que se convierta en humana hay que cortarle la cola. Puede decirse, en términos generales, que si algo se vuelve humano, uno puede integrarlo. Si en un sueño algo aparece bajo personificación humana, se le puede pedir al paciente psicoanalizado que intente integrarlo. Pero en tanto no aparezca con forma humana no podemos esperar que lo

4. *Man Meets Dog*, trad. de M. K. Wilson, Harmondsworth, RU, Penguin Books, 1969.

haga. Tiene que verlo y tomar conciencia de ello, pero aún no puede integrarlo. Así pues, que la gata se convierta en un ser humano posibilita la integración del *anima*. Tiene, antes que nada, que volverse humana. Si la cola es la expresión de las emociones inconscientes, el hecho de cortarla significaría analizar, distinguir y diferenciar para diseccionarla en pequeños pedazos. Esto implicaría que un hombre tiene, en primer lugar, que separar sus emociones, las emociones animales que hay en él. Y luego aislarlas, por así decirlo, decirse a sí mismo: «A ver, ¿qué es esto?».

Tomemos, por ejemplo, un hombre que de repente se enfada con su novia. Si no corta la cola de su gata, lo único que hará es desahogarse de su mal humor con la novia. Si contiene su irritación y continua hablando a nivel humano —preguntándose: «¿Por qué estoy tan enfadado? ¿Por qué me siento así?»—, estará entonces cortando la cola: aislando su mal humor y analizándolo. «¿Por qué me saca de quicio el que ella haga esto o lo otro?» Así es como un hombre analizaría la cola de su propia *anima*: preguntándose por qué de repente su *anima* va dando golpetazos, por qué tiene semejantes sentimientos.

Por lo general, tras la ira se ocultan problemas bastante profundos y complejos. Para un hombre, la mejor manera de apresar su *anima*, por así decirlo, y empezar a integrarla, es analizar sus estados emocionales, sus estados de ánimo autónomos. Por ejemplo: «¿Por qué me he levantado de mal humor esta mañana?». Supongamos que alguien se levanta y está de un humor de perros. El desayuno está ya frío y la emprendería a gritos con todo el mundo. Si esa persona analiza lo que le pasa —«¿Por qué me he levantado así? ¿Dónde está la causa? ¿Cuándo empezó esto? ¿Qué expresa en realidad?»— puede llegar a saber lo que le sucede interiormente.

Nuestra diosa gata se vuelve humana hasta las caderas, pero en su parte superior sigue siendo todavía una gata. Se asemeja ahora a algunas descripciones de la diosa Bastet. Ya no tiene aspecto animal, sino el de una diosa. De manera que, obviamente, la cola no tiene que ver con el aspecto de diosa, sino con el aspecto animal. Representa las reacciones físicas, instintivas, todas las reacciones animales. La cola es el extremo posterior, el extremo animal de la gata, y la cabeza sería el extremo divino. Primero, el protagonista tiene que cortar la cola. Eso significaría que tiene que analizar sus reacciones físicas y emocionales, incluyendo, por supuesto, sus reacciones sexuales. Todo lo que provenga de su naturaleza animal. Cuando su *anima* agita la cola de todas las formas posibles, él tiene que analizarlas sólo entonces la gata se humaniza.

Es un interesante aspecto en esta historia. Nunca antes me había encontrado con algo así. La gata se humaniza de abajo hacia arriba, no en sentido contrario, sino desde la cola hacia arriba. Lo que vendría a significar que si un hombre quiere que su *anima* de gata se haga consciente, debe empezar por la cola, por todas esas reacciones animales. Yo no lo limitaría al sexo, incluye cualquier reacción animal. Es decir, las reacciones físicas e instintivas, tales como la agresión, las fantasías sexuales, los enfados, las fascinaciones, etcétera. Todo lo que surge del cuerpo, así como las sensaciones y estados de ánimo que experimenta el hombre durante el acto sexual. Eso es tomar conciencia del *anima* y de todas las fantasías que la acompañan. Pero, hasta aquí, la gata sólo está medio humanizada. Está «desanimalizada», pero todavía es divina porque se asemeja a la diosa Bastet, representada por los egipcios como un ser humano con una cabeza de gata.

Sin embargo, nuestra diosa-gata se lamenta de nuevo y pide que se le corte la cabeza. Al hacerlo se vuelve humana por

completo. Veamos, pues, lo que eso significa desde el punto de vista psicológico.

Consideramos la cabeza como el punto en el que reside la inteligencia, la visión, la intuición y la conciencia. En un animal no puede hablarse de pensamiento científico, pero en su cabeza se centran todos los sentidos —el olfato, la vista, el oído—, en los que radica la conciencia del mundo. No nos comunicamos olfateando o mirando la parte trasera de un animal. El contacto lo establecemos al mirar cara a cara. El contacto con la psique de los seres humanos y de los animales se efectúa mirando a los ojos o estudiando la expresión facial. Así pues, ¿por qué es necesario cortarle ahora la cabeza a la gata?

Ése es el gran misterio. Lo que hay de animal en nosotros tiene un aspecto divino y otro instintivo. Al cortar la cola, el hombre toma conciencia de la faceta instintiva. Pero después tiene que tomar conciencia del aspecto divino del pensamiento de la gata. No importa lo que sucede en la cabeza de un gato ordinario, pero ¿qué se supone que pasa dentro la cabeza de una gata divina, dentro de la cabeza de Bastet? ¿Pienso Bastet? Recordemos lo que dijimos acerca de Bastet: que piensa en las festividades, en la fertilidad, en la música, en la magia... La magia es muy importante porque es una actividad espiritual —el placer, el principio del placer, la comunión con la colectividad del pueblo, etcétera—. Ésos son los pensamientos de Bastet, el contenido espiritual de Bastet. Quizá podría resumirse diciendo que la magia de la vida reside en la cabeza de Bastet.

En un hombre, el *anima* positiva es la magia de la vida. Por esa razón, un hombre que no está en contacto con su *anima* es un hombre aburrido, insípido, intelectual y más bien apagado. Incluso algunas veces he definido el *anima* como el estímulo

para la vida. Todo lo que estimula o fascina a un hombre proviene del *anima* positiva. Si un hombre mantiene una relación negativa con su *anima* se deprime, no encuentra placer en nada y lo critica todo. Todos conocemos a esos caballeros que se sientan a la mesa y critican a sus mujeres: a la sopa le falta sal, la carne no está tierna y cosas por el estilo. Ellos, por otro lado, se limitan a leer el periódico. Ése es el ejemplo de un *anima* negativa. Esos hombres no tienen contacto con su gata.

Así pues, el *anima* positiva, el *anima* divina de Bastet, supondría el estímulo, la magia de la vida. Para humanizar el *anima*, un hombre tiene que tomar distancia y analizar. ¿Por qué? En caso contrario, se proyecta en las mujeres y espera siempre que ellas le produzcan el estímulo y le aporten la magia de la vida. Simplemente porque no pueden hacerlo por sí mismos. Hay hombres que sólo pueden ser felices si cuida de ellos una mujer afectuosa, simpática y hermosa. Tan pronto como la mujer está fuera, tiene otra cosa que hacer o tiene la gripe, caen en un profundo bache. Muestran una dependencia infantil del *anima* proyectada. Así pues, a fin de humanizar su *anima*, no deben esperar que la magia de la vida les venga de su pareja. Deben encontrarla en ellos mismos y saber que ése es el aspecto divino de su *anima* interior. Deben separarlo del *anima* humana mediante la cual se relacionan con la mujer. Sólo entonces el hombre será capaz de relacionarse con la mujer, pues ella no estará ya poseída por un *anima* infrahumana o sobrehumana. Al cortar la cabeza y la cola, el hombre corta, por decirlo así, los aspectos infrahumanos y sobrehumanos del *anima*. Coloca a la mujer en la dimensión humana y puede integrar sus sentimientos y expresarlos en la relación con su pareja.

El protagonista toma la segunda espada, corta la cabeza de la gata y aparece una bella muchacha. El resto de los gatos

del palacio son de nuevo humanos y todo el pueblo vuelve a tener su aspecto original. Todo el mundo aclama a la emperatriz y el joven abraza a la hermosa muchacha, la besa y se siente feliz. Ella le dice: «De ahora en adelante serás mi esposo. La Madre de Dios profirió un maleficio que debía pasar sobre mí hasta que el hijo de un emperador me cortase la cabeza. Ahora vayamos a ver a tu padre. Pero no te fíes de tus hermanos, pues quieren matarte». Volvieron a donde estaba el padre.

Eso sí resulta extraño. Sabiendo ella que sus hermanos quieren matarlo, ¿por qué regresan? El padre no cabe en sí de gozo y se enamora de la hermosa mujer de su hijo. Pienso en matar a su hijo y quedarse la muchacha para él. Le dice a su hijo: «¡Sal a cazar, tráeme alguna presa!». Cuando el hijo se marcha, el emperador se dirige a la habitación de la dama gata y un gato se cruza en su camino. El anciano le dice a su nuera que debería amarle a él, pero ella le abofetea y replica: «¿Qué pretendes, viejo maldito?». Cuando su esposo regresa, ella le explica lo que ha hecho su padre y dice: «¡Debemos abandonar este lugar de inmediato! ¡Volvamos a casa!».

La gata no ha perdido por completo sus cualidades mágicas y divinas, porque sabía de antemano que la situación sería peligrosa; y de nuevo, después de que el anciano la haya atacado, dice: «Debemos irnos de inmediato». Por lo tanto, todavía la mueve el instinto certero, el conocimiento mágico de lo que hay que hacer. Pero dice una cosa y hace otra. Aún sabiendo que es peligroso y que deben andar con cuidado, acuden a la corte del anciano y permite que su marido salga de caza a pesar de que sabe que el viejo emperador pretende acosarla sexualmente. ¿Cómo debe entenderse esa extraña maniobra?

Tengo la impresión de que ella quiere poner a prueba el viejo principio con el propósito de tener una justificación para vencerlo. Si ellos se limitasen a vivir en perpetua felicidad en su redimido palacio de los gatos, en los bosques, el viejo emperador y sus dos hijos mayores seguirían gobernando en el otro reino. Como consecuencia de lo sucedido, el anciano queda eliminado. Por lo tanto creo que se trata de un ejemplo típico de mentalidad de gata. Algo debe haberla movido a pensar: «Es muy peligroso», y haberla decidido a provocar o buscar el enfrentamiento. Ésa es también la razón por la cual abofetea al viejo emperador. Pero ¿cómo se interpreta que el viejo emperador quiera a su nuera para sí?

Existen paralelismos, pero no tan poco comedidos como éste. Hay, por ejemplo, un cuento de Grimm titulado *Fernando Leal y Fernando Desleal*⁵ en el cual el rey manda al protagonista que busque para él una bella princesa, y cuando el protagonista trae a la hermosa muchacha a la corte, con la intención de entregársela al rey, la princesa dice: «No, no quiero casarme con ese caballero anciano. Deseo casarme con el hombre que me ha conquistado». Mediante una estratagema, mata al anciano rey y se casa con el protagonista. Apreciamos también una especie de rivalidad entre el viejo rey —que quiere el *anima*, esa mujer fresca y hermosa, para él— y el joven caballero. Aquí, el hecho no es tan grave porque, a fin de cuentas, el héroe fue a buscarla obedeciendo las órdenes del rey. Pero en nuestra historia la dama gata es la legítima esposa del hijo y el anciano emperador intenta apoderarse de ella.

El viejo emperador representa la vieja actitud consciente del cristianismo. Y si la vieja actitud consciente quiere ahora

5. *The Complete Grimm's Fairy Tales*, pág. 566.

para sí lo femenino recién redimido, hay una semejanza con Susana y los viejos, los ancianos lascivos; éste es un tema común en la literatura. Existe y está bien definido. Todos sabemos que existe. Desde el punto de vista simbólico, se trata de vino nuevo en botellas viejas. El emperador simboliza el viejo principio de la conciencia que quiere integrar o sacar provecho del cambio de vida que se ha impuesto en otro dominio. Quiere asimilarlo y lo aniquilaría si pudiera. Al cabo de un año, la pobre dama-gata sería como una bruja vieja y desdichada si se casara con el anciano.

A veces pueden verse personas de cincuenta o sesenta años que visten como hippies y se «colocan» con drogas, haciendo todas las cosas que nos dejó la revolución de los años sesenta y setenta. Dan la impresión de ser viejos reyes tratando de prolongar su reinado, de manera un tanto ingenua. A mí esa actitud me parece sencillamente ridícula. Pero hay formas más ladinas de hacer lo mismo. Por ejemplo, a veces me han invitado academias cristianas regidas por insípidos teólogos que no tienen éxito en sus congregaciones. Me han pedido que dé una conferencia sobre psicología jungiana, para recuperar la presencia de los fieles y llenar de nuevo los bancos. Luego, cuando la iglesia se llenaba, me dejaban de lado, atacaban a la psicología jungiana y daban un largo sermón a la vieja usanza. Es como si trataran de usar la nueva vida para volver a llenar sus templos vacíos. No ofrecen sino las viejas monsergas de siempre, algo que ninguna gata toleraría jamás.

En cierta ocasión, un viejo profesor de teología acudió a Jung y le pidió una entrevista particular. Jung lo recibió y el teólogo le dijo: «Vaya, vaya... ¡Todas las mujeres le admiran! Cuénteme el truco. Quiero saberlo...». Jung le respondió: «Simplemente, muchos conocimientos y trabajo duro.

¡Adiós, profesor!». Pero el hombre no se dio por vencido. Creía que Jung disponía de algún truco. Así que invitó a atractivas estudiantes a su estudio, y siempre aparecía con los pantalones medio abiertos o los pies descalzos, pensando: «Bueno, quizá se trata de esto». Ése es el viejo emperador.

En primer lugar, el anciano emperador quiere poseer a la dama gata, pero ella se resiste, así que encarcela a la pareja. Pero escapan, reúnen un gran ejército y declaran la guerra al padre. Sabemos que los gatos se han convertido ahora en seres humanos, pero se les llama todavía gatos, tal vez sólo para indicar que se trata del ejército de aquellos que una vez fueron gatos. El hijo vence al padre y destruye todo su ejército. Tan sólo sobrevive el padre. Cuando se ve perdido y sin fuerzas, le dice a su hijo: «Por favor, perdóname. Jamás en la vida hice nada malo. Júzgame con rectitud y gobernarás mi imperio con justicia». Entonces hay una última línea: «Y de allí he venido yo para contároslo». Es el *rite de sortie* del narrador, que ya no tiene nada que ver con la historia.

La gata es todavía muy sabia y tiene poderes mágicos, mientras que el hijo del emperador es aún un poco endeble. Todavía no es un hombre hecho y derecho. Por eso ella tiene aún ese mágico poder sobre él, y con astucia —de forma muy felina, a decir verdad— prepara y provoca el enfrentamiento entre padre e hijo. Tiene la intención de convertir a éste en un hombre y forzarlo a tomar una postura definida contra el viejo emperador. No sólo para salir de la situación, sino también para dejar las cosas claras. Además, su actitud concuerda con mi forma de pensar. Es decir, si una cosa es nueva, no debe introducirse de forma pacífica entre los viejos hábitos. Hay toda una serie de cosas que uno debe tener la honestidad de llamar nuevas y ser capaz de defender, ya que, de lo contrario, la nueva energía se pierde.

Jung me dijo algo en cierta ocasión, después de que yo visitara a un gran número de parientes ancianos y tuviese un sueño catastrófico esa misma noche. Pensé, de manera consciente, que eran todos unos viejos retrógrados, me reí de ellos y me fui a casa. Pero eso no fue suficiente. El inconsciente dijo: «No, esto es peligroso de verdad», y Jung dijo: «En efecto. Si no se camina hacia delante sin descanso, el pasado lo succiona a uno. El pasado es como un enorme viento absorbente que no deja de succionarnos». Si uno no va hacia delante, sufre una regresión. Tanto a nivel histórico como en lo relativo a la propia vida, hay que llevar siempre la antorcha de la nueva luz hacia delante, por así decirlo. En cuanto uno mira hacia atrás con tristeza o incluso desdén, ya está atrapado de nuevo. El pasado constituye una fuerza inmensa. De forma que la derrota del emperador se entiende como la idea de que es necesario sustentar de forma inexorable y firme aquello que es nuevo y diferente.

Creo que debo decir lo mismo sobre la psicología jungiana. Para disgusto de algunos de mis colegas, me opongo a llevar a cabo un cóctel con porciones de Jung y porciones de otras cosas, que diluiría la totalidad de la psicología jungiana hasta convertirla en filosofía propia del siglo XIX, en lugar de dejar que sea la singular novedad que yo considero que es la psicología jungiana. Es nueva y rompe moldes. Pero algunos pueden también incrustarla en el viejo sistema y pensar: «¡Ah! Es eso...». La psicología jungiana tiene historia, digamos que no ha caído del cielo, y Jung, desde luego, tuvo una gran cantidad de precursores históricos. Pero su manera de entender el inconsciente, y aún más la manera práctica de vivir con él, en la forma en que nos lo enseñó, es completamente diferente a la de cualquier otra escuela. Es algo nuevo, y no debería diluirse entre las cosas del pasado.

Sin embargo, puede suceder lo mismo con cualquier novedad. Los primeros cristianos, por poner un ejemplo, se enfrentaron al mismo problema. Muy pronto, algunos fieles de cultos paganos dijeron: «Ah, Jesucristo. Es lo mismo que Orfeo o Dionisos». Incluso se ha encontrado una gruta de culto místico, con un mosaico en el suelo en el que se ven las uvas y una inscripción que dice: «Jesús Dionisos». Existía una acusada tendencia a unirlo todo con el pasado, a reconvertir el nuevo lenguaje en lenguaje del pasado y no viceversa. Así, el nuevo mensaje y el mensaje del pasado resultan muy similares y la cuestión pasa a ser: «¿Deberíamos traducirlo de esta forma o de la otra?». Los primeros Padres de la Iglesia insistieron en la misma cuestión: «Aunque Cristo es similar a Dionisos, Orfeo y otros, es diferente. Significa algo nuevo. Es otra forma de vivir. No es tan sólo una variación de lo que ya conocemos». Es importante hacerlo porque, de lo contrario, la vida se aparta de ello otra vez y todo vuelve a ser como siempre: insípido y caduco. Eso es lo que el viejo emperador trata de hacer con las nuevas posibilidades que le ofrece la vida.

Y también ocurre lo mismo a nivel personal. Las personas sufren regresiones. Los hijos que se van de casa, cuando la visitan de nuevo, cuando vuelven a su ciudad natal, a los antiguos lugares de trabajo y los viejos entornos, experimentan ese tipo de regresiones. El pasado los atrapa y muchos no tienen la fuerza o las agallas para romper con ello. A veces, uno tiene que cortar con el pasado y decir: «¡Se acabó! ¡No existe!». En mi propia vida, sin ir más lejos, una de las cosas más dolorosas fue descubrir que tras un tiempo de haber estado psicoanalizándome con Jung, me sentía mucho más madura que mis antiguos amigos. En realidad, no eran auténticos amigos, sino conocidos con los que había salido, lo habíamos

pasado bien por ahí y cosas por el estilo. De repente me resultaban aburridísimos. Había llegado más lejos. Ya no me comunicaba bien con ellos, pues insistían en seguir como antes, en la misma línea superficial. Llegados a ese punto, mantener la firmeza suficiente como para librarse del pasado puede parecer una decisión cruel e insensible. En determinados casos, me enfrenté a tremendos conflictos. Mantuve la amistad, por supuesto, con algunos de mis amigos que lo eran de verdad. Pero había mucha gente con la que no había hecho más que tonterías que me parecía desfasada, desprovista ya de vida.

Da la impresión en este cuento de que ella, la gata, sea el lino que el emperador anhelaba y en busca del cual había enviado a sus hijos. El viejo orden sabe, de manera inconsciente o fantasiosa, qué le falta. Y pretende absorberlo y hacerlo suyo cuando lo ve aparecer, incluso aunque exista una generación de por medio. En ese punto, hay que dejar solo al emperador, es necesario abandonar el pasado a su suerte. Dijo Jesucristo:⁶ «Deja a los muertos sepultar a sus muertos».

6. Lucas 9,60.

«La gata» es un cuento de hadas rumano, de gran complejidad y encanto. Es la historia de una princesa que, a la edad de 17 años, es hechizada y convertida en una gata. Deberá permanecer bajo esa forma hasta que llegue el hijo de un emperador y le corte la cabeza... Finalmente aparece un ingenuo príncipe que, de viaje por sus tierras, se encuentra con ella y cumple su destino. A partir de este argumento, con su característica erudición y su natural sentido del humor, la doctora Von Franz dedica este libro a diseccionar pacientemente cómo y por qué ocurre todo eso.

Primero, desenmaraña los hilos simbólicos que mueven la historia, desde el encantamiento hasta el triunfo del bien, pasando por las inevitables campanas, las manzanas doradas, las brujas, etc. Y luego nos hace notar la presencia de los grandes temas de la redención y la unión de contrarios, a los que relaciona con motivos de la psicología individual y colectiva.

Marie-Louise von Franz (1915-1998), doctora en Filosofía, trabajó en estrecha colaboración con Jung durante casi treinta años. Es una reconocida autoridad en la interpretación psicológica de los sueños, cuentos de hadas y textos alquimistas, temas sobre los que escribió numerosos libros. Es también autora, entre otros textos, de *Sobre adivinación y sincronicidad*, igualmente publicado por Paidós.

PAIDÓS JUNGUIANA 14

Diseño: Mario Ekenazi

ISBN 84-493-1317-1



9 788449 313172